
EL PÉNDULO FILOSÓFICO.

I.

Muchos años hacia que Hermann Fabrice no habia visto á su amigo Enrique Varner, y que le habia olvidado. Habian sido, sin embargo, íntimos en la Universidad, y diferentes veces se habian jurado mútuamente una amistad eterna. Acontecia esto en una época, que no es muy lejana, pero que nos parece haber pasado mucho tiempo há, en la cual los jóvenes creian todavía en las amistades eternas y eran capaces de entusiasmarse por una buena accion ó con una idea grande. La juventud de hoy se cree más razonable. Fabrice y Varner habian sido en aquel tiempo sinceros, y no solamente en el momento de embriaguez en que se habian jurado permanecer siempre amigos, sino tambien al dia siguiente y al otro, estando perfectamente sóbrios, se habian repetido de buena fé que nada en el mundo deberia separarlos, y que quedarian fuertemente unidos para el resto de su vida. La ilusion no habia durado apénas. La vida habia cojido entre sus duros engranajes á los dos jóvenes al salir de la Universidad, y los habia lanzado, al uno á Oriente y á Occidente al otro.

Durante algunos meses cambiaron largas cartas con frecuencia; se volvieron á ver tambien una vez más; luego se separaron definitivamente, tomando cada uno por un lado. Las cartas se fueron haciendo más raras, más cortas, y por último cesaron. Se diria que sólo la comunidad de intereses tiene la virtud de mantener la duracion de las relaciones epistolares. Puede conservarse mucho afecto á un ausente sin saber arreglarse tiempo y ocasion para escribirle diez líneas,

mientras que se dispone voluntaria y diariamente de horas enteras en favor de un extraño, del cual se espera obtener alguna ventaja, y obrando así y todo, no dejar por esto de ser amigo leal y devoto. El hombre es naturalmente egoísta: el espíritu de conservación exige que lo sea. Con tal de que no se muestre malo y que tenga la suficiente buena voluntad para hacer el bien del prójimo (en segunda línea al ménos) no se tiene el derecho de acusarle de dureza, ni de quejarse.

Habia olvidado Fabrice, en el momento que comienza esta historia, si era él quien había escrito el último á Varner, ó si, por el contrario, había dejado sin contestación la carta postrera de su amigo. En pocas palabras, desde hacia muchos años, la correspondencia tan vivamente empezada entre ellos había dejado de existir. Fabrice, que habitaba una gran ciudad, y que se había hecho cierto nombre como escritor, encontraba de vez en cuando en sus paseos á un estudiante jóven, de cabellos castaños, ojos azules, dulces y honrados, de sonrisa franca y juvenil, cuya fisonomía inspiraba confianza y atraía la simpatía de los que pasaban. Cada vez que Fabrice percibía á este jóven, se decía á sí mismo: «Enrique hace quince años.» Y durante algunos minutos su recuerdo le trasportaba al tiempo ya lejano de la juventud, y hubiera deseado volver á ver á su viejo Varner. En el momento, solía tomar la resolución de saber lo que habría sido de su camarada de Universidad; pero esta buena intención jamás había tenido consecuencias. De vuelta en su casa, encontraba sobre su mesa libros y folletos de los que tenía que dar cuenta; cartas de un editor ó de un director de periódico, pidiendo *original*; invitaciones de comidas, que era preciso rehusar ó aceptar; para concluir, tanta cosa urgente que hacer, que la tarde se pasaba y se apoderaba de él el cansancio, sin haber podido ocuparse con su antiguo amigo.

La existencia de la mayor parte de las gentes se arregla con los años de tal manera, que no queda más tiempo que para el trabajo *necesario*. El hombre que no vive más que para su placer y que no hace, por decirlo así, nada, no está colo-

cado bajo este punto de vista en una posición distinta que la del escritor, banquero ó sábio sobrecargados de ocupaciones y tareas.

Una tarde, al volver Fabrice á su casa segun su costumbre á eso de las cinco, le entregó el portero una carta timbrada en América. Antes de abrirla la miró atentamente; la letra grande, un poco rígida, del sobre le era familiar; sin embargo, no pudo recordar á quién pertenecía.

De repente se iluminó su rostro y exclamó: Una carta de Enrique. Desgarró el sobre, y leyó lo que sigue:

«Mi querido Hermann: Fortuna es que uno de los dos
 »al ménos haya llegado á la celebridad. He leído tu nombre
 »en las tapas de un libro, cuyo autor eres; he escrito al li-
 »brero pidiéndole tus señas; ese amable hombre me ha res-
 »pondido á vuelta de correo, y gracias á esta circunstancia,
 »puedo anunciarte que desembarcaré en Hamburgo á fines
 »de Setiembre. Escíbeme allí *á la lista* y dime si quieres
 »recibirme unos cuantos dias. Daré un rodeo por L... para
 »irme á mi casa, y con mucho gusto si tú me aseguras que
 »lo tendrás en volver á verme.

»Tu antiguo amigo,

»ENRIQUE VARNER.»

Debajo de la firma habia una línea de *post—scriptum*:

«Ahí va mi figura de ahora.»

Y de un segundo sobre sacó Fabrice un retrato en tarjeta, con el cual se aproximó á la ventana para examinarlo á su gusto. Un sentimiento de penosa tristeza invadióle en seguida: la fotografía le mostraba el rostro de un anciano. Cabellos grises y largos caian en desórden sobre una frente recelosa: los ojos, hundidos en sus órbitas, tenían una fijeza extraña, inquietante: la boca, á la que formaban marco profundas arrugas, parecia narrar toda una historia de dolor.

—¡Pobre Enrique mio! se dijo Fabrice, hé ahí su figura de hoy, y á pesar de todo no es viejo: es más jóven que yo

todavía; lo más que tiene son treinta y ocho años. ¿Estaré yo también hecho ya un anciano?

Fué á colocarse delante de un espejo, en el que miró con atención su propio semblante. No; aquellas no eran las facciones de un hombre cuya vida está casi acabada; los ojos eran vivos, respiraba vigor la tez. No era, sin embargo, tampoco la cara de un jóven; la reflexión y los cuidados habían labrado numerosos surcos alrededor de la boca y de las sienes, y la expresión general de la cabeza era la de la melancolía, si no la del desaliento.

—¡Ah! sí; hemos envejecido, se dijo suspirando Fabrice. Hace mucho tiempo que lo había soñado; esta fotografía me lo ha hecho recordar amargamente.

Después se sentó, tomó una pluma y escribió á su amigo cuán dichoso sería en recibirlo, y tanto más cuanto más pronto fuera.

Al día siguiente, la casualidad le hizo que encontrara en la calle al estudiante que á Varner se asemejaba.—¡Quién sabe! se dijo, dentro de quince ó veinte años, este jóven tendrá quizás tan ajada la fisonomía como hoy Varner. ¡Ah! ¡la vida no es fácil! ¡sabe cómo entristecer las miradas sonrientes y hacer severa una boca benévola! ¡En cuanto á mí, no puedo quejarme precisamente de la manera con que me ha tratado; he llevado la existencia de todo el mundo; una vez un poco de satisfacción: otra vez un poco de fastidio, y con frecuencia cuidados: y por cima de todo ello ha pasado mi juventud sin que yo me haya dado cuenta!

El 2 del siguiente Octubre recibió Fabrice un despacho telegráfico de Hamburgo que le anunciaba la llegada de Varner, para aquella misma tarde. A la hora dicha, se fué al camino de hierro para recibir á su amigo. Vióle bajar del coche lentamente, con alguna torpeza, y le estuvo examinando algún tiempo ántes de abordarle.

Le pareció Varner envejecido, cascado, más débil todavía de lo que se había figurado después de haber visto su retrato. Llevaba ropa de viaje de tela gris, y tan ancha, que flotaba,

por decirlo así, sobre su gran figura blanca y encorvada; un sombrero de fieltro flexible y grandes alas le cubría la frente hasta las cejas. El recién venido volvió la cabeza á derecha é izquierda, sin duda en busca de su amigo; luego, no percibiéndole, se dirigió arrastrando sus pasos y fatigado hácia la puerta de salida. Entónces se adelantó Fabrice á su encuentro. Varner le reconoció en seguida, y una sonrisa fresca y encantadora iluminó su rostro: profundamente conmovido le tendió la mano.

Una hora despues se encontraban los dos amigos en la cómoda habitacion de Fabrice, sentados el uno frente del otro á una mesa bien servida.

Varner comia poco. En cambio notó Fabrice con sorpresa, pero con inquietud, que su amigo, á quien habia conocido en otro tiempo siendo un modelo de sobriedad, bebia mucho. De todos modos el vino no parecia hacerle efecto: su rostro no se coloreó; la mirada permaneció fria y fija y la palabra lenta y baja, sin encontrarse entorpecida.

El criado que habia servido á la mesa acababa de llevarse los postres y de traer el café. Fabrice entónces empujó dos grandes sillones junto á la chimenea y dijo á su amigo:

—Ahora, nadie nos incomodará ya. Enciende un cigarro, colócate con comodidad y cuéntame todo lo que has hecho desde que nos hemos separado.

Varner rehusó con la mano la caja de cigarros.

—Si no tienes objecion que hacer, dijo, fumaré mi pipa; estoy acostumbrado á ella y la prefiero al mejor de los cigarros.

Hablando así, sacó de un estuche, cuyo aspecto denotaba mucho uso, una pipa quemada, antigua, de raiz de brezo, que llenó metódicamente con un tabaco negruzco y húmedo. La encendió en seguida, lanzó ruidosamente algunas bocanadas grandes de humo y dijo con un aire soberanamente satisfecho:

—Una habitacion cómoda y tranquila, un amigo, una buena pipa despues de comer, y ningun cuidado para mañana. ¡Esto me gusta!

Fabrice echó de reojo una mirada á su compañero y se quedó consternado. Aquel gran cuerpo flaco, que se mantenía inclinado hácia adelante, aquellas largas piernas cruzadas, aquel codo apoyado en las rodillas y aquella barba en la mano, todo este extraño conjunto que tenía á la vista, en nada se parecía á Enrique Varner, el amigo de su juventud; era un extranjero, un sér misterioso por decirlo así. Con todo esto, no se aminoraba el afecto que le tenía; por el contrario, entraba la piedad en su corazón.

¡Cómo debe de haberle maltratado la vida, pensaba, para haberle desfigurado hasta ese extremo! Después repuso en voz alta:

—Varner, cuéntame tu historia, á ménos que no prefieras oír primero la mía.

Se esforzaba en hablar con tono de broma; pero conociendo que no lo conseguía, se detuvo. Varner continuaba fumando tranquilamente sin decir palabra. Este largo silencio se hizo penoso. Empezaba Fabrice á experimentar una especie de malestar en frente del extraño huésped que había traído á su casa. Al cabo de algunos minutos se aventuró á preguntar por tercera vez:

—¿En qué quedamos? ¿te decidirás á abrir la boca ó es preciso que yo principie?

Varner se rió silenciosamente.

—Estoy pensando, dijo, cómo responder á tu pregunta.

La dificultad consiste en que, á decir verdad, no tengo absolutamente nada que contar. Me admiro ahora, y esto es lo que me hacía reflexionar, de que durante toda mi vida me haya fastidiado por nada: ¡como si no hubiera sido tan fácil é infinitamente más agradable divertirme por esta misma nada, mi vida! El hecho es, mi querido amigo, que no he tenido ningun disgusto extremo que sufrir y que no he sido dichoso tampoco. No he tenido una fortuna extraordinaria; jamás he sacado el premio gordo. Pero sé muy bien que en este concepto se parece mi suerte á la de otros miles. Siempre me he visto obligado á trabajar. He ganado el pan con el sudor de mi frente. He tenido apuros de dinero, hasta he tenido una pasión desgraciada; pero, ¡bah! á todo el mundo le pasa lo

mismo. Además, desde entónces han trascurrido ya muchos hermosos dias. He tomado mi determinacion y la he olvidado. Lo que me fastidia, lo que me subleva, es confesarme que mi vida se ha ido sin contento ni dicha.

Se detuvo un momento: despues continuó con mucha calma.

—Hace aún algunos años, tenia yo la simplicidad de creer que todo acabaria en bien. Estaba empleado de profesor, con un módico sueldo, en el gimnasio de Elmira. Enseñaba todo lo que sabia y lo que tenia que aprender para poder enseñarlo; el griego y el latin, el aleman y el francés, matemáticas y física. Durante las mal llamadas horas de recreo daba lecciones de música. No tenia, pues, en el dia sino rarísimos momentos de libertad. Estaba incesantemente rodeado de una turba de muchachuelos turbulentos y mal educados, cuya única preocupacion era verme pegado en una falta en el inglés. Por la noche me encontraba rendido de fatiga, no obstante la cual todavía encontraba media hora para soñar con los ojos abiertos, ántes de ir á acostarme. Y entónces me veia en el colmo de mis deseos y perfectamente dichoso: por fin habia sacado el premio gordo. Todo me salia bien: era rico, considerado, poderoso ¿qué sé yo? asombraba al mundo entero y en particular á Elena Gilmore, que para mí era á la sazón resúmen del mundo. ¿Y tú, Hermann, has estado alguna vez tan loco como yo? Soñando despierto, ¿has sido tú tambien consecutivamente hombre de Estado, millonario, autor de una obra del más sublime alcance, general victorioso, jefe de un gran partido político y otras pamplinas semejantes? Yo que te hablo, he sido todo eso, en sueños naturalmente. No importa: aquellos eran todavía hermosos tiempos. Elena Gilmore, á quien acabo de nombrar, era la hermana mayor de uno de mis discípulos, Francisco, el más disciplinado de la escuela. Sus padres exigieron sin embargo que aprendiera él algo, y como gozaba yo fama de tener una paciencia á toda prueba, se me encargó de darle lecciones particulares.

Más tarde, cuando vino á descubrirse que yo era un tanto músico, quizás tú recuerdes que para aficionado tocaba yo

bastante bien el piano, fuí todos los días á la casa para enseñar á Francisco el latín y el griego y á Elena la música. Ahora, imagínate la situación, te lo ruego. Por una parte, Gilmore, gran fortuna y bastante orgullo; un padre muy inteligente, muy ladino, muy práctico; una madre ambiciosa y coqueta; un muchacho afectuoso, pero mimado, y una niña de diez y nueve años, admirablemente hermosa, de cultivado espíritu y enteramente razonable. Por la otra parte, Enrique Varner, veintinueve años de edad, en sueños autor de una obra célebre ó general en jefe del ejército del Norte, acaso hasta presidente de la república; en realidad profesor agregado al gimnasio de Elvira con el modesto sueldo de setenta pesos mensuales.

¿No es claro que la rematada ridiculez de mi posición de pretendiente á la mano de Elena había de saltarme á la vista? Es lo que sucedió muy naturalmente. En mis momentos de lucidez y cuando no soñaba, era un hombre muy razonable que había leído mucho y no con poco fruto; ahora bien, hubiera sido preciso estar loco de atar para acariciar un solo instante la idea de un casamiento entre Elena y yo. Yo sabía que era imposible de toda imposibilidad, tan imposible como ser elegido presidente de los Estados-Unidos; estaba convencido, y con todo eso y á pesar de mí en algún modo, soñaba con ello. Por lo demás, es menester hacerme esta justicia; mi pasión á nadie estorbaba; yo no hablaba de ella, como tampoco de mi situación fantástica á la cabeza del ejército del Potomac. Mi amor me procuraba placeres que á nadie hacían sombra. Sin embargo, estoy de ello seguro, Elena leyó en mi pensamiento. No es que me haya dicho una sola palabra sobre esto: jamás ni una mirada ni una sílaba hicieron sospechar que hubiese adivinado mi secreto.

Un sólo hecho se encuentra en este punto en contradicción con su perfecta reserva. La ví un día con los ojos encendidos. Innecesario es decir que no osé preguntarla por qué había llorado. Durante la lección estuvo distraída. En el momento de partir, me dijo sin mirarme: «Acaso me veré obligada á interrumpir mis lecciones por algún tiempo; lo siento. Os deseo mil felicidades.» Luego, siempre sin le-

vantar los ojos, se alejó rápidamente. ¿Qué significaban estas palabras y el afectuoso tono con que habían sido dichas?

Al día siguiente vino Francisco Gilmore á anunciarme, saludándome de parte de su padre, que se tomaba cuatro días de vacaciones porque su hermana acababa de ser pedida por esposa y su mano otorgada á Mr. Howard, rico negociante de Nueva-York, y que con este motivo habria grandes fiestas en la casa.

Desde este momento se acabaron los sueños que hasta entonces me habían hecho agradable la vida. En buena lógica tenia yo los mismos motivos para deplorar la conclusion del matrimonio de Elena que para deplorar el hecho de que Grant sucediera á Johnson en el sillón presidencial. Pero difícilmente llegarías á imaginarte hasta qué punto este negocio—hablo del matrimonio—me hizo daño. Mi nulidad absoluta se me hizo clara de repente. Me ví tal como era; un mero maestro de escuela, que no tenia objeto de orgullo en el pasado, ni placer en el presente, ni esperanzas para el porvenir.

La pipa de Varner se habia apagado durante esta narracion. La vació metódicamente, luego sacó de su bolsillo una pastilla de tabaco prensado, cortó de ella con un cortaplumas la cantidad que le era necesaria, cargó otra vez su pipa y la encendió. La manera con que llevaba á cabo todas estas menudencias mostraba que tenia ya una larga costumbre. Habia cesado de hablar mientras tanto, y silbaba distraido y entre dientes. Fabrice le miraba hacer. Despues de algunos minutos, y cuando estuvo bien encendida la pipa, Varner siguió así:

—Durante algunas semanas fuí terriblemente desgraciado: no precisamente porque habia perdido á Elena; no puede perderse lo que jamás se ha tenido esperanzas de poseer, sino por la ruina de todas mis ilusiones. Comí por docenas las manzanas del árbol de la ciencia de uno mismo y encontré sus frutos muy amargos. Acabé por salir de Elmira, decidido á buscar fortuna en otra parte. Conocia bien mi oficio.

Una larga práctica me había enseñado á hacer valer mis conocimientos, y jamás me ví en apuros para obtener empleo. Enseñé sucesivamente en una docena ó docena y media de Estados diversos de la república: apenas puedo acordarme de todos los sitios en que he residido. Sacramento, Chicago, San Luis, Cincinnati, Boston, Nueva-York... yo he estado en todas partes... en todas partes: ¡y en todas encontré los mismos escolares mal educados, lo mismo que los mismos verbos regulares é irregulares de las lenguas latina y griega! ¡Si quieres ver un hombre saturado de escolares y de gramáticas clásicas, mírame!

En las horas de descanso que todavía me creaba, por mucha que fuera la suma de mis trabajos, me entregaba á reflexiones filosóficas. De entónces viene la costumbre que tengo de fumar mucho.

Varner se calló bruscamente, pareció reflexionar y clavó sus ojos en la pared. Después se pasó la mano por la frente y repitió con un aire distraído: «de fumar mucho»... y añadió en seguida con alguna precipitación: tomé en seguida otra costumbre; pero esto nada tiene que hacer con mi historia. La teoría que me preocupó sobre todo fué la de las oscilaciones de un instrumento ideal, imaginado por mí y que designé en mi espíritu con el nombre de PÉNDULO FILOSÓFICO. Debo á esta invención la quietud de espíritu que me ha sostenido desde hace muchos años y en la cual me ves hoy. Yo me digo que mi gran desgracia, si puedo llamarla así sin presunción, provenía simplemente de que yo había querido ser extraordinariamente dichoso. Cuando en sueños se llevaba la temeridad hasta elevarse á la altura de hombre célebre, de marido de Elena Gilmore, no había de qué maravillarse si al despertar se daba un golpazo enorme antes de volver á la realidad.

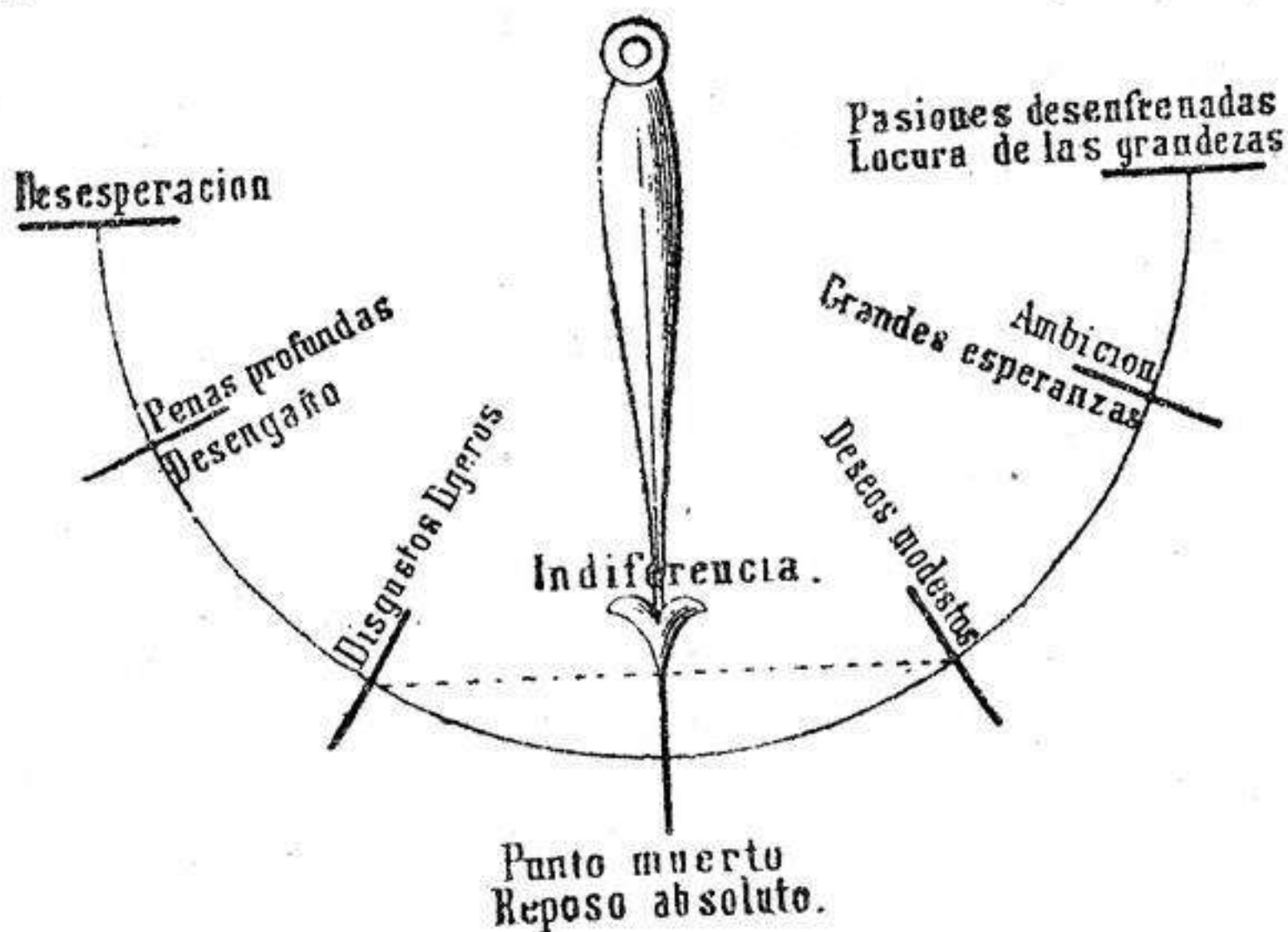
Si hubiera yo sido ménos ambicioso en mis deseos, la realización hubiese sido más fácil, y en todo caso, ménos amargo el desengaño. Partiendo de este principio, llegué á la conclusión lógica de que el mejor medio de evitar ser desgraciado es desear la menor dicha posible. Esta verdad ha

sido descubierta por mis antepasados en filosofía algunos siglos ántes del nacimiento de Cristo, y no pretendo de ninguna manera ser *su padre*; pero el símbolo que por fin dí á esta idea es, lo creo al ménos, de mi invencion.

Dame una hoja de papel y un lápiz, añadió, volviéndose hácia su amigo. En algunas líneas te demostraré claramente todo el asunto.

Fabrice le alargó sin pronunciar palabra lo que le habia pedido. Varner se puso entónces á dibujar pausadamente un gran semicírculo, abierto por arriba: luego, por encima de esta curva un péndulo cayendo á plomo y tocando á la circunferencia en el punto justo en que en un cuadrante de reloj está inscrito el número VI. Hecho esto, escribió á derecha del péndulo, comenzando por abajo, en lugar de las horas V, IV, III, las palabras *Deseos modestos*.—*Grandes esperanzas*.—*Ambicion*.—*Pasiones desenfrenadas*. *Locura de las grandezas*. Volvió en seguida la hoja de papel y trazó al lado opuesto en lugar de los números VII, VIII, IX de un cuadrante, las palabras: *Disgustos ligeros*.—*Penas profundas*.—*Desengaño*.—*Desesperacion*.—Finalmente, en vez del VI, justamente en la línea de detencion del péndulo, marcó con el lápiz un gran punto negro, que sombreó con cuidado, y encima del cual escribió, en forma de inscripcion: *Punto muerto*, *Reposo absoluto*.

Hé aquí la reproduccion del dibujo que trazó Verner:



Después de haber terminado este pequeño dibujo, Varner se quitó la pipa de la boca, inclinó la cabeza de un lado, arrugó la frente alzando las cejas y consideró atentamente lo que acababa de hacer. Luego dijo:

—Esta rosa de los vientos no está todavía del todo completa: aún falta algo en ella. Entre el *Punto muerto* y *Deseos modestos* á la derecha y *Disgustos ligeros* á la izquierda, se encuentra la hermosa línea de *Indiferencia tranquila y razonable*. A pesar de todo, tal como está, basta mi dibujo para la demostración de mi teoría. ¿Me estás atento?

Fabrice hizo con la cabeza una señal de asentimiento. Tenía profundamente lacerado el corazón. En vez del amigo de su juventud, para el cual había soñado su cariño un porvenir brillante, no veía ya más que á un pobre monómano.

—¿Ves? continuó Varner tranquilamente, hablando como lo haría un profesor desde su cátedra, si levanto mi péndulo hasta que haya alcanzado el punto *Deseos modestos*, y lo dejo caer otra vez, irá naturalmente y sin poder pasar más allá, hasta el punto *Disgustos ligeros*: luego oscilará algún tiempo, cada vez en un espacio más reducido, á lo largo de la línea *Indiferencia*, y finalmente se detendrá, sin sacudidas, sobre el *Punto muerto*, *Reposo absoluto*. ¡Qué gran consuelo!

Se calló un momento, como esperando alguna observación de parte de Fabrice; pero este persistió en su silencio, y Varner volvió á tomar el hilo de su demostración.

—Pienso que comprendes á dónde voy á parar. Si levanto el péndulo hasta el punto *Ambición* ó *Locura de las grandezas*, y lo abandono á sí mismo, la ley que ya he aplicado lo llevará al punto *Penas profundas* ó *Desesperación*. ¿Esto es claro, verdad?

—Perfectamente claro, respondió tristemente Fabrice.

—Muy bien, prosiguió Varner con la misma seriedad. Por desgracia mía no he descubierto esta teoría hasta que ya era algo tarde. No me había limitado en mis sueños á bagatelas; había querido ser presidente de la República, sábio, célebre, prometido de Elena. Poca cosa ¿eh? ¿Qué tienes que

decir de mi modestia? Había levantado el péndulo á una altura vertiginosa, y cuando se escapó de mis impotentes manos, debió necesariamente describir una gran oscilacion, y tocó en el punto *Desesperacion*. Fué aquella una época desastrosa de mi vida. Espero que tú no habrás sufrido nunca tanto como sufrí yo entónces. Vivía en una pesadilla continúa... en una torpe embriaguez...

Se detuvo otra vez, como lo había hecho algunos instantes ántes; luego añadió con una risa nerviosa y dolorosa:

—Sí, como en la borrachera... bebía.

Pero repentinamente su rostro, contraído por un gesto feo, se puso triste y grave, y dijo horrorizado y temblando:

—¡Qué cosa tan terrible es mirarse á sí mismo y verse caído!

Se calló, y esta vez por un largo rato: despues levantando la cabeza y volviéndose hácia Fabrice le preguntó:

—¿Estás cansado de mi historia, ó quieres oirla hasta lo último?

—Me aflige lo que acabas de hacerme saber, respondió Fabrice; pero continúa, te lo ruego; vale más que lo sepa todo.

—Sí, y yo siento también que me alivia vaciar algo mi demasiado lleno corazón... Pues, bebía.

En América se toma esta odiosa costumbre más deprisa que en cualquier otra parte. Me ví obligado á renunciar á más de un empleo, porque había dejado de ser *respectable*. De cualquier modo que sea, no dejaba de encontrar, y sin demasiados esfuerzos, alguna nueva posición. No he sufrido por la miseria, sin que esto quiera decir que haya vivido nunca en la abundancia. Lo que gastaba de más en beber, lo quitaba de mis gastos de limpieza y libros.

Diez y ocho meses despues de mi salida de Elmira, un día encontré en el *Central Park* de Nueva-York á Elena. No ignoraba que estaba casada hacia ya un año. Ella me reconoció en seguida, y me dirigió la palabra. Yo hubiera querido desaparecer de su vista. Sabía que mis ropas estaban lustrosas y sin pelo, que mi exterior estaba léjos de demostrar bienestar; me imaginaba que ella percibía en mi cara las

huellas de los hábitos que había tomado. Pero nada vió, ó nada quiso ver. Me tendió la mano y con su dulce voz me dijo:

—Cuánto me alegro de volveros á ver, M. Varner. He preguntado á mi padre y á Francisco si había noticias vuestras: pero ninguno de los dos han podido decirme lo que os habiais hecho. Quisiera rogaros que volvierais á empezar las lecciones que en otro tiempo me habeis dado. Acaso no sepais ni áun donde vivo. Aquí están las señas.

Me dió su tarjeta.

Balbuocé algunas palabras con dificultad en respuesta á su invitacion. Me miró sonriéndose con un aire benévolo: de pronto desapareció de sus lábios la sonrisa y añadió con compasion:

—¿Habeis estado enfermo, M. Varner? Teneis un aire como de cansado.

—Sí, respondí, feliz por haber encontrado una excusa al aspecto que debia de tener; sí, he estado malo y todavía sufro.

—¡Cómo lo siento! replicó en voz baja.

—¡Búrlate, Fabrice! Llámame loco incorregible; pero créeme cuando te aseguro que su mirada expresaba para mis ojos más que un interés de cortesía comun. Un dolor punzante se apoderó de todo mi ser. ¿Qué había yo hecho, pues, para sufrir tan crueles dolores? Mis ojos se velaron. La embriaguez, la inquietud, los insomnios me habían debilitado. Dí un paso hácia atrás tambaleándome. Ella palideció horriblemente. Alrededor de nosotros se agitaba la turba indiferente de los que paseaban.

—Venid muy pronto á verme, añadió precipitadamente, y se alejó.

La ví subir á un coche, del que sin duda se había bajado para dar una vuelta á pié: cuando volvió á pasar por delante de mí, sacó la cabeza á la portezuela, fijando en mí sus ojos muy abiertos, con la mirada inquieta, casi extraviada.

Volví á mi casa. La suya estaba en mi camino; habitaba un verdadero palacio. Me encerré en mi miserable cuartito de *hotel* y de nuevo me entregué á soñar.

Ella me amaba, ella me admiraba; no estaba perdida para mí. El péndulo subía como ves hasta el punto *Locura*.

Explícame, si puedes, por qué una criatura perfectamente razonable en la vida ordinaria puede en ciertas horas y voluntariamente, por decirlo así, perder por completo la razón. Como excusa y explicación de mi demencia, quiero admitir de buen grado que la excitación á la cual me abandonaba era el síntoma de una enfermedad nerviosa, que estalló pocos días después y me enclavó durante semanas enteras en un lecho de dolor.

En mi convalecencia recobré mi calma y mi razón. Pero todo había acabado; en dos meses había envejecido veinte años. Cuando dejé la cama me encontré débil y quebrantado como hoy me ves. Mi pasado había sido opaco y sin un rayo de felicidad; y este pasado ¡era toda mi vida!!! En adelante nada me quedaba que emprender, que echar de menos ni que desear. El péndulo oscilaba perezosamente en un ángulo pequeño sobre la línea *Indiferencia razonable*... No tendría inconveniente en analizar el estado de espíritu de los hombres que han triunfado en el mundo, que han sido generales victoriosos, primeros ministros, escritores ilustres y cosas análogas. En el ocaso de su vida, sostenidos por un legítimo orgullo, ¿salen satisfechos de la arena, ó fatigados de una lucha encarnizada, desencantados y abatidos? ¿Dejan caer las armas como yo lo he hecho? ¿Estará á todo el mundo prohibido descender á su propio corazón para darse cuenta de la manera que ha tenido de gastar la vida?

Varner hizo otra vez una larga pausa, absorto evidentemente en estas sombrías reflexiones. Luego continuó en voz más baja:

—Yo no había hecho caso de la invitación de Elena. Pero, yo no sé cómo, había ella descubierto mis señas: había sabido también que había caído enfermo. No temas, mi querido Hermann, que mi historia se vuelva romántica. Ninguna visión celeste se me apareció durante la fiebre; no sentí mano alguna dulce y blanca posarse sobre mi encendida frente. Se me cuidaba en el hospital, y lo que es mejor,

se me cuidaba muy bien; yo figuraba allí con el nombre de número 380, y todo eso, como ves, era lo más prosáico posible.

Sin embargo, al abandonar el hospital y cuando iba á despedirme del director, me entregó éste una carta en la cual habia un talon de quinientos pesos. Dentro del sobre venia, además, una esquila anónima así concebida:

«Un amigo antiguo os suplica que acepteis á título de préstamo, el talon adjunto. Tiempo habrá de devolverlo cuando os encontréis bastante fuerte para recomenzar el trabajo: y podreis hacerlo por medio de socorros mensuales, cuyo montante fijareis vos mismo, al hospital de Nueva-York.»

La intencion sin duda era buena, pero me causó una impresion dolorosa. Mi decision, tú te la figuras, fué tomada sin vacilar; era preciso rehusar. Pregunté al director, quien me habia estado observando con benévola sonrisa mientras leia la carta, si podia decirme el nombre de la persona que me la habia enviado. A pesar de que me aseguró que no la conocia, no dudé un instante de que disimulaba la verdad. Despues de haber reflexionado algunos minutos, le pregunté de nuevo si se encargaria de hacer llegar mi respuesta á mi corresponsal desconocido, y al ver su asentimiento, añadí que la tendria al dia siguiente.

Mucho tiempo medité sobre lo que debia escribir. Una cosa indudable para mí es que Elena habia venido en socorro mio. ¿Cómo rechazar esta ayuda generosa sin lastimarla, sin pasar á sus ojos como un ingrato? Despues de mucho titubear, escribí en el papel algunos renglones que á lo que recuerdo decian lo siguiente:

«Os agradezco el interés que me manifestais; pero me es imposible aceptar la suma que poneis á mi disposicion. No me guardéis rencor si os la devuelvo. Conservadme vuestras simpatías, de las que me esforzaré por ser digno, y jamás olvidaré vuestra bondad.»

Algunos dias despues, ya puesta la carta en manos del director del hospital, salí de Nueva-York para dirigirme á San Francisco. Pasaron años sin oir hablar de Elena: su imagen

se debilitó cada vez más en mi memoria, y acabó casi por desvanecerse.

El sombrío río que llevaba el frágil esquife en que me habia embarcado con mi fortuna, me conducia insensiblemente y sin sacudida hácia el misterioso abismo donde todo lo que existe va á desembocar para encontrar allí un término. Proseguia su curso á través de un vasto desierto; las orillas que desfilaban ante mi vista eran de una horrible monotonía. Un cansancio sin nombre llenaba todo mi corazon. A sabiendas yo no habia hecho nunca el mal; habia amado y habia querido el bien. ¿Por qué era tan desgraciado? Habria bendecido el escollo que hubiera abierto el fondo de mi barca para hacerme hundir y descender al eterno reposo. Hasta el dia en que supe los esponsales de Elena habia esperado tercamente que el dia siguiente me traeria la dicha. Este mañana tan deseado habia venido por fin, oscuro, descolorido, sin realizar mis bellas esperanzas. Desde entónces mi vida habia concluido.

Pronunció Varner esta última frase con una voz tan poco inteligible, que Fabrice apenas pudo oirla: parecia hablar más bien consigo mismo que con su amigo. En seguida levantó el índice de la mano derecha y lo agitó lentamente de derecha á izquierda, imitando el lento va y ven del péndulo: despues colocó el dedo sobre el gran punto negro que habia dibujado en el papel debajo del péndulo y dijo:

—*Punto muerto. Reposo absoluto.* ¿Por qué no ha llegado ya el término?

Hubo una tercera pausa más larga que las anteriores, que Fabrice se vió obligado á interrumpir:

—¿Cómo te has decidido, preguntó, á reembarcarte para Europa?

—¡Ah, sí! respondió Varner con bastante viveza, la historia ¡nécia historia! no se ha acabado todavía; en el fondo no tiene fin como no tiene principio: es algo informe y sin objeto; es ménos la narracion de una existencia que la de un sencillo viaje á la muerte. En fin, voy á acabarla siguiendo el orden cronológico. ¿No te fatiga, verdad?

—No, no, continúa, amigo mio.

—Muy bien. Pasé, pues, todavía varios años en los Estados-Unidos. El péndulo estaba bien arreglado. Iba y venia lentamente por la línea *Indiferencia*, sin rebasar nunca como límite extremo los puntos *Deseos modestos* y *Ligeros disgustos*. En mi rincon llevaba una vida contemplativa y se me tenia por un original. Cumplia con mis deberes y de nadie me ocupaba. En cuanto disponia de una hora, me alejaba de la ciudad y de los hombres á buscar la soledad en los bosques inmediatos. Allí me tendia bajo los copudos árboles. Cada estacion tenia para mí un encanto particular; la primavera lo mismo que el verano; el otoño como el invierno. Mi corazon, lleno de amargura, se sentia siempre aliviado desde que oia yo el zumbido de los árboles sobre mi cabeza. ¡La selva! Nada hay en la creacion más hermoso. Una calma profunda descendia hasta mí. Envejecia... olvidaba. En esta época nació, gracias á mi indiferencia absoluta hácia todo lo que me rodeaba, el hábito de responder *muy bien* á todo cuanto se me decia. Se me venian á los labios tan naturalmente estas palabras, que ni aún me dí cuenta del uso contínuo que de ellas hacia, hasta el dia en que uno de mis colegas se dignó advertirme que profesores y alumnos de comun acuerdo me habian puesto el apodo del *Señor Muy bien*. ¿No es caprichoso que yo, á quien jamás sucedió cosa buena, haya sido conocido con el *alias* de *Muy bien*?

Quédame que contar una última aventurilla y habré concluido: no tendré entónces más que escuchar tu historia.

El año pasado me condujo mi camino á las inmediaciones de Elmira. Era tiempo de vacaciones. Nada tenia que hacer, y mi bolsa contenia un centenar de pesos ganados penosamente. Me entró gana de volver á ver el teatro de mis alegrías y de mis dolores. Hacia siete años que no habia puesto allí los pies. Estaba de tal modo cambiado, que nadie podia reconocerme, y aún cuando se me hubiera reconocido, me hubiera importado un bledo. Despues de haber recorrido la ciudad, visto otra vez mi antigua escuela y la casa en que Elena habia habitado, me dirigí hácia el parque, situado en los alre-

res, y donde tan amenudo habia paseado los ensueños de mi juventud.

Era en el mes de Setiembre. Se iba acabando el dia. Los rayos oblícuos del sol poniente cernian por el tamiz de las ramas de las encinas viejas una luz rojiza. Al extremo de una avenida, distinguí á una mujer sentada en un banco debajo de un árbol. Al aproximarme reconocí á Elena. Permanecí clavado al sitio en que estaba, sin atreverme á dar un paso más. Ella estaba inclinada hácia delante, baja la cabeza, dibujando con la contera de su sombrilla líneas en la arena. No me habia visto. Volví piés atrás en seguida y me alejé sin ruido. Cuando hube andado unos cien pasos, dejé la avenida para entrar en el bosque. Allí me volví con precaucion. Elena seguia en el mismo sitio y en la misma actitud.

¡Sabe Dios qué pensamientos atravesaron mi espíritu! Quería volver á verla de más cerca, ¿qué peligro habia? Estaba seguro de no ser reconocido. Me acerqué, pues, tomando el paso indiferente de un paseante, y algunos minutos despues pasé delante de ella. Al notar una sombra en el camino, levantó la cabeza y se encontraron nuestras miradas. Mi corazon latia furiosamente. Sus ojos estaban frios é indiferentes; pero de repente se animaron con una luz extraña, é hizo un brusco movimiento como para levantarse. No ví más y continué mi camino sin atreverme á volver la cara. Antes de salir yo del parque, me pasó su carruaje. La ví como la habia visto hacia cinco años en el Parque Central de Nueva-York: pálida, los ojos muy abiertos, fijando sobre mí una mirada inquieta. ¿Por qué no la saludé? No lo sé. La verdad, me faltó el valor. Ví morir la luz que se habia encendido en sus ojos: hasta me pareció que un suspiro de consuelo habia levantado su seno; se reclinó otra vez negligentemente hácia atrás y desapareció.

Tenia yo á la sazón treinta y seis años. Casi tengo vergüenza del rasgo de escolar de que me hice culpable; le dirigí estas cortas líneas: «Un amigo fiel á quien habeis hecho favores en otro tiempo, y que os ha encontrado ayer sin ser reconocido por vos, os envia su saludo.» Puse esta esquela

en el correo, momentos ántes de subir al tren que debia de conducirme á Nueva-York, y el corazon me golpeaba al hacerlo, como si hubiese llevado á cabo un acto ruidoso. ¡A fé mia que son lindas aventuras! ¡Y decir que mi vida no las ofrece más señaladas, y que con niñerías parecidas se alimenta mi memoria!

Un año despues tuve en Broadway el encuentro de Francisco Gilmore. El mundo es pequeño: tan pequeño, que es en verdad difícil escapar de los que una vez se ha conocido en él. Me extrañó el parecido de mi antiguo discípulo con su hermana, y le dirigí la palabra. Me miró con un aire parado; mas despues de algunos minutos de dudas, me reconoció tambien; una buena sonrisa se esparció por su semblante, y apretóme la mano con efusion.

—Señor Varner, exclamó, ¡cuánto me alegro de veros! Hemos hablado mucho de vos Elena y yo, tratando de adivinar lo que os habiais hecho. ¿Por qué no habeis dado nunca señales de vida?

—No creia interesaros; esta fué mi respuesta.

Me expresaba con timidez á pesar de no deber nada á este jóven y de no tener nada que pedirle.

—Sois injusto con nosotros hablando de ese modo, respondió Francisco. ¿Me tomais, pues, por un ingrato? ¿Creeis por lo visto que he olvidado nuestros buenos paseos de otros tiempos y las largas conversaciones que teniamos? Vos sólo me habeis enseñado algo, y á vos debo los principios que me han dirigido en la vida. ¡Ah! muchas veces he pensado en vos, vamos, y os he echado de ménos sinceramente. En cuanto á Elena, no os ha reemplazado jamás; todavía toca ahora al piano los mismos trozos de música que le habeis hecho repetir, y se guia por vuestros consejos con una fidelidad que debiera enterneceros.

—¿Cómo están vuestros padres? ¿Cómo le vá á vuestra hermana? pregunté más conmovido que es posible decirlo.

—Mi pobre madre murió hace tres años. Elena dirige ahora la casa.

—¿Vive vuestro cuñado ahora en vuestra casa?

—¿Mi cuñado? replicó Francisco con algun asombro; ¿pero ignorais entónces que se encontraba á bordo del *Atlantique*, que se perdió el año pasado en la travesía de Liverpool á Nueva-York?

Nada encontré que responder.

—Por cierto, continuó Francisco con una gran flema, y quede esto entre nosotros, que no fué su muerte una gran pérdida. Mi querido cuñado no valia, ni con mucho, lo que creia mi padre cuando le concedió la mano de mi hermana. Toda la familia ha deplorado con frecuencia esta alianza. Elena ha vivido separada de su marido desde algunos años ántes de su muerte.

Hice un movimiento de cabeza para expresar la parte que tomaba en lo que acababa de saber: pero me fué imposible añadir una sola palabra más.

—Espero que vendreis muy pronto á vernos, replicó Francisco sin darse cuenta de mi turbacion. No nos hemos mudado de casa; pero para mayor seguridad, ahí va mi tarjeta. Fijad un dia, el que querais, para venir á comer á casa. Puedo aseguraros que allí siempre llegareis á tiempo.

Me excusé prometiendo escribir al dia siguiente, y nos separamos.

Por fortuna, mi espíritu no habia conservado la vivacidad de otros tiempos. El péndulo, léjos de volver á moverse desordenadamente, continuó recorriendo perezosamente aquel pequeño ángulo en el que oscilaba hacia ya años. Me dije que reanudar relaciones con la familia Gilmore, seria exponerme infaliblemente á reavivar las penas y las decepciones del pasado. Estaba en aquel momento tranquilo y razonable. Comprendia bien que seria una pura locura de mi parte pretender la mano de una viuda jóven, rica y adulada; arrosstrar la presencia de Elena, era arriesgar de nuevo el naufragio de mi razon y resucitar la fatal quimera, origen de todos mis dolores. Si ha de creerse á los poetas, el amor ennoblece al hombre y hace de él un semidios. Es posible; pero algunas veces tambien le vuelve loco é imbécil. Yo estaba en este último caso. Era menester á toda costa guardarme de esta

peligrosa pasión. Medité seriamente y tomé el partido de dejar dormir en paz al pasado y de rechazar la ocasión de hacerlo revivir.

Algunos días antes de mi encuentro con Francisco había recibido la noticia de la muerte de un pariente viejo, de quien apenas me acordaba. En mi infancia había pasado en su casa algunas vacaciones. Era un hombre sombrío y taciturno, pero que me acogía con mucho cariño. Tengo como un recuerdo vago de haber oído decir que había amado á mi madre y que después de haber sabido el casamiento de esta, se había retirado á la soledad, de la que no salió más hasta su muerte. De cualquier modo que sea, yo no había perdido nada á lo que parece en sus simpatías: había continuado interesándole, y en su última hora se había acordado de mí para legarme la mayor parte de su modesta fortuna. Heredaba, no una gran cantidad de dinero, sino una casita de campo provista cómodamente y una propiedad contigua y arrendada para mucho tiempo en seis mil francos al año. Para mí era la opulencia y mucho más de lo que necesitaba para satisfacer mis deseos. Desde que tuve noticias de la herencia, había estado indeciso acerca de lo que debería hacer: el fortuito encuentro de Francisco me decidió. Me dispuse en seguida para salir de América con intención de establecerme en mi país natal. Había recibido tus señas y te escribí. Me imaginaba que la alegría de volver á ver á mi único y más antiguo amigo me consolaría de muchas decepciones que la vida me había propinado. No me he engañado. Al fin he podido abrir mi corazón á uno de mis semejantes y descargarme del pesado fardo que he soportado yo sólo desde nuestra separación. Ahora me siento aliviado. Tú no eres un juez severo; tú deploras, sin duda, mi debilidad, pero no me condenas. Si, como ya te lo he dicho, no he hecho bien alguno, tampoco he cometido acción mala. He sido un hombre nulo y absolutamente inútil; *un hombre de sobra*, como el triste héroe de una triste historia de Tourgeneff.

Antes de mi salida escribí á Francisco que la muerte súbita de un pariente me obligaba á regresar á Europa, y le in-

diqué la dirección de tu casa para que no tuviera mi marcha la apariencia de una huida. Después me embarqué, y héme llegado á tu casa. He dicho.

Varner, que durante esta larga relación había cuidado de alimentar su pipa, y al mismo tiempo de vaciar casi enteramente la botella de Oporto que tenía delante, declaró que estaba pronto á escuchar la historia de su amigo. Pero Fabrice, taciturno por lo que acababa de oír, no estaba con humor de tomar la palabra. Hizo observar á Varner que la noche estaba muy avanzada, y propuso dejar para el siguiente día la conversación.

Varner se contentó con responder: *Muy bien*; sacudió la ceniza de su pipa, repartió el resto del vino entre él y su amigo, y levantando su vaso dijo con cierta solemnidad:

—A nuestra juventud, Hermann.

Vació el vaso de un golpe, lo dejó sobre la mesa, y con aire satisfecho añadió:

—Mucho tiempo hace que no he bebido con tanto gusto; porque esta vez no he bebido para olvidar, sino para recordar.

II.

Todavía pasó Varner ocho días en L... en casa de su amigo. Era el hombre más fácil de vivir del mundo; á toda proposición de Fabrice respondía invariablemente: *Muy bien*. Si Fabrice no le proponía nada, se mostraba perfectamente contento de permanecer sentado en una buena butaca, al lado de la chimenea, con un libro en la mano, en el cual no leía nada, y la pipa en la boca, lanzando bocanadas de humo al frente. No le gustaban los nuevos conocimientos; sin embargo, los amigos de la casa, á los cuales fué presentado, encontraron en él un hombre apacible, modesto é instruido. Agradó á todo el mundo. Había en su persona algo extraño, que atraía; un *hechizo*, como vulgarmente se dice. Fabrice mismo sentía su influencia sin poder explicársela. Le había devuelto sin reserva la amistad que en otro tiempo le

había profesado. La especie de fascinación que Varner ejercía sobre los que le rodeaban, hacía pensar á Fabrice que no se admiraría de ningun modo si supiera que su amigo en su juventud había inspirado un verdadero amor á Elena Gilmore.

Una noche llevó Fabrice á su amigo á un teatro en donde hacía furor una pieza buña. Era un género de la predilección de Varner, cuando estudiante. Sus gozosas carcajadas todavía resonaban en los oídos de Fabrice; mas ahora tuvo un desengaño: Varner asistió al espectáculo sin tomar por él el menor interés; no dejó escapar ni una sonrisa. Al principio escuchó atentamente las primeras escenas como si se hubiera tratado de una comedia clásica, después, pareciendo no comprender nada de lo que pasaba ante su vista, volvió la cabeza con aire de fastidio y se puso á examinar al público. Así, cuando al fin del segundo acto le propuso Fabrice salir del teatro, se apresuró á responder:

—Sí, vámonos... Esto me parece estúpido. En tu casa estaremos mejor que aquí. Cada cosa á su tiempo; las bufonías ya no me convienen.

Nada tenía Varner de comun con el amigo que Fabrice había conocido quince años ántes. No por eso le quería menos. Su cariño se había aumentado con un sentimiento de compasión profunda. Hubiera sido capaz de un gran sacrificio por volver dichoso á su amigo, por ver á la sonrisa reemplazando la inmovilidad de sus facciones y la dolorosa fijeza de sus miradas. Esta buena voluntad no había escapado á Varner, y al despedirse de Fabrice le dijo con voz conmovida:

—Tú me deseas el bien, buen amigo mio: lo siento, y créeme, te estoy agradecido. Ya no nos perderemos nunca de vista; te escribiré regularmente.

Algunos días después recibió Fabrice una carta de América, cuyo sobre estaba marcado con las iniciales E. H., es decir, Elena Howard, nombre de la heroína de la triste historia de Varner. Envió esta carta en seguida á su amigo y le escribió al mismo tiempo: «Espero que la carta que te »incluyo te traiga buenas noticias de América.»

Pero Varner no dió importancia á estas frases, y en su respuesta no dijo ni una sola palabra de Elena; no hablaba más que de la nueva casa en que acababa de instalarse para concluir allí, como él decia, el resto de sus dias, é invitaba á Fabrice á ir á verle. Más tarde se convino entre los dos amigos que pasarian juntos los dias de Navidad y año nuevo; pero desde que principió el mes de Diciembre, instó Varner á su amigo para que adelantara el viaje.

«No estoy bien, escribia en esta ocasion, y me encuentro tan cansado, que no salgo de casa en todo el dia. No he hecho todavía nuevos conocimientos, y no los haré probablemente. Estoy sólo; tu sociedad me daria un gran placer. Ven; tu cuarto está listo y espero que ha de ser á tu gusto. Hay una buena mesa para escribir y una biblioteca bastante buena; podrás trabajar en el cuarto como te plazca, sin ser incomodado por bicho viviente. Ven lo más pronto posible, amigo mio; te espero con impaciencia.»

Fabrice, que en aquel momento estaba ménos atareado, pudo acceder al deseo de su amigo, á cuya casa se fué á vivir en la primera semana del mes de Diciembre. Encontró á Varner muy acabado. Le aconsejó que consultara á un médico, pero Varner respondió:

—Nada pueden los médicos en mi estado. Sé muy bien dónde me aprieta el zapato. La ciencia me ordenaria probablemente que me distrajera, como aconsejaria á un desgraciado, que tuviera la sangre empobrecida por una mala alimentacion, que se fortificara con un régimen de buenos platos y de vinos generosos. El pobre no tendria con qué comprar semejantes golosinas; y yo ignoro lo que conseguiria distraerme y divertirme. ¿Viajar? Nada me gusta tanto como estar tranquilamente recostado en un sillón. ¿Ver caras nuevas? No me interesarían. Tu sociedad es la única que prefiero á la soledad. ¿Libros? Soy demasiado viejo para tener goce en saber algo nuevo, y lo que he aprendido ya no me interesa. No es siempre posible procurarse lo que sentaria bien; es menester tomar las cosas como ellas son.

Fabrice observó de nuevo que su amigo comia muy poco,

pero que en cambio bebía mucho. La sincera amistad que le tenía dióle valor para hacer en voz alta la observación.

—Es verdad, respondió Varner; bebo demasiado; mas ¿qué quieres? Los alimentos me repugnan y es preciso de un modo ú otro sostener las fuerzas. Estoy en un estado deplorable: mi salud está arruinada.

Estando una noche los dos amigos juntos en la alcoba de Varner, mientras que el viento y la nieve azotaban los cristales, el enfermo se puso espontáneamente á hablar de Elena.

—Estamos ahora en una correspondencia en regla, dijo. Me anuncia en su última carta que espera volver á verme muy pronto.—¿Sabes, Hermann, que esa mujer empieza á ser para mí un enigma? Que no me trata como al primero que se encuentra uno en la calle, es evidente; pero me pregunto: ¿Qué soy yo para ella y qué es lo que por mí experimenta? ¿Es amor? Inadmisible. ¿Piedad acaso? Hé ahí, pues, dónde han venido á parar mis soberbios sueños: ¡Ser un objeto de lástima!—Acabo de responderle que me he establecido aquí con la intención formalísima de terminar mi inútil existencia en la calma y en la ociosidad.—¿Recuerdas tú una escena de los *Cuadros de viaje* de Heine, en que el estudiante abraza á una muchacha que le deja hacer sin oponerse gran cosa porque él le ha dicho: «Partiré al alba y no os volveré á ver nunca.»? La certidumbre de no ver otra vez á uno, dá ánimos para decir ciertas cosas que, á no ser así, se tendrían siempre escondidas en el fondo del corazón. Yo siento que mi vida se aproxima á su fin. No protestes, querido amigo. Mis presentimientos no me extravían. Se lo he dicho. Le he dicho también tantas cosas más... ¡locuras!... todo lo que he hecho no ha sido más que locura y quimera. Termino mi existencia de una manera lógica, en armonía con mi pasado, haciendo en mi lecho de muerte la primera declaración de amor. ¿No es esto lo más inútil que hay en el mundo?

Fabrice quiso conocer algunos detalles de la carta á que Varner aludía; pero este respondió en términos bastante vagos:

—De buena gana te la enseñara si tuviera copia de ella, dijo. Tú conoces toda mi historia, y no me ruborizaria ante tí por una última locura. He escrito hace unos quince dias, cuando sentí con certeza la aproximacion de la muerte. Tenia fiebre, no de miedo—poca cosa se lleva la muerte al tomarme la vida,—pero estuve aquel dia en un estado de exaltacion singular. No me acuerdo en qué términos me expresé. ¿Quién sabe? Quizás este último producto de mi cerebro ha sido una obra completamente poética. No importa, no me arrepiento de lo hecho. Al contrario, estoy contento de que Elena sepa al fin que la he amado en silencio y sin esperanza de ser correspondido. Eso es desinterés ó yo no entiendo una palabra de estas cosas.

Se sonrió con amargura.

Las fiestas de Navidad se pasaron tristemente. Varner estaba tan débil, que apenas tenia fuerzas para levantarse dos ó tres horas al dia. Por autoridad propia habia hecho Fabrice venir á un médico. Este no supo qué recetar. Varner no sufría enfermedad determinada: se moría de agotamiento. Algunas veces todavía, con intervalos más raros y más cortos, recobraba su vivacidad de otros tiempos; pero ya las sombras de la muerte comenzaban á oscurecer su espíritu.

La noche de San Silvestre se levantó muy tarde.

—Saludaremos juntos al año nuevo, dijo á Fabrice. Espero que te traerá la dicha: yo conozco que para mí trae el reposo.

Minutos ántes de las doce de la noche abrió el piano y tocó solemnemente, á la manera de un canto religioso, una grave romanza de Schumann titulada «*A la copa de un amigo difunto.*» Luego, á la primera campanada de las doce, llenó dos vasos de un vino viejo del Rhin y levantó el suyo lentamente. Estaba muy pálido y brillaban sus ojos con la calentura. Había en sus maneras algo exaltado, inquietante. Miró al vaso que tenia en la mano, y repitió con un tono pausado un verso de la romanza que acababa de tocar.

«El vulgo no comprende lo que estoy viendo en el fondo de esta copa.»

Luego, de un solo trago, vació el contenido entero del vaso.

Hablando así y bebiendo, no habia puesto atención ninguna en Fabrice, quien le miraba consternado. Volviendo por último en sí, exclamó:

—Otro vaso más, Hermann. ¡A la amistad!

Vació el segundo como el primero, hasta la última gota, y estenuado por el esfuerzo que acababa de hacer, se dejó caer torpemente en una butaca.

Poco tiempo despues, le llevó Fabrice á la cama como á un niño que se queda dormido.

Durante los dias siguientes, fué incapaz de levantarse. El doctor creyó deber prevenir á Fabrice que el estado de su amigo hacia temer un resultado triste.

El 8 de Enero, un criado del hotel del pueblo en cuyas cercanías estaba situada la casa de Varner, vino á traer una carta, á la que esperaba una contestacion inmediata. El enfermo en aquel momento casi habia perdido el conocimiento. Fabrice no dudó en romper el sello y leyó lo que sigue:

«Querido amigo: Acabamos de emprender un viaje á Europa que mi padre proyectaba hacia mucho tiempo. Nada os he dicho ántes para tener el gusto de sorprenderos. Llegada aquí, sé que la especie de malestar de que me habláis en vuestra última carta, no os ha dejado todavía. En estas circunstancias, no me atrevo á presentarme en vuestra casa sin preveniros de mi venida y sin asegurarme de que os encontréis en estado de recibirme. Estoy aquí con mi hermano, quien lo mismo que yo, no ha querido pasar tan cerca sin ir á veros. Mi padre ha ido directamente á París, donde Francisco y yo nos uniremos con él dentro de pocos dias.

ELENA.»

Fabrice, despues de un momento de reflexion, tomó su sombrero diciendo al mensajero, que se encargaba él mismo de llevar la respuesta. En el hotel se le admitió sin hacerle

esperar á la presencia de la viajera. Habia hecho entregar su tarjeta con estas palabras: *De parte de Varner.*

Elena estaba sola. Fabrice la examinó rápidamente, vió una mujer de gran hermosura, cuyos ojos francos y resueltos atraian sobre ella una mirada interrogadora.

Fabrice no habia frecuentado apenas la sociedad de las mujeres y se encontraba cortado en su presencia. Pero en este momento no pensaba más que en su amigo, y no tuvo dudas ni vacilaciones para explicar el motivo de su visita. Contó que su amigo estaba enfermo, muy enfermo, muriéndose, y que él, Fabrice, habia abierto la carta dirigida á Varner. Elena permaneció mucho tiempo sin responder; parecia no haber comprendido lo que acababa de oír. Por fin sus ojos se llenaron de lágrimas, y le preguntó si le seria posible ver á Mr. Varner. A la respuesta afirmativa de Fabrice añadió ella:

—¿Podria acompañarme mi hermano, ó vale más que vaya yo sola?

—La visita de dos personas acaso fatigaria al enfermo, replicó Fabrice. Vuestro hermano podrá presentarse más tarde.

—¿No temeis que mi visita le fatigue tambien?

—No lo creo: al contrario, le causará una gran alegría.

Elena pidió sólo algunos minutos para echarse encima un pañolon y un sombrero. El camino se anduvo rápidamente y en silencio. Cuando llegaron á la casa de Varner, se adelantó Fabrice para asegurarse por sí mismo del estado de su amigo. Estaba éste acostado en la cama, presa de la fiebre y murmurando frases inconexas. Reconoció, sin embargo, á Fabrice y le pidió de beber. Despues de haber calmado la sed, cerró los ojos como para dormir.

—Te he traído un amigo, dijo Fabrice. ¿Quieres recibirle?

—¿Hermann? Siempre se le recibe bien.

—No; es un amigo que viene de América.

—¿De América? He vivido allí muchos años. ¡Qué monótonas y desoladas son las riberas que recorro!

—¿Quieres ver á ese amigo?

—Voy arrastrado por la corriente del río. Allá á lo lejos percibo formas vagas y negras; son colinas llenas de sombra y frescura. ¡Jamás reposaré en ellas!

Fabrice se alejó de puntillas, y volvió á entrar casi en el mismo instante con Elena.

Varner, que de nada se habia enterado, continuaba siguiendo la pendiente de sus desvaríos.

—El río se acerca por fin al mar. Ya oigo el bramido de las olas. Las márgenes principian á cubrirse de verdura... Se acercan las colinas... Está sombrío... Hé aquí los grandes árboles bajo los cuales tantas veces he soñado... Una radiante aparicion atraviesa el follaje... ¡Elena!!

Allí estaba ella de pié al lado de la cama. El moribundo la vió entónces, y sin demostrar la menor sorpresa dijo sonriendo:

—¡Gracias á Dios! Llegais todavía á tiempo. Sabia que ibais á venir.

Murmuró en seguida algunas palabras incomprensibles, y guardó un prolongado silencio; los ojos enteramente abiertos. De repente llamó: ¡Hermann!!

Este vino á colocarse al lado de Elena.

—El péndulo... ¿Me comprendes?

Una sonrisa cándida, su buena sonrisa de estudiante, iluminó sus descoloridas facciones. Levantó su mano derecha, y dibujando en el aire con el dedo índice un gran semi-círculo para imitar la oscilacion de un péndulo, dijo: *En otros tiempos*; despues, figurando de la misma manera un movimiento más reducido y más lento, que repitió muchas veces, añadió: *Hoy...* Por último, mantuvo el dedo tieso é inmóvil, casi amenazador, y dijo con voz débil: *Muy pronto.*

Se calló y cerró los ojos. Su respiracion se hacia hiposa.

Elena se inclinó hácia él y le llamó dulcemente:

—¡Enrique, Enrique!

El entreabrió los ojos. Ella le acercó la boca al oido y le dijo sollozando:

—Os he amado siempre.

—Desde el primer día lo supe, respondió tranquilamente y con un aire convencido.

Su rostro se dulcificó todavía una vez más y pareció renacer á la vida. Tenía la mirada confiada de la juventud. Una encantadora sonrisa triste vagó por sus labios. Tomó la mano de Elena y la rozó con un beso.

—¿Cómo te encuentras? preguntó Fabrice.

La respuesta antigua: *Muy bien.*

Sus crispadas manos recogían las sábanas como para taparse con ellas la cara. Luego sus brazos se estiraron y quedaron sin movimiento los dedos.

—Muy bien, repitió.

Pareció abismarse en una meditación profunda. Una gran pausa. Por fin volvió sus ojos moribundos, cargados de simpatía y de ternura, hácia Elena, y con una voz baja apenas inteligible, pronunció aún estas dos palabras, apoyando débilmente la primera:

—*¡Perfectamente bien!*

R. L.

NO HAY ROSA SIN ESPINAS.

DOLORA

Á LA SEÑORITA DOÑA CÁRMEN CORTIJO.

La escena es en un jardín.
 Personajes: un doctor,
 Un viejo que con dolor
 Vé de su existencia el fin,
 Y una niña primorosa
 Que siete abríles no cuenta
 Y corre alegre y contenta
 Como blanca mariposa.

—Doctor (con voz dolorida
 Dice el viejo), ¿no es verdad
 Que es triste fatalidad
 Tener que dejar la vida?
 Cuando morir no tememos,
 De ella todos renegamos;
 Pero ¡cómo la estimamos
 Si cerca la muerte vemos!
 —¡Ilusion! (dice el doctor)
 ¿De qué vale la existencia,
 Si es la ley de nuestra esencia
 Ser esclavos del dolor?
 —Cierto, ¿pero y el placer
 Que en la vida se ha gozado?
 —Pocas veces se ha logrado
 Sin llorar y padecer.
 —Doctor, pesimista estais
 Y la evidencia no veis.
 —¡Necios de los que creéis!
 —¡Pobres de los que dudais!

.
 Se iba la disputa agriando
 Y amenazaba ser riña,
 Cuando á ellos llegó la niña
 Triste llanto derramando,
 Porque al coger presurosa
 Una rosa purpurina,
 Sintió punzadora espina
 Clavada en su mano hermosa.
 Sacó la espina el doctor;
 De la niña el desconsuelo
 Logró calmar el abuelo
 Con sus palabras de amor,
 Y besando las llorosas
 Mejillas de la inocente,
 La dijo:—Ten muy presente
 Que hay espinas en las rosas.
 —Y sabe (añadió el doctor)

Que es ley del humano sér
No conseguir el placer
Sino á costa de dolor.—
Marchó la niña á jugar,
Y con acento profundo
Dijo el doctor:—¿Y este mundo
Es el que sentís dejar?
¿Y ese placer os halaga,
Sombra fugaz y mentida,
En breve instante perdida
Y que con dolor se paga?
¡Vaya un mundo seductor,
En que es sentencia fatal
Que no exista bien sin mal
Y cueste el placer dolor!
¿Y ahora qué podeis decir?
—Nada (respondió el anciano);
Pero el corazon humano
Prefiere todo á morir;
Porque el rudo padecer
Y la angustia del dolor
Siempre son cosa mejor
Que el abismo del no ser.

M. DE LA REVILLA.



LITERATURA PERUANA CONTEMPORÁNEA.

Consideraciones generales.—*Poesías y escritos en prosa*, de D. Felipe Pardo y Aliaga.—*Tradiciones del Perú*, por D. Ricardo Palma, partes 2.^a y 3.^a Lima 1874 y 1875.—*Documentos literarios del Perú*, coleccionados por el coronel D. Manuel de Odriozola. Tomo V, Lima 1874, con prólogo y apuntes literarios de D. R. Palma.

I.

Tanto he dicho, y tan recientemente, y en esta misma REVISTA (1), sobre la *Literatura contemporánea en la América meridional y sus relaciones con la española*, que no me parece necesario, al ir á tratar de algo concerniente á la particular del Perú, extenderme aquí en cierto género de consideraciones generales, que sólo podrian ser repetición ó explicación, cuando más, de las hechas ya en los artículos á que me refiero.

Por otra parte, es tan evidente que, hablando un mismo idioma, perteneciendo á una misma raza, y procediendo de un mismo tronco, tan próximamente todavía, españoles y americanos, tenemos en la esencia una misma índole literaria, que hasta el recordarlo, como de paso, puede parecer supérfluo. No hay más que abrir un libro cualquiera de los que se imprimen allende el Atlántico, para echar de ver, á tiro de ballesta, que está pensado y escrito tan en castellano, como si su autor fuera español y avecindado en la pátria de

(1) Véanse sus números 8.^o y 9.^o, artículos III y VII, respectivamente.

Hernan Cortés y de Pizarro. Modismos se advierten, locuciones, giros de frase, y unas cuantas docenas de vocablos, con sobrado color local en algunas obras americanas; pero otro tanto, y más quizá, puede con razon decirse de no pocos libros de los que actualmente se dan á la estampa en España, donde siempre los provincialismos han sido frecuentes, y el idioma de Castilla todavía lucha, aunque ya siempre con decisiva ventaja, contra la tenaz resistencia de otros antiguos lenguajes españoles, que no quieren resignarse á la subalterna condicion de meros dialectos.

En suma, y esto es lo que me importa que conste: el desarrollo y progresos de la literatura en las vastas regiones que fueron, en tiempos todavía no remotos, parte de la monarquía española, son y deben ser para nosotros asunto de particular estudio, y causa de legítimo gozo, cuando, como ahora acontece, se nos presenta ocasion de dar á conocer á muy distinguidos escritores, que, si no son ya nuestros compatriotas en lo político, no pueden ni quieren dejar de serlo, en cuanto á lo literario respecta.

Las letras, más poderosas que las armas, han creado vínculos entre los americanos y los españoles, de consistencia tal y tan grande, como lo acredita el hecho de no haber bastado á quebrantarlos, aunque tal vez durante algun tiempo los aflojaran, ni la furia de una larga y sangrienta civil contienda, ni la influencia exclusiva en el Nuevo Mundo, durante no pocos años, de ideas esencialmente anti-españolas, y de una literatura no ménos exótica allí, que acá serlo puede. Dichosamente, la fuerza del natural ha prevalecido contra todo género de obstáculos, y, de algun tiempo á esta parte, van dejando los ciudadanos de las nuevas repúblicas hispano-americanas de creer indispensable, para acreditar su patriotismo, renegar en todo y por todo de su origen, de los apellidos que llevan, de su propia tradicion literaria, y del idioma mismo, que hablan y escriben muchos de ellos con gran propiedad y elegancia.

D. Ricardo Palma, no sólo á mi pobre juicio, sino en concepto de muchas y muy más que yo autorizadas personas, se distingue entre los más señalados escritores contemporá-

neos de la América meridional, tanto por el desembarazo de su castizo estilo, y el donoso desenfado de sus conceptos, cuanto por lo exento de preocupaciones hostiles respecto á España, que generalmente se muestra en sus obras. Y siento decir que sólo *generalmente* así se conduce; pero es verdad que alguna vez que otra—no muchas—tambien paga tributo al espíritu anti-español, dominante en sus compatriotas de la generacion que riñó la guerra de la independendencia.

Pero, ¿en qué belleza no hay lunares, y en qué razon, por clara que sea, no hay aberraciones?

Palma, pues, no obstante lo dicho, es sin duda uno de los escritores americanos más señalados—permítaseme repetirlo—por su dominio del idioma castellano, puro y castizo, así como tambien por su franca simpatía con la antigua madre pátria, en lo literario constantemente, si en todo lo demás con diferencias y alternativas, á veces justificadas, y otras, aunque injustas, fácilmente por las condiciones en que el escritor se encuentra explicables.

Y es tanto más de notar, y áun de agradecer, que Palma nos haga, en general, justicia, cuanto que precisamente es hijo y habitante de la region de América donde, en virtud de un célebre, reciente y deplorable conflicto, que es de esperar sea el postrero, son las cosas de España ménos favorablemente consideradas en el dia.

Con el Perú, en efecto, todavía están interrumpidas nuestras relaciones diplomáticas, y no media entre ámbos países la paz deseada, sino un mero armisticio, cuyas condiciones, felizmente, no tengo para qué discutir en este artículo: me basta, y estoy casi por decir que me sobra, con consignar el hecho tal como es. ¿Por qué no se ha hecho la paz definitiva? ¿Quién tiene la culpa de que así sea?—Como literato, no soy, ni quiero ser competente para contestar á esas preguntas; pero sí tengo indisputable derecho á lamentarme de que, sin utilidad para ninguna de las partes en el negocio interesadas, ántes con evidente perjuicio de entrambas, se prolongue un estado de cosas, cuando ménos, incómodo y embarazoso, y, á mayor abundamiento, muy ocasionado á peligrosas complicaciones.

Y es singular: precisamente hasta hace muy poco tiempo, se encontraba de presidente de la república del Perú una excelente, dignísima persona, que por juro de heredad debiera ser simpática á nuestra España, patria de su abuelo, que en el antiguo vireinato administró justicia á nombre del entónces soberano de ámbos mundos, y donde, si materialmente no nació su padre y mi muy caro amigo, D. Felipe Pardo, sí se educó y formó para ser, como lo ha sido, uno de los más estimables literatos de su época, no ménos en las orillas del Rimac que en las márgenes del Manzanares.

¿Será episódico hablar aquí de D. Felipe Pardo, cuando en realidad sólo he tomado la pluma con el fin de llamar la atención de los lectores de la REVISTA CONTEMPORÁNEA sobre los escritos de D. Ricardo Palma que hasta ahora han llegado á mis manos?

Es posible y quizá probable que, en buena lógica, todo crítico conteste afirmativamente á esa mi pregunta. Pardo era un astro que ya al ocaso se habia ocultado, cuando Palma, que ni siquiera una vez le nombra en sus escritos, comenzaba á brillar en su oriente. Pardo era un hombre de la generacion para la actual juventud ya pretérita, y á cuyos exíguos restos pertenezco; Palma figura dignamente entre los hoy más activos escritores. Pardo, en fin, aunque peruano políticamente, era literato español de pura raza; y Palma, aunque literato á la española casi constantemente, es y no quiere ser más que peruano en la literatura misma.

Hay, sin embargo, entre Palma y Pardo, más de una afinidad y más de un punto de contacto, que en cierto modo me autorizan á que del último dé aquí alguna noticia: pero la verdad del caso es que, una vez nombrado uno de mis más antiguos, de mis mejores y más queridos y llorados amigos de la infancia, imposible me seria, aunque lo quisiera, dejar de consagrarle aquí algunos renglones á su muy amada memoria.

II.

D. Felipe Pardo, nacido en el Perú (1), como ya he dicho, siendo allí su padre magistrado español, regresó con toda su familia á España, á consecuencia de la emancipacion de aquel vireinato, y fué educado en Madrid, primero en el célebre colegio de San Mateo, donde fueron sus maestros los Sres. Calleja, Hermosilla y Lista, y luego, al ser disuelto aquel notabilísimo establecimiento de enseñanza por el gobierno del rey absoluto en 1824, pasó á terminar su educacion privadamente con el citado Sr. D. Alberto Lista, honra y gloria del profesorado español en nuestros dias.

Otros tres, mancebitos entónces, fueron sus condiscípulos y amigos íntimos en aquella Academia particular; dos de ellos, celebridades que ya pasaron á mejor vida, Ventura de la Vega, tambien americano meridional, y Espronceda, el cantor *del Sol y del Diablo Mundo*; el tercero y en todos conceptos último de ellos, era el que este artículo suscribe. Más hace ya de medio siglo, estudiábamos juntos los cuatro, á un tiempo las humanidades y las matemáticas bajo la tan inteligente como cariñosa direccion del sábio Lista. Pardo, que tenia ya de 18 á 19 años de edad, era el mayor, el más formal y juicioso de nosotros, que hasta donde lo consentian nuestra edad y nuestra no muy subordinada índole, le profesábamos cierta especie de respeto. Él, por su parte, aunque á pesar de su formalidad, de ingenio satírico y algo burlesco, sólo utilizaba la superioridad que no podíamos ménos de concederle, en bien comun, dándonos ejemplo de aplicacion, de deferencia y atencion en la clase á nuestro excelente maestro, y de compostura en la calle, punto respecto al cual, siento decir que no siempre lograba su buen deseo. Espronceda era audazmente travieso; Vega, sin audacia, inventor inagotable de pueriles fechorías; y yo, pecador, más busca-ruidos que otra cosa. Sobre mí, no obstante, ejercia Felipe Pardo más influjo que sobre ninguno de sus otros dos condiscípulos; y

(1) Nació el año de 1806.

siempre recuerdo y recordaré con gratitud profunda, que aprovechándola en bien mio, me redujo á repasar con él las matemáticas, ciencia en que estaba muy adelantado, y que á mí me era necesario estudiar con preferencia á todo lo demás, para ingresar, como tuve la honra de conseguirlo, en el cuerpo de Artillería. No obstante su aprovechamiento en las ciencias exactas, Pardo comenzaba ya entónces á ser literato y poeta: poeta de la escuela clásica, literato observador, y, como ya lo dejo apuntado, con más propension á la sátira que al lirismo. Alguna muestra, y muy aventajada, dió ya de su ingenio en España; pero dejóla tan pronto (1828), llamado por los intereses de su familia á la tierra donde habia nacido, y donde se estableció para siempre, que, si bien con justicia podemos blasonar de que nuestra pátria fué su cuna literaria, forzoso tambien nos es convenir en que, real y verdaderamente, al parnaso peruano pertenece el poeta que nos ocupa.

Allí, pues (1), letrado y publicista primero; diplomático despues; luego magistrado judicial y ministro al cabo; hoy proscrito y conspirador por ende, mañana gobernante, y por los conspiradores combatido; prófugo unas veces y oscurecido otras, jamás tranquilo, nunca dueño de entregarse á los dulces ócios de las Musas á que su vocacion le arrastraba, sino, por decirlo así, furtivamente y en los breves entreactos del triste drama de su azarosa existencia política: Pardo no gozó acaso más dias de ventura que aquellos inolvidables en que á la calle de Valverde (2) acudiamos gozosos á engolfarnos en el desarrollo del Birómio de Newton, ó á decorar los versos de Juan de Mena. Pero tan arraigado estaba en su razon el amor á las letras, contraido en los felices años de su adolescencia, que en el poder como en la emigracion, en sana salud como valetudinario, Felipe Pardo se conservó siempre literato, constantemente poeta, discípulo del inflexible é

(1) Aquí copio casi textualmente lo que respecto á Pardo dije á la Academia Española, en un discurso que ante ella leí en su sesion inaugural del 20 de Setiembre de 1870, titulado: *Tres poetas contemporáneos*.

(2) En esa calle de Madrid está la casa en que Lista nos daba sus lecciones.

intolerante Hermosilla, como de Lista, cuyo dogmatismo, mucho más generoso, nunca trató de oponer barreras á las transformaciones que el tiempo lleva consigo en todas materias. Del último conservó siempre la suavidad del metro, la entonación lírica, y algo también de la ternura en los afectos; mas del primero observó constantemente los principios sistemáticos, permitiéndole rara vez al estro temerarias, es decir, inusitadas fantasías.

El tomo de *Poesías y escritos en prosa* de D. Felipe Pardo, magníficamente impreso en París el año de 1869, y del cual poseo un ejemplar, don póstumo y muy estimado de aquel mi inolvidable amigo, contiene tantas y tan varias producciones, que, enumerarlas sólo, sería hacer interminable esta parte de mi trabajo.

En verso: composiciones en los géneros lírico y festivo; sonetos; epigramas; letrillas; poemas satíricos y no satíricos; y tres comedias en el estilo moratiniano más puro.

En prosa: artículos de periódico, doctrinales y de costumbres; alegatos forenses; documentos parlamentarios unos, y ministeriales otros.

Todo eso, prosa y verso, casi constantemente, y como no podía ménos de ser, dados el país, la época, las circunstancias, y el carácter del enciclopédico escritor; todo eso impregnado, con muy raras excepciones, de pasión política, frecuentemente en sus manifestaciones exagerada y acerba; pero todo eso, también, rebosando talento, y revelando una tan sólida como bien digerida educación literaria.

El aventajado discípulo de Lista, no sólo honraba á su eminente maestro, honrándose á sí propio en el Nuevo Mundo, como en el antiguo lo hacían simultáneamente sus ilustres amigos y condiscípulos Espronceda y Vega; sino que, para decir francamente lo que pienso, paréceme que ha debido contribuir grandemente, con el buen ejemplo de sus obras, á fundar en el Perú la moderna literatura, que da hoy ya de sí muy sazonados frutos, y es de esperar que, progresando con el trascurso del tiempo, los produzca excelentes.

Por tales tengo ya algunas de las obras que de los escritores peruanos conozco; y en cuanto á las de Pardo, figura-

seme que con algunas muestras, aunque por necesidad escasas en número, y en extensión breves, he de acreditar, deleitando al lector, que no es la amistad sola quien á elogiarle me ha movido.

Oigámosle, cuando en el momento de abandonar para siempre la patria de sus mayores, se despide desde Gibraltar, de la que fué su primer amada, y no habia nunca ya más de verle:

« Amor, tus raudas alas
 » Al céfiro confía;
 » Lleva á la amada mia
 » Mi postrimer adios;
 » Y dile que en la ausencia
 » Que fierá nos divide,
 » La sacra fé no olvide
 » Jurada por los dos.

 » Destrenzado el cabello,
 » Blancos los labios rojos,
 » Todo llanto los ojos,
 » El pecho todo amor;
 » Así te ví al dejarte;
 » Y así vive grabada
 » Tu imágen adorada,
 » En mí, por el dolor.

 » ¡Parto, mi amor!—Tu imágen
 » Idotatrada y bella
 » Llevo conmigo; en ella
 » Mil besos sellaré;
 » Y tu adorado nombre,
 » En medio á mis tormentos,
 » Mezclado con lamentos
 » Al aura entregaré. »

No hay ciertamente ménos fluidez y ternura, y sí á mi juicio mucha más sinceridad de sentimiento en esos versos

de Pardo, que en las famosas despedidas de Melendez y de Arriaza, que todos los, en nuestros tiempos, jóvenes, sabiamos de memoria.

Varias, aunque no muchas, son las composiciones de Pardo en el género de la que de citar en parte acabo; y todas llevan el sello de la clásica escuela á que el autor perteneció siempre. La necesidad de ser breve me obliga á prescindir de más de un trozo que á mí me encanta, y á mencionar ya aquellas poesías de Pardo en que la pasión política predomina casi exclusivamente. Dividido el Perú en partidos, ó más bien en bandos, que encarnizadamente se disputaban el poder, ni más ni ménos que como en la vieja España acontecia entónces (porque de lo presente nada decir quiero), Pardo estaba afiliado en uno á manera de *Conservador*, y por su talento, por su saber, por su probidad y por su heroica constancia, figuraba en él con justicia en primera línea.

Sus sentimientos eran liberales, sin duda alguna; pero en sus ideas habia mucho del doctrinarismo político de que en Europa era jefe y personificación Mr. Guizot, y quizá no poco tambien de la intrasigencia jurídica, heredada de su respetable y severo padre, magistrado integérrimo del antiguo régimen. Por otra parte, como hombre de partido habia tenido que luchar y estaba luchando, cuerpo á cuerpo y brazo á brazo, con la democracia de su país; y en el calor del combate, vencido unas veces, vencedor otras, siempre más ó ménos por sus contrarios lastimado, como era inevitable, mi excelente amigo no acertaba á distinguir la esencia de ciertas doctrinas, de los trastornos que su realizacion origina las más veces, ni ménos de los abusos, de los excesos, de los crímenes, si se quiere, que á la sombra y á pretexto de toda innovacion política se cometen. ¡Triste, pero inevitable condicion de todas las épocas en que la sociedad pasa por una de esas terribles crisis que se llaman revoluciones!—Para unos la *libertad* llega á hacerse abominable, porque con la anarquía la confunden; y para otros el *orden* aborrecible, porque se les presenta siempre bajo el aspecto de la opresora dictadura.

Asáltame, al llegar á este punto, un recuerdo que, si bien

á primera vista meramente relativo á la vida privada, tiene quizá importancia bastante para que no parezca impertinente consignarlo en pocas palabras.

Hubo un momento en que Pardo y yo éramos simultáneamente ministros, él en la república peruana, y mi humilde persona en la monarquía española. Al saber él mi nombramiento, escribióme una muy afectuosa y muy discreta carta, en su habitual estilo un tanto satírico, y toda llena de espíritu tan conservador, que á veces, y si yo no le conociera tanto como le conocia, hubiera podido parecerme declaradamente reaccionario. Hago memoria de haberle yo contestado, en su mismo sentido en cuanto á cariño; pero en el diametralmente opuesto en lo respectivo á la política. Por manera que el ministro republicano aparecia, en nuestra correspondencia, apóstol del principio de autoridad; y el consejero responsable de un monarca, por el contrario, defensor de las doctrinas liberales.—Quizá sea en rigor muy lógica esa que parece contradicción absurda.

Y ahora, como el lector tiene ya datos suficientes para juzgar con pleno conocimiento de causa, es ya llegado el caso de someter á su fallo tal cual muestra de la poesía política de D. Felipe Pardo.

Un amigo suyo, buen poeta á juzgar por los pocos versos que de él conozco y á citar voy, dirigióle en ocasion de haberle nombrado ministro de Relaciones exteriores el supremo Director Vivanco (en 1843) la siguiente estrofa:

«*Lámpara solitaria,*
 »Que los escombros del Perú iluminas,
 »Si escucha Dios la universal plegaria,
 »Como hoy alumbras deplorables ruinas,
 »Harás lucir un dia la opulenta
 »Formidable nacion, que alzar intenta
 »La mano poderosa,
 »Que á esa altura elevó tu luz preciosa!»

Así se expresa el Sr. Seguin, de quien me pesa no conocer más obras. Pardo le contestó extensamente, en una bella com-

posicion, titulada *La Lámpara*, de la cual no puedo citar por falta de espacio más que muy pocos versos. Así comienza:

«En mi modesta llama, quizá, ejemplo
 »De consecuencia encontrarás sencillo;
 »Mas no de gloria y de grandeza el brillo
 »Pretendas ver, que buscas con afan.
 »*Lámpara solitaria*, ardí en el templo;
 »Y aunque con luz escasa, ardí constante;
 »Y, por siete años que bramó incesante,
 »No me apagó una vez el hurancan.
 ».
 »Que brillé incierta y pálida, cual brilla
 »El patriotismo en la civil matanza,
 »Ó como suele rayo de esperanza
 »Brillar en agostado corazon.»

Compara aquí Pardo su *lámpara* á la que pudo arder ante la imágen del crucificado en el suelo andaluz, mientras le dominaron los moros, y lo hace en unas fáciles quintillas de que por via de muestra copiaré las siguientes:

«La ceba (1) en repuesta ermita
 »Católico anacoreta,
 »Que en piadoso ardor se agita,
 »Al ver su pátria sujeta
 »Al alfanje y la mezquita.
 ».
 »Casi no alumbró el fanal
 »Más rostro que el del anciano;
 »Pues dentro de aquel umbral,
 »Rara vez rezó un cristiano
 »La oracion dominical.
 »Mas el reino de Luzbel
 »Cayó; su enseña rasgada
 »Vió la raza de Ismael;

(1) La lámpara.

- » Tremolaron en Granada
- » Los pendones de Isabel,
- » Y de la opresion odiosa
- » Libre ya, rauda proclama
- » La multitud clamorosa,
- » Del ermitaño la fama
- » Y de su mansion dichosa.»

¡Con qué verdad, y con qué delicado sarcasmo se pintan, en esos versos, el aislamiento del proscrito durante su largo destierro, y el entusiasmo con que se le aclama así que le es próspera la fortuna!

Para completar el cuadro, y despedirnos de *La Lámpara*, séanos lícito citar algunas de las estrofas en los ya inusitados versos de doce sílabas, que en la aurora del romanticismo español habian muchos jóvenes poetas, *quorum pars mínima fui*, por decirlo así, galvanizado. Los de Felipe Pardo dicen de esta manera:

- « Tambien mi morada de espléndida gloria,
- » Al vivo destello, por fin se alumbró,
- » Y en himnos ardientes de fausta victoria,
- » El mudo, luctuoso, silencio trocó.
- »
- » Ya toda es antorchas la ardiente capilla;
- » Joya es de diamantes, que opongas al sol;
- » Entre ellas, en tanto la lámpara brilla,
- » Cual puede, á la aurora, muriente farol;
- » Y espláyese, ó gire, ó aduermase quieta,
- » Su llama no advierten en tal claridad,
- » Sino, cual los tuyos, benigno poeta,
- » Los ojos que aguza fogosa amistad.»

Quizá sea esta la composicion en que más se ha permitido Pardo ciertas libertades románticas, no muy ortodoxas segun los clásicos dogmas que profesaba; y las últimas copiadas estrofas son aquellas en que, hasta en el uso de ciertos vocablos que á Herмосilla le hubieran horripilado, se dejó llevar

más latamente el poeta de la inspiración del momento, sin curarse mucho de lo que decir pudieran el bueno de Aristóteles *et sa docte cabale*.

Su oda á Napoleon III, con motivo de la paz de Villafranca (1859), vigorosamente versificada por cierto, demuestra al mismo tiempo que el gran talento y la inclinación del poeta á todo lo que era autocracia, en oposición á la democracia peruana sin duda, cuán fácilmente ilude el deseo hasta á los más claros entendimientos. Véase cómo Pardo apostrofa al último, hasta hoy al ménos, de los Césares modernos, en estos magníficos versos:

«¡Iris, que en las postreras agonías
 »De la paz y del orden apareces,
 »Y, manantial de vida, resplandeces
 »Para las moribundas monarquías!
 »¡Génio, siempre inspirado y poderoso,
 »Ya alces, del alma paz bajo el auspicio,
 »Del pátrio bien el *sólido edificio*,
 »Ya acaudilles tu ejército animoso!
 »¡Príncipe, ante quien calman y enmudecen
 »Inertes las pasiones destructoras,
 »Y bajo cuyas leyes creadoras
 »Poder, riqueza y bienestar florecen!
 »¡De ardor concierto raro y de prudencia!
 »¡Vástago ilustre de linaje augusto!
 »¡De la justicia antemural robusto!
 »¡Brazo de la Divina Providencia!»

Si la Divina Providencia le hubiera concedido á Pardo cuatro ó cinco años más de vida, en Sedan y en la Comunque de París hubiera podido apreciar bien hasta qué punto era sólido el edificio por su héroe levantado, ó lo que es más claro, hubiérase convencido de que aquel coloso tenía, como el bíblico, los piés de barro.

Las composiciones al poeta peruano Olmedo, y al Perú mismo, no pueden ser debidamente apreciadas, sino leyéndolas enteras, y bien lo merecen; porque, amen de su mé-

rito puramente artístico, tienen el de estar nutridas de pensamientos altos á veces, con frecuencia profundos, y siempre, sobre todo, honrados.—A Olmedo, reconviniéndole por la inaccion en que yace, le dice, entre otras cosas:

«¿Maldecir en tremendas armonías,
 »No te es dado, los crímenes atroces
 »De los aciagados días
 »En que mónstruos feroces,
 »Deshonrando de España el poder régio,
 »Con vil codicia y negro fanatismo,
 »Cometieron el torpe sacrilegio
 »De hacer correr la sangre de los Incas
 »Mezclada con el agua del bautismo?»

Cuando canta al Perú, lamentando su estado y el de toda la América que fué española, exclama dolorosamente iracundo:

«¿Qué es esto? ¡Oh Dios! ¿Qué vértigo satánico
 »A numerosos pueblos, rapidísimo,
 »Cual movidos por ímpetu mecánico,
 »Lleva á hundirse en abismo profundísimo?
 »¿Es hechizo funesto? ¿Es vicio orgánico?
 »O ¿el desórden, por mira del Altísimo,
 »Atrinchera sus reales, estratégico,
 »Desde los patagones hasta Méjico?»

¡Nó: esa no es, no puede ser la mira de Dios! ¿Cómo suponer que, cuando El le depara un nuevo Mundo,

«A la fé ardiente de Isabel primera,
 »Será para que el mal su saña impía
 »Cebe en naciones que arrancó el bautismo,
 »A la garra infernal del paganismo?
 »¿Será para que América afligida,
 »Sufra, á merced de bárbara discordia,
 »Bajo la Iglesia plagas más crueles
 »Que bajo la impiedad de los infieles?»

Enumera en seguida el poeta con patriótico entusiasmo, y en magníficas octavas, los tesoros y bellezas de aquel continente, que Dios

«De riquezas sin fin hizo venero;»

y encendido en harto justificada ira, al contemplar cómo los desaciertos y las culpas de los partidos políticos malogran los beneficios del Supremo Hacedor en el antiguo imperio de los Incas, exclama:

«¡Ah! ¡cien hombres de noble sentimiento
 » Bastan de la Divina Providencia
 » Las miras á llenar! ¡No más que ciento!
 » ¿Dónde están? ¿Los sumerge la indolencia
 » En torpe sueño? Y ¿ceden sin aliento
 » El campo á la atrevida turbulencia?
 » ¡Qué! ¿No veis que ese sueño es tan siniestro,
 » Como al reposo de la pátria, al vuestro?»

De aquí en adelante, la pasión política parece haberse apoderado por completo del númen que á Pardo inspira, haciéndose cada vez más antidemocrática. Describiendo en uno de sus sonetos el colegio electoral á que ha concurrido recientemente, hé aquí como se explica:

«Hierve tráfico torpe y fraudulento:
 » Llueven puñadas y empellones: sube
 » De cigarros y alcohol en densa nube
 » Diabólica algazara al firmamento.
 » —¿Son tunantes? ¿Son locos? ¿Son muchachos?
 » ¿Son acaso borrachos?—Hay de todo:
 » Niños, locos, tunantes y borrachos,
 » Que cumplen con la ley; pues de ese modo,
 » Constituyendo electoral colegio,
 » Ejerce el *Pueblo-Rey* su poder régio.»

Pero todavía vá más lejos, en su saña contra las institucio-

nes democráticas, en el soneto, que para poner término á las citas de sus poesías políticas, á continuacion copio íntegro, y es como sigue:

«El Rey Nuestro Señor.

- » Invencion de estrambótico artificio,
- » Existe un Rey, que por las calles vaga,
- » Rey de aguardiente, y de tabaco, y daga,
- » A la licencia y al motin propicio:
- » Voluntarioso autócrata, que oficio
- » Hace en la tierra de ominosa plaga:
- » Príncipe de memoria tan aciaga,
- » Que á nuestro Redentor llevó al suplicio:
- » Sultan, que el freno de la ley no sufre,
- » Y de cuya justicia no hay reintegro;
- » Rey, por Luzbel ungido con azufre,
- » Czar de tres tintas, indio, blanco y negro,
- » Que rige el continente americano,
- » Y que se llama *Pueblo Soberano*.»

Aparte las ideas y aún los sentimientos, en todo antitéticas aquellas á las que profeso, y opuestos tambien los últimos á los míos, en su género ese soneto paréceme excelente en todos conceptos.

Encabeza la seccion de las *Poesías Festivas* de Pardo, una cancion que lleva el extraño título de *El Suicidio*, y está, segun su autor declara, escrita *en uno de sus destierros*. No creo que, á poder decírselo, le sirviera de consuelo saber que el condiscípulo en este momento su crítico, tambien cuenta en su vida una media docena de emigraciones y destierros, todos por razones ó sinrazones políticas; pero en todo caso, bueno es que conste que, en esa materia, no les vá en zaga la Madre Pátria á sus antiguas colonias. Pero he dicho ya que no he de hacer más citas políticas, y en consecuencia allá vá esa muestra de cómo versificaba Pardo en sus composiciones festivas:

«¿Qué son, suerte, tus caricias?
»¿Qué venero de delicias

» Te podemos merecer?
 » ¿Qué son las horas benignas,
 » Que designas
 » Como dignas
 » De gozar?
 » El lucero de occidente,
 » Que naciente,
 » Vá á espirar.
 » La edad bella de una rosa;
 » Un rápido meteóro;
 » Una compuerta de oro,
 » Por donde el llanto rebosa.»

—
 «Venga, venga una pistola,
 » Que la humana batahola
 » Ya no puedo resistir,
 » Ni el acibarado gesto
 » De funesto
 » Porvenir.»

Pero, antes de aplicarse á la sien ó al corazón el arma homicida, escápasele el tiro sin producir más daño que la alarma que causó en los huéspedes del poeta, y éste, volviendo en sí, concluye cristiana y filosóficamente su composición, diciendo:

«Más vale así; que al suicida
 » Le va mal en la otra vida,
 » Y es más dulce y más cristiano,
 » Morir de viejo en la cama
 » Sin la fama
 » Del romano (1).»

Temiendo hacerme prolijo, deseo economizar ya las citas. Prescindiré, pues, de los epigramas; y de las letrillas, las más de ellas políticas, mencionaré una sola, titulada *A mi Levita*,

(1) Caton el de Útica, á quien ántes aludió.

imitacion de Beranger, poeta con quien Pardo tenia grande afinidad literaria. En ella se lee la siguiente estrofa, que, si la pasion no me extravía el juicio, es en su género un acabado modelo:

«Ese zurcido... ¡oh recuerdo!
 »Con Delia jugaba un dia;
 »Me seguia, la burlaba;
 »Me asió del faldon izquierdo,
 »Y sin querer, la rasgó;
 »Mas la pobre, en todo un dia,
 »Cosiéndote, no apartó,
 »Sus bellas manos de tí:
 »¡Levita del alma mia,
 »No te separes de mí.»

¡Qué naturalidad, qué fluidez en la versificacion! ¡Qué ternura, sin sentimentalismo de ningun género, en los pensamientos!

Y ahora ya (1), mal que me pese, resuélvome, en obsequio de la brevedad, á no mencionar más que los títulos del Poema *Isidora*, deliciosa novela en verso endecasílabo, de que no pudo escribir Pardo más que el canto primero; de la *Constitucion política*, sátira de gran mérito, en estilo digno, á veces, de Juvenal ó de Quevedo, si bien rebosando en saña, con frecuencia injusta, contra las modernas teorías del Derecho político; y de la *Epístola á Délio*, titulada: *¡Vaya una República!* sátira no ménos ingeniosa y sangrienta que la anterior, pero en cambio, mucho más razonable y fundada.

Como poeta lírico, Pardo tiene dos épocas, dos maneras,

(1) Aquí, como ya otra vez lo hice, debo confesar que voy á copiarme á mí mismo, ó, en otros términos: á repetir, con muy ligeras variantes, lo que dije en mi antes citado discurso á la Academia Española. Entónces, habiendo estudiado con grande atencion las obras de Pardo, expuse latamente mi juicio sobre ellas; y, como puede suponerse, no he variado de pensamiento. ¿Por qué, sin embargo, repetirlo aquí?—Primero, porque la ocasion lo requiere; y en segundo lugar, porque, siendo mi propósito dar á conocer en España á un poeta, que por tantos títulos lo merece, paréceme que es más adecuado para lograr ese fin, un artículo de Revista, que un discurso académico, cuya circulacion es limitadísima.

diríamos, si de un pintor se tratara: en la primera, es el hombre de su escuela; en la segunda, el de las circunstancias y condiciones en que vive, y completamente le dominan.

Nunca tuvo el estro de Herrera, de Quintana y de Espronceda; pero sí mucho de la filosófica inspiración de Rioja y de Lista, en sus primeras composiciones, *La Lámpara* y *El Perú*, incluidas en ese número. Castizo y correcto siempre, amamantado en los pátrios clásicos, y varon por naturaleza, probo y de recto y entero carácter, Pardo fué poeta horaciano, y también el *vir-bonus* de Horacio.

Las poesías de su segunda época, en que superabunda el sentimiento político, sobreponiéndose con exceso al poético, no pecan, ciertamente, de lisonjeras á los poderosos del Perú, sino de un espíritu de ácre censura y exaltada oposición, que, ofuscado el claro talento del escritor, le lleva á veces á punto de condenar principios de que sólo el abuso es vituperable.

Quien vive, como nosotros, en España, y, como nosotros, ha navegado muchos años en el tormentoso piélago político, fácilmente disculpa y comprende el defecto que de señalar acabamos.

Otro me obliga la imparcialidad á señalar en las composiciones de la segunda época de Pardo, y es el de cierto prosaismo de que no pocas de ellas adolecen. Pero no sé yo, en verdad, si hacer responsable de esa falta al poeta, ó al asunto sobre que escribe. La política es, á mi juicio, la antítesis de la poesía.

III.

Bajo dos aspectos diferentes me queda todavía que considerar á D. Felipe Pardo: uno, como autor dramático, y como prosista el otro. Trataré de hacerlo tan brevemente como la claridad lo consienta.

Tiene el teatro tan poderoso atractivo para el ingenio español, que pocos, muy pocos son aquellos de nuestros poetas que no han pagado más ó menos cuantioso tributo, ya á Melpómene, ya á Talía; y el notable vate peruano que nos

ocupa, no quiso ó no pudo eximirse de imitar el ejemplo de los más de sus predecesores en el Parnaso.

Escribió, pues, comedias; pero comedias todas rigurosamente ajustadas á las reglas de la escuela llamada clásica, sin que en ellas se advierta ni el menor conato de romanticismo, ya del género genuino y tradicional español, ya del francés moderno, ó ya, en fin, del nuevo, que comenzó en nuestra patria á formarse hácia los últimos años del primer tercio de este siglo. La explicacion de ese fenómeno se encuentra fácilmente en la índole propia del talento de Pardo, y en las circunstancias de su edad literaria.

Cuando en nuestra niñez estudiábamos las humanidades, los que ya somos hoy ancianos—porque en aquellos tiempos era costumbre todavía estudiar ántes de profesar las letras y las ciencias—era aún considerado nuestro teatro antiguo español, tesoro de la lengua española, inmarcesible gloria de nuestra literatura, y monumento eterno de la peculiar grandeza del ingenio nacional, más como arqueológico resto de una civilizacion pretérita, que como modelo de imitacion digno. Prevalcía, pues, entónces la reaccion pseudoclásica, en realidad más francesa que greco-latina, iniciada á fines del siglo XVIII por los sábios críticos de aquella época, y, en los primeros años del corriente, triunfadora en las tablas, merced á las inmortales obras de Inarco Celénio. Pero esa reaccion, más que legítima contra el bastardo género de los Comellas y consortes, extendióse luego, como con todas las reacciones acontece, indiscreta y fanáticamente, á proscribir todo lo que en el molde del teatro francés del siglo de Luis XIV no estaba vaciado.

Así, en los años de nuestra infancia, la escuela de Moratin era la exclusivamente dominante; la más liberal de Quintana, y de Lista hasta cierto punto, ó callaba, ó si dogmatizaba era con timidez, casi en secreto, y más bien aspirando á *disculpar los extravíos* de los Dramáticos de nuestro siglo de oro que á rendir culto á su grandeza.

Poeta siempre más pensador que inspirado, y más á la sátira que al lirismo propenso, y en tal escuela además formado por maestros como Hermosilla y aún como Lista, á pesar

de su tolerante eclecticismo, nada más natural, nada más lógico que la clásica índole de Pardo como dramático.

Sin embargo, ya Breton de los Herreros, clásico y moratiniano sí, pero á su propia manera, no imitando servilmente á los maestros, sino aplicando *originalmente* sus preceptos; Breton, tan gran poeta y versificador sin rival, como inimitable hablista en lo puro del lenguaje y en el giro siempre castizo de sus ingeniosas frases; Breton, como en su tiempo Lope de Vega, *se habia alzado con el cetro de la monarquía cómica*, y era ya señor absoluto de ella cuando Pardo dejó á España para trasladarse á Lima.

Y Breton, á mi juicio, fué el precursor, aunque inconsciente, de la revolucion dramática que pocos años más tarde se inició en nuestro teatro con *La Conjuracion de Venecia*, el *Don Alvaro*, *El Trovador* y *Los Amantes de Teruel*. Pero ni Breton se creia revolucionario, ni Felipe Pardo tuvo nunca inclinacion á serlo, ni en literatura, ni en política. Nada más lógico, pues, que el clasicismo de Pardo en sus obras dramáticas, y nada más natural en él que tomar por modelos al preclaro autor de *El Sí de las Niñas*, y al no ménos insigne de la *Marcela*, de *El Cuarto de Hora* y de *Muérete y Verás*. El primero habia sido su libro de texto; el segundo era su íntimo amigo, como de todos nosotros.

Tres son las comedias que Pardo escribió: *Los Frutos de la Educacion*, en tres actos; *La Huérfana en Chorrillos*, en cinco, y *Don Leocadio*, en dos. En todas ellas, las tres famosas *unidades* están escrupulosa y áun nimiamente observadas.

Nada más severamente ajustado á los preceptos del arte clásico, que las dos comedias que en primer lugar he citado; la accion en la primera, *Los Frutos de la Educacion*, pasa (segun el autor lo anota), en ménos de veinticuatro horas; y no se dilata mucho más en la segunda, *La Huérfana en Chorrillos*. Excusado casi es decir que, con la misma decoracion que comienzan concluyen esos dramas, y que, en efecto, su accion es única, y que en su estilo nunca osan remontarse á la altura trágica. Las personas que en ellas intervienen pertenecen á la clase media; los vicios sociales que censuran son de los que caen bajo la jurisdiccion de la sátira, y á que la

de las leyes no alcanza; la pintura de las costumbres es animada, ingeniosa, y parece verídica; los lances dramáticos, tal vez escasos, no traspasan los prosáicos límites de las peripecias de la vida ordinaria; y la versificación, fácil y castiza siempre, se hace en ocasiones flúida y armoniosa.

Uno mismo es en la esencia el fin moral de esas dos comedias, pero de diversa manera perseguido, en una que en otra: demostrar los perniciosos frutos que la mala educación produce. Ambas, como cuadros de costumbres consideradas, parécenme muy bien pintadas, supuesta la fidelidad del retrato, de que realmente en España no podemos ser jueces; mas, para decir lo que siento, á mi parecer son más estimables como obras literarias, que capaces de producir grande efecto en el teatro, áun dentro de su género mismo.

Quizá Pardo, en otras circunstancias, hubiera llegado á ser un autor dramático de gran nota: su vida política, su falta de salud, y las condiciones, acaso, del país á que pertenecía, oponiéndose al completo desarrollo de su talento en ese género, me obligan á confesar que, en él, no pasa de estimable y decoroso.

IV.

En cuanto á sus escritos en prosa, que no son ciertamente ménos recomendables, en todos conceptos, que sus poesías me lo parecen, poco es, sin embargo, lo que me parece conveniente y necesario decir en este artículo.

De las setenta y tantas páginas en fólío que, en la colección de las obras de Pardo, ocupa la prosa, ménos de la mitad tratan de asuntos pertenecientes á la amena literatura: todas las restantes están consagradas á negocios jurídicos, ó administrativos ó políticos, que por su índole son extraños al fin que aquí persigo. Diré, pues, únicamente de ellos, que en todos resplandece, además de la fijeza y sinceridad de la fé política del autor, su vasta y varia instrucción, así como la entereza de su carácter y la nobleza de sus sentimientos. Para conocerle á fondo bajo el aspecto político, basta leer con la atención que en todos conceptos merece, la importan-

tísima Memoria que, siendo ministro de Justicia y de Relaciones exteriores en el gobierno presidencial del general Castilla, presentó en representación del mismo y de todo el gabinete á las Cámaras peruanas, en el mes de Junio del año de 1849. En Febrero de aquel mismo año se habia descubierto una vasta conspiracion para derribar los gobiernos existentes en el Perú, en Bolivia y en el Ecuador tambien: Castilla y sus ministros habian acudido á defenderse, entregando á los más de los conspiradores y á los sospechosos de complicidad con ellos, á los tribunales ordinarios, y procediendo gubernativamente contra otros, extrañándolos del país. Como en tales casos siempre acontece, las oposiciones acusaban al gobierno de extremar la represion, infringiendo para ello la constitucion y las leyes; y el gobierno, á su vez, blasonando de haber procedido con escrupuloso respeto á la misma constitucion y á las mismas leyes, acusaba á las oposiciones de abuso escandaloso de sus derechos, y constante tendencia anárquica, así en sus escritos como en sus actos. Para dirimir el conflicto, ó más bien, para obtener la sancion de lo hecho hasta entónces, y juntamente los medios que creia necesarios á fin de robustecer su autoridad para lo futuro, el presidente convocó las Cámaras; y Pardo, á quien se confió el encargo de llevar en ellas la palabra en nombre del gobierno, desempeñólo en la memoria que estas líneas motiva. En ella, puede decirse que Pardo acreditó brillantemente todas sus buenas dotes de hombre de Estado, de docto jurisconsulto y de escritor elocuente. La exposicion de los antecedentes, de los trámites y de las tendencias de la conspiracion; los bocetos de los conspiradores más importantes, y la síntesis, en fin, del intentado delito, están hechos de mano maestra, con claridad grandísima, y tan sóbriamente como lo exigia la circunstancia de no ser un tribunal, sino una Asamblea política á quien se hablaba. Y aun por esa misma circunstancia, sin faltar á la verdad de los hechos, ni acudir á exageradas declamaciones, cuida el orador de impresionar profundamente los ánimos de los representantes del pueblo, con el bien trazado cuadro de los gravísimos riesgos, que no sólo al Perú, sino á toda la América del Sur amenazarían, si se daba lugar á que los

conspiradores se rehicieran, si no se alzaban muros que para siempre los contuvieran, si no se armaba al gobierno con severas leyes de represion y eficaces facultades en lo preventivo. De ese modo, el diestro ministro llega, por sus pasos contados, al fin á que su discurso va encaminado; y llega, preciso es confesarlo, acreditando grandemente su talento y tacto, no ménos como político que como escritor. En el primer concepto, no son para mí aceptables las más de sus teorías; pero, mirando literariamente el documento en cuestion, paréceme un modelo digno de estudio y de alabanza.

Cinco son las composiciones, propiamente literarias, en prosa, que en la coleccion que tengo á la vista constan, y todas ellas fueron publicadas antes en un *periódico de costumbres*, titulado *El Espejo de mi Tierra*, de que hubo de ser propietario y redactor exclusivo el mismo Pardo.

Quiso este, y así lo dice en su prólogo al *Espejo*, hacer con respecto al Perú algo en el género de lo que en sus tiempos y con relacion á sus propios países habian hecho La Bruyere en sus *Caractéres*, Addison en *El Espectador*, Cervantes en sus *Novelas* y en muchos pasajes de su obra inmortalísima; y más recientemente Jouí y Jay en sus *Ermitaños*, y nuestro Larra en muchos y muy notables artículos de periódico.

Tal género de literatura parece, á los ojos de la superficial crítica de la muchedumbre de los lectores de periódicos, obra de poco momento, y de tanto más óbvio desempeño, cuanto mejor desempeñada se la encuentran; y sin embargo, pocos son los privilegiados ingénios á quienes les es dada la difícil facilidad que los artículos de costumbres requieren, para sobrevivir un sólo dia al instante en que se escriben y publican. Ojo perspicaz para ver pronto y bien; discernimiento para fijarse en lo que importa; filosofía para penetrar, al través de las apariencias, hasta la realidad de las cosas; un gran fondo de instruccion y de experiencia, para comparar; un concienzudo espíritu de rectitud, para juzgar; el órgano, como diria un frenólogo, de lo ridículo, pero combinado con el sentimiento de lo bello; la profundidad del pensamiento junta con la ligereza en su expresion y con la abundancia en la satírica vena; más propósito de corregir que de lastimar con el cas-

tigo: todo eso han menester los escritores de costumbres, para no confundirse con los gacetilleros, y aún por eso son tan pocos los que en tan difícil género se han distinguido realmente.

Nuestro Pardo, que á él se dedicó muy poco tiempo y episódicamente, por decirlo así, en su vida, ni aspiraba á llegar, ni llegó en efecto, á donde La Bruyere y Addison, por ejemplo; mas no puede tampoco negársele que dió muestras de muy felices disposiciones, ni que en lo poco que en materia de artículos de costumbres nos ha dejado, hay talento, agudeza, y sobre todo, gran conveniencia y facilidad de estilo. Tal cual trozo, tomado al acaso, bastará, si no me engaño, para demostrarlo.

En el prólogo á *El Espejo de mi Tierra*, considerándose como quien va á entrar en batalla con el público, pinta de esta manera á los dos *contendores* en aquel duelo:

«El uno es un ejército formidable, no por su organizacion
 »y disciplina; sino al contrario, por su composicion hetero-
 »génea en armas, pertrechos, táctica y soldados. En armas y
 »pertrechos se encuentran muy pocos de los que permite el
 »derecho de la guerra. Sables afilados como navajas de afei-
 »tar, puñales, desjarretaderas, píldoras de arsénico, saetas
 »emponzoñadas, todo es permitido en la contienda. Cada
 »hijo de vecino escoge en los almacenes el instrumento hostil
 »á que tiene más afición ó en que se ha ejercitado con más
 »frecuencia, siendo de notarse que el consumo es mayor que
 »en todas las demás armas en las desjarretaderas, que hieren
 »por detrás. La táctica en unos es la de los birmanes, en otros
 »la de los árabes, en otros la de los guerrilleros de la Penín-
 »sula ó los montoneros del Perú, en poquísimos la de un
 »ejército arreglado, segun los sistemas de Federico II y Bona-
 »parte; y advertiré de paso que en esta confusa variedad no
 »se halla un sólo combatiente que quiera adornar el mosaico
 »militar con los usos caballerescos y nobles de los combates
 »individuales, de que el siglo medio presenta los últimos
 »ejemplares. Los soldados son lo más homogéneo que se en-
 »cuentra bajo las tiendas de campaña, porque todos ellos
 »pueden comprenderse bajo la denominacion general de ins-

»trumentos de sus jefes, así como estos, sin que sea preciso
»descender á minuciosos pormenores, forman la parte más
»variada y heteróclita del campamento. Este ejército, para
»quien desee saberlo, es el público, y no solamente el pú-
»blico de Lima, sino tambien el de París, el de Lóndres, el
»de Washington, porque en todas partes cuecen habas, aun-
»que en mi tierra á calderadas. El otro beligerante no es un
»ejército, sino un sólo individuo. Ha visto desaparecer en
»esta especie de batallas las flores de su juventud y los frutos
»de su virilidad; su cabeza ha encanecido bajo la cimera; su
»cuerpo está sembrado de cicatrices; su rostro desecado por
»las fatigas de cien campañas. Pero, á pesar de sus años y
»de sus desengaños, vuelve á las andadas, porque la cabra
»siempre tira al monte, etc.»

Baste ese trozo para muestra del prólogo, programa-prospecto del *Espejo de mi Tierra*, que, sin embargo, es notable por la mucha y buena doctrina que contiene, y no ménos por lo castizo, suelto y desenfadado de su estilo.

Con las mismas dotes, pero de más sentimiento, hay en el artículo que titula *El paseo de Amancaes*, un pasaje en que Pardo, agradecido á la Providencia á quien debió madre virtuosa, esposa ejemplar y cariñosísima hija, hace un apasionado paralelo entre la amistad de la mujer y la del hombre, en los fáciles y elegantes términos que no puedo ménos de trasladar aquí literalmente, y son como sigue:

«Una amiga, con todas las cualidades que exige la verdadera amistad, es infinitamente superior á media docena de los mejores amigos. La sinceridad echa en ellas raíces más profundas que en los hombres. No hay intereses encontrados que enmielen las palabras para cubrir el acíbar del corazón. No hay envidia que las haga mirar con irritacion el empleo que te dan, las ganancias mercantiles que acumulas, los triunfos que debes á tu espada, á tus talentos administrativos, á tus composiciones literarias. Todo esto es para ellas satisfaccion, pura como los deleites de la infancia, cordial y sincera como el arrepentimiento de un moribundo. Ellas son el consuelo de nuestras tribulaciones; de ellas parte el soplo benéfico que enciende la llama de nuestras pasio-

»nes nobles; á las manos de ellas debemos el alivio de nues-
 »tras enfermedades; la humanidad tiene en ellas un astro vi-
 »vificador que fecunda los gérmenes de felicidad.—Y en
 »nosotros ¿qué tiene? ¿Qué son nuestros amigos?—Si eres
 »clérigo, tu amigo clérigo te deseerá todo, ménos la canon-
 »gía vacante. Si sois ámbos literatos, una obra tuya aplau-
 »dida será para él un tósigo que le devorará las entrañas. Si
 »eres rico, ningun encargo tuyo desempeñará con más gusto
 »que el de tu albacea. Y tómese en conjunto toda una raza
 »masculina. Nosotros somos sub-prefectos y hacemos gemir
 »una provincia bajo la más horrible tiranía, que es la tiranía
 »de los subalternos. Somos jueces, y con *vistos* (que no son
 »vistos, sino *oidos*, porque quien los vé es el relator), deja-
 »mos por puertas á una viuda honrada, ó despachamos á un
 »infeliz al otro mundo, porque así se les antojó á los magis-
 »trados de Alfonso ó de Felipe. Somos abogados, y sembra-
 »mos la discordia en las familias, y viciamos la lógica, y cor-
 »rompemos el buen gusto, y acabamos con el pobre idioma
 »castellano, que de todos los *Godos* perseguidos, es el que
 »más larga y más encarnizada persecucion ha sufrido en
 »nuestras grescas revolucionarias. Somos representantes del
 »pueblo, y sacrificamos los intereses de su magestad popular
 »á nuestro bolsillo, á nuestro vientre, á nuestras pasiones.
 »—El capricho de un hombre anega un pueblo en sangre:
 »la ira de una mujer se apacigua, como restablece el orden
 »el presidente de la Cámara de Diputados de Francia, ponién-
 »dose el sombrero.—Los que no conozcan estas verdades, los
 »que pregonen su abominacion al sexo encantador, mienten,
 »como mintió Larra, el célebre escritor de nuestros dias, el
 »inimitable Fígaro, que en todos sus escritos se complacia en
 »declamar contra las mujeres, y al fin y á la postre, salió
 »levantándose la tapa de los sesos de un pistoletazo por una
 »mujer.»

Iba aquí á dar punto en materia de citas, porque ya es hora de poner término á este largo artículo; pero como, si el hombre propone, Dios dispone, en el momento de cerrar el libro que delante tengo abierto, me ha dado en ojos un parrafillo, tan chistoso y tan oportuno, que no me siento con

fuerzas para resistir á la tentacion de copiarlo íntegro. En cuanto al chiste, con el texto á la vista, podrá el lector juzgar si ando ó no ando acertado; y por lo que respecta á la oportunidad, creo justificarla con sólo decir que, para ponerme á escribir estas líneas tuve que soltar de la mano *El Imparcial* (periódico) de hoy dia de la fecha, lunes 3 de Julio de 1876, en que se inserta íntegro el texto de la *Constitucion de la monarquía española*, sancionada en 30 de Junio próximo pasado, y que es, si bien me sirve la memoria, la décima ó la undécima de las que en el trascurso del presente siglo han formado, para no observarlas casi nunca, los legisladores de nuestro bienaventurado país.

Y sobreentendido eso, leamos á Pardo que, en el susodicho párrafo, dice de esta manera, refiriéndose, no á España, sino al Perú:

«En años pasados un jóven, diputado á uno de nuestros »congresos, en una de las ocasiones en que hemos estado á »punto de constituírnos (ustedes sabrán que la Providencia »nos ha concedido muy amenudo este placer) (1) se hallaba »en una tertulia de personas vivamente interesadas en la »suerte de la pátria. Se desenvolvía en esta reunion el cuadro moral y político de la república, y cada uno notaba los »borrones que en su concepto lo afeaban. Al fin salió de entre ellos una voz, exclamando: *¡Qué desgracia de país!* »*¿Cuándo podremos arreglarnos?* — *¿Arreglarnos?* replicó »nuestro jóven; *ni lo permita el cielo. ¿Qué será de nosotros el »dia que esto se arregle?*» Aparte del candor, verdaderamente primitivo, de tan franca declaracion, ¿de cuántos llamados hombres políticos, en el antiguo mundo, no podríamos decir lo mismo que de sí declaraba el jóven peruano?

Pero ni la política es aquí de mi jurisdiccion, ni este artículo puede ya prolongarse, sin evidencia de abusar de la paciencia del benévolo lector, á quien suplico que considere que no ha sido exclusivamente la amistad la que me ha movido al largo exámen que de las obras de Pardo de hacer acabo.

(1) Esto se escribía el año 1840; y de entónces acá no son pocas las Constituciones que el Perú ha tenido y deshecho.

La verdad es, que mi inolvidable amigo, meramente como literato considerado, es indudablemente uno de los más insignes fundadores de la moderna amena literatura en el Perú, y que bajo ese aspecto tiene indisputables títulos á que la crítica en general se fije en sus obras, y la crítica española en particular, le rinda merecido tributo de gratitud y de justicia, reconociendo que nunca olvidó á orillas del Rimac lo mucho y muy bueno que á las del Manzanares habia aprendido, y que á él se le debe en gran parte que el idioma de Cervantes no se haya en el Perú quizá irremediablemente adulterado.

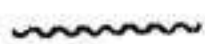
Aparte ese mérito, á nuestros ojos de primer orden, nadie que lea las obras de D. Felipe Pardo podrá negarle que se muestra en ellas digno alumno de D. Alberto Lista y dignísimo condiscípulo de Vega y de Espronceda.

En un próximo artículo, cumpliré lo que en el epígrafe de este he ofrecido, á saber: dar noticia del notable escritor peruano D. Ricardo Palma, y sumaria idea del contenido del tomo V de los *Documentos literarios* publicados por el coronel Odriozola.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.



¡UN ALMA!



Yo sé que tú me quieres, vida mia,
 Y tú sabes tambien cuánto te quiero.
 ¿Qué es la vida sin tí? Desierto Enero,
 Lleno de sombras mil y de agonía.
 Eres rubia, eres alta, de alegría
 Tus ojos verdes son rico venero,
 Cuyo mirar ardiente y placentero
 Inspira la más ciega idolatría.
 Todo lo posees tú. Tu mano es breve.
 ¿Qué tu talle envidiar puede á la palma?
 ¿Qué tu blancura al ampo de la nieve?
 Mas ¡ay! mujer, que tu serena calma,
 Tu plástica beldad no me conmueve...
 ¡Tú eres materia, y lo que busco es alma!

JULIO BURELL.

EL CRISTIANISMO Y LA RAZA NEGRA

POR UN NEGRO (1).

Mr. Gladstone dice en el exordio de un célebre artículo sobre la Iglesia de Inglaterra, publicado en la *Contemporary Review* de Julio de 1875:

«Sostener la integridad del dogma cristiano, estudiar su desarrollo y manifestar su modo de adaptarse al pensamiento y al bienestar de la humanidad, en toda la variada experiencia de los tiempos, es, en mi opinion, acaso la más noble de todas las tareas que es dado emprender á la inteligencia humana. Esta es la garantía de la gran fuente de esperanza, felicidad y virtud humanas. Pero con respecto al ropaje que pueda tomar el Evangelio, tengo yo gran copia de indulgencia, casi laxitud en ámbas direcciones. Mucho debe concederse, áun cuando apenas puedo decir cuánto, á las divergencias nacionales, particulares y personales.»

Es esta una opinion que suscribirian sin dificultad los espíritus más elevados, de mayor cultura y más luces del mundo.

Por la palabra *dogma* entiende evidentemente Mr. Gladstone, no ya la petrificada fórmula de una secta ó raza particular deducida de la Palabra de Dios segun la opinion de cada una, sino el conjunto del sistema del verdadero cristianismo como organismo vivo; en *esse* y en *posse*, en su esencia lo mismo que en sus capacidades y potencialidades; pues

(1) Autor del *Mahometismo y la raza negra*.—*Fraser's Magacine*, Noviembre, 1875.

en el mismo párrafo usa la palabra *Evangelio* como sinónima de dogma. Considerando como un todo el sistema del Evangelio, puede llamársele sin impropiedad grande el *dogma cristiano*, ó sistema de creencia que distingue de los otros al mundo cristiano.

Hemos dicho que los espíritus más elevados suscribirian con gusto la opinion de Mr. Gladstone, pues solamente los mayores talentos convendrian de corazon con todo el párrafo. Un número grandísimo, quizás toda la Iglesia cristiana daria su sancion á las dos primeras sentencias; pero relativamente es pequeño el número de los que leerian las dos últimas, sin sentirse dispuestos á tachar al autor de *latitudinario* y guia peligroso. Y sin embargo, contienen estas las lecciones que la experiencia enseña que debe aprender la parte agresiva de la Iglesia, ántes de que el Evangelio pueda echar raíces en *todo el mundo*, y ser la vida espiritual de *toda criatura*.

Es indudable que hay solamente un profeta para todas las edades y para todas las naciones, el immaculado Hijo de Dios, y las enseñanzas que Él inculcó contienen los únicos principios para regenerar á la humanidad de todas las razas, climas y paises. Pero el Evangelio, aunque ha sido promulgado por espacio de 1.800 años, sólo ha arraigado á estas horas extensamente en una raza, la indo-europea. Está establecido en Europa, Asia, África, América y en todas las islas del mar, pero en su mayor parte en regiones y localidades ocupadas por diferentes ramas de la misma familia arya.

Cuando el dean Church deseó ilustrar las *Influencias del cristianismo en el carácter nacional*, agotó evidentemente su asunto despues de haber tratado de las razas griega, latina y teutónica. El dean Merivale fué tan lejos como pudo, cuando despues de concluir sus conferencias sobre la *Conversion del imperio romano*, discutió la *Conversion de las naciones septentrionales*. Tan cierto es que el ilustrado autor estaba tan convencido de que sus dos cursos de conferencias abrazaban todo lo que podia decir sobre la conversion de las naciones al cristianismo, que en su prefacio al segundo curso dice que

si con el tiempo los imprimiera juntos, probablemente les daría el título general de *Conversion de los antiguos gentiles*. Pero ¿sería ese título rigurosamente exacto respecto á los antiguos gentiles semíticos, mongoles y negros, que habían quedado fuera de los cálculos del dean? Suprimiendo la palabra *los* del propuesto título, se lograría probablemente el deseo de tener un título comprensivo sin traspasar los límites de una estricta exactitud.

No pudo escaparse al distinguido profesor, que sólo porciones relativamente pequeñas de las familias semítica, mongola y negra han abrazado la religion de Jesús. Y dispuestos estamos á pensar que una de las razones principales de que haya sido tan limitado el progreso del Evangelio entre razas extrañas á la europea, consiste en el hecho de que las dos últimas sentencias del párrafo ántes citado de Mr. Gladstone todavía no han sido entendidas ni tenidas en cuenta por aquellas naciones que pueden llamarse las misioneras de la tierra, y que poseyendo los instintos dominantes de la raza arya, han llegado á ser providencialmente los mejores instrumentos para esparcir por todas las naciones los conceptos semíticos de la divinidad y las inspiraciones semíticas del cristianismo.

El objeto del presente artículo es trazar la influencia del cristianismo en la raza negra, y averiguar hasta qué punto el método de su diseminacion ha afectado á la acogida que se le ha hecho. Y nuestros ejemplos serán principalmente tomados del mundo occidental, por ser el que contiene la parte mayor de la raza negra puesta bajo la influencia del cristianismo, y especialmente de los Estados-Unidos, en los que vive reunido el mayor número de negros dependiente de un gobierno cristiano.

Todo el mundo sabe cómo vino á suceder que los africanos fuesen sacados en tan gran número de su país y trasportados á América; cómo se hizo á un continente criadero de trabajadores para edificar otro; cómo el amor á la humanidad de un sacerdote católico-romano, ansioso de enjugar lágrimas en América, abrió con indiferencia fuentes de ellas en Africa. Movido de piedad por los delicados caribes, trabajó Las Casas

para sustituirlos en el árduo trabajo físico del hemisferio occidental con robustos é infatigables africanos. De aquí los innumerables infortunios que han acompañado á la raza africana en tierras cristianas durante los últimos trescientos años. En justicia, sin embargo, á la memoria de Bartolomé de las Casas, hay que dejar sentado que ántes de morir cambió de modo de pensar en este asunto y declaró «que el cautiverio de los negros era tan injusto como el de los indios» (1); y hasta expresó el temor de que áun cuando por ignorancia y buen deseo habia caído en el error de favorecer la importación de esclavos negros, pudiera no aparecer excusado por ello ante la Justicia Divina.

Pero el tardío aunque laudable arrepentimiento de Las Casas no detuvo la afluencia de esa corriente de sangre roja que, desde el manantial abierto por su equivocada filantropía, corrió incesantemente por espacio de trescientos años desde el Este al Oeste. No pasó mucho tiempo sin que se cambiara en medida nacional, de política individual que ántes era, la traslación de los negros desde el Africa al hemisferio occidental. La misma Inglaterra, por un contrato con España, tuvo el monopolio del tráfico de esclavos durante treinta años (2).

En 1620 desembarcaron en la América del Norte los primeros esclavos; y hombres cuya reputación era en otros conceptos irreprochable, se vieron inducidos, por el modo de pensar que entónces privaba, y por la supuesta necesidad y conveniencia del trabajo esclavo, á comprar los cautivos africanos llevados á sus costas. Algunos, áun entre los más eminentes teólogos, tan sumidos estaban en el error, que con perfecta tranquilidad de conciencia tenían en cautiverio á los negros. El distinguido William Penn, el Reverendo George Whitefield de universal renombre, y el presidente Edwards, autor de varias notables obras de teología, fueron *propietarios*

(1) Ticknor's *History of Spanish Literature*, vol. II. cap. VI.

(2) El contrato de asiento estipulaba que desde el primero de Mayo de 1713 hasta igual día de 1743, tenían los ingleses el privilegio exclusivo de trasportar negros á las Indias occidentales españolas á razon de cuatro mil ochocientos por año.

de esclavos. Hombres buenos y concienzudos se extraviaron con los plausibles argumentos de aquellos que, al hacer artículo de utilidad pecuniaria á los atrasados africanos, alegaban que estos eran puestos bajo la influencia del Evangelio. Pero, según Mr. Bancroft, había entre los colonos algunos más perspicaces, los cuales preveían los daños que al cabo resultarían de la introducción de la esclavitud en las colonias. Virginia y la Carolina del Sur pusieron restricciones á la importación de negros. El gobierno inglés, escuchando á sus negreros de Africa más que á sus colonos de América, no solamente neutralizó estas restricciones, sino que obligó al ilustre Oglethorpe á relajar su determinación de que en Georgia, la colonia por él fundada, no hubiera esclavitud ni tráfico de esclavos (1).

Por espacio de unos doscientos años se llevaron sin restricciones negros á la América del Norte. Durante seis generaciones se desarrollaron con este sistema grandes intereses, y estos le daban á los ojos de los que lo habían circulado una sanción y una santidad que hubiera sido sacrílego poner en tela de juicio.

Podemos presumir que los esclavos introducidos durante los primeros cien años murieron gentiles, ó solamente con algunas chispas imperfectas de enseñanza cristiana. Para cristianizar á sus descendientes se inventó un sistema, el cual lastimó tanto los sentimientos de John Wesley en vista de las enormidades que eran su consecuencia, que denunció la esclavitud americana como *la suma de todas las villanías*.

Aquello á que se opusieran los primeros colonos de Virginia, de la Carolina del Sur y de Georgia, había ya crecido con gigantescas proporciones, y no solamente era excusado por sus descendientes, sino encomiado como eminentemente necesario y útil para el propio desarrollo de la sociedad; y todas las enseñanzas religiosas, políticas y sociales estaban, no ya teñidas, sino empapadas profundamente de sentimientos esclavistas. Se educaba á generaciones descendientes de hugonotes y puritanos en la creencia de que Dios les había

(1) Bancroft's *History of the United States*. Cap. XXIV.

dotado con el derecho de esclavizar para siempre al africano. Y en los africanos, que se hacían miembros de la Iglesia cristiana, se imprimía la idea de que era un deber suyo someterse en un todo á sus amos. Predicadores cristianos de todos matices enseñaban en el Sur esta doctrina, y la daban forma en libros especialmente preparados para la instrucción de los esclavos, para su instrucción oral, entiéndase bien, porque no se les permitía que aprendieran á leer.

El muy reverendo William Meade, obispo de la diócesis de Virginia, publicó un libro de sermones, discursos y diálogos para dueños y esclavos; y recomendó á todos los dueños y dueñas que lo usaran en sus familias. En el prefacio del libro dice el obispo:

«El editor de este volúmen lo ofrece á todos los amos y
»amas de nuestros Estados del Sur, con el ansioso deseo y
»devoto ruego de que pueda llegar á ser una bendición para
»ellos y para sus casas.»

En la página 93 dice:

«Hizo á los amos y á las amas para que tuvieran cuidado
»de sus hijos y de los otros que á ellos pertenecen... Hizo á
»los criados y esclavos, para que ayudaran y trabajaran para
»sus amos y amas que los mantienen: é hizo á los ministros
»y profesores para instruir á los demás, para mostrarles lo
»que deben de hacer, y para llevar á su ánimo varios de-
»beres.»

En las páginas 94 y 95 dice, dirigiéndose á los esclavos.

«Dios Todopoderoso plugo haceros aquí esclavos, y daros
»nada más que trabajo y pobreza en este mundo, á lo que
»estais obligados á someteros, puesto que es su voluntad que
»así sea. Vuestros cuerpos, ya lo sabeis, no son vuestros pro-
»pios; están á la disposición de aquellos á quienes pertene-
»ceis, etc.»

Luego, en la página 132:

«Cuando se os aplica una *correccion*, ó la mereceis ó no la
»mereceis. Pero la merezcais ó no realmente, vuestro deber
»es, y así lo requiere el Todopoderoso Dios, que la sufráis
»con paciencia. Acaso pensais que es dura esta doctrina;
»pero si lo considerais despacio, tendreis forzosamente y de

»toda necesidad que variar de pensamiento. Suponed, pues,
 »que mereceis castigo; no podeis ménos de decir que es justo
 »y razonable sufrirlo. Suponed que no, ó al ménos que no me-
 »receis tanto ó tan severo por la falta que habeis cometido;
 »quizá hayais escapado de muchísimas más y pagueis todas
 »juntas. O suponed que sois completamente inocentes de
 »aquello de que se os acusa y que sufrís sin razon; en este
 »caso particular ¿no es posible que hayais podido hacer al-
 »guna otra cosa mala que nunca fué descubierta y que Dios
 »Todopoderoso, el cual os vió hacerla, no ha querido deja-
 »ros sin el castigo de uno ó de otro modo?»

Un clérigo de otra religion escribió un catecismo para el uso de los esclavos, en el cual hallamos lo siguiente:

«P.—¿Hay razon para que el criado se escape, ó hay razon para defender á un desertor?»

»R.—No.

»P.—¿Qué hizo el apóstol Pablo con Onésimo, que era un desertor? ¿Le dió albergue ó le envió otra vez con su dueño?»

»R.—Le envió á su dueño con grillos.» (1)

Un muy reverendo prelado dice al esclavo en otra obra escrita para su «instruccion oral» que *desobedecer á su amo es rendirse á la tentacion del demonio* (2).

Nótese que ambas obras, aunque escritas para esclavos, cuidadosamente ocultan en la portada la desgraciada clase á que están dedicadas con el suave eufemismo, en un caso, de *personas de color* y en el otro de *los que no pueden leer*. Parecia sin duda á los predicadores cristianos eso de publicar para *los esclavos*, libros sacados de la Escritura una incongruencia que no se atrevian á perpetrar ni aún en aquellos dias de ardientes opiniones en pro de la esclavitud.

Pero los políticos no eran tan escrupulosos. Para defender el sistema no vacilaron en acusar de locura á los fundadores de la república y en derramar el desprecio sobre el juicio de los más sábios entre sus estadistas.

(1) Catecismo de la doctrina de la Escritura y para la instruccion oral de las personas de color, por C. C. Jones. Charleston; 1845. Pág. 120.

(2) Catecismo para enseñar oralmente á los que no pueden leer. Por el obispo Ives. New-York; 1848. Pág. 30.

El chanciller Harper, en su *Memoir on Slavery*, fija su atención en la sentencia de Jefferson de que «todos los hombres han nacido libres é iguales y dotados con ciertos derechos inalienables,» etc., y en una discusión muy estudiada, pero falsa y sofística, procede á demostrar que Jefferson estaba equivocado.

Las expresiones más audaces que hemos leído sobre este punto son las del general Hammond en sus famosas *cartas á Clarkson*. Aquel galante y delicado caballero dice, con fecha de 28 de Enero de 1845, escribiendo en Silver Bluff, Carolina del Sur:

«Creo firmemente que la esclavitud americana no sólo no es un pecado, sino que está mandada especialmente por Dios mismo por medio de Moisés y aprobada por Cristo por medio de sus apóstoles... Acepto sin reserva el tan comentado sentimiento del gobernador Mc Duffie de que «la esclavitud es la piedra angular de nuestro edificio republicano,» y al mismo tiempo repudio por ridículamente absurdo aquel alabado, pero en ninguna parte acreditado, dogma de Mr. Jefferson de que «todos los hombres han nacido iguales»... La esclavitud es la «piedra angular» y los cimientos de todo edificio republicano bien trazado y duradero.»

Luego:

«Caiga sobre los abolicionistas el pecado de que no se permita al esclavo leer la Biblia: porque ellos se encuentran dispuestos á darle una clave de ella que la haria, no un libro de esperanza, amor y paz, sino de desesperacion, ódios y sangre; que convertiria al lector, no en un cristiano, sino en un demonio.»

Maravíllanos pensar en la necesidad de clave alguna cuando constantemente están de par en par abiertas las puertas que conducen al templo de la libertad, tales como los siguientes pasajes: Jeremías, XXXIV, 17; Mateo, VII, 12; Lucas, IV, 18 y 19.

Pero no solamente los teólogos y los políticos, sino los filósofos y hombres de ciencia, trajeron su parte de sus respectivos y peculiares campos para adornar la infame fábrica cuya piedra angular era la esclavitud. John Fletcher de Luisiana,

en sus *Estudios sobre la esclavitud en lecciones fáciles*, publicados en Natchez en 1852, trae al idioma hebreo en apoyo de su ídolo. Messrs. Nott y Gliddon contribuyeron al mismo honroso culto con los resultados de sus investigaciones científicas.

Pero todos y cada uno de estos razonadores han sido fácilmente batidos en su propio campo. Ni uno de los que así escribieron en pró de la esclavitud política, teólogos ú hombres de ciencia, produjo nada jamás que llevara el sello de la observacion original ó del génio. Ninguna de sus lucubraciones traspasó nunca los límites del tiempo y lugar en que fueron producidas. Enteramente locales y temporales, nada han añadido á la suma del saber humano.

Ultimamente, cuando Charles Sumner estaba fulminando aquellos rayos contra el sistema, que lo hicieron temblar desde la base al coronamiento, cuando exponia la degenerada separacion del Sur de toda noble tradicion americana, y cuando ya no existia el gran aniquilador Calhoun, y cuando la voz de Hayne, el brillante y cumplido orador y político estaba callada, se presentó en los bancos del Senado un guerrero del Sur, no para devolver ardientemente con apasionada oratoria, como lo hubiera hecho Calhoun, los cargos de Sumner, no para neutralizar sus inmediatos efectos con una retórica brillante, como lo hubiera hecho Hayne, sino para apelar á la fuerza bruta y desterrar por medio de un golpe de su asiento durante cuatro años al gran senador (1). *Non opus est verbis, sed fustibus.*

Tales fueron las circunstancias bajo las cuales recibió el negro el cristianismo en todos los Estados-Unidos. El Evangelio de Cristo fué disfrazado y deshecho ántes de llegar á él para apropiarlo á la *Institucion peculiar*, por la que quedaban convertidos en bienes muebles millones de séres humanos. Los hombres más notables del Sur, magistrados, legisladores, religiosos, predicadores del Evangelio, gobernadores de Estados, propietarios y hombres de posicion, todos se unian para sostener un sistema que todo negro compren-

(1) Preston S. Brooks.

dia que era injusto; y estos hombres fueron de quienes recibió el negro su religion y á quienes estaba obligado á mirar como guías. ¿Con tales enseñanza y disciplina, es de extrañar que su moralidad sea torcida, que su sentimiento de la *dignidad de la naturaleza humana* sea superficial, que su tipo de familia y vida social sea bajo y defectuoso?

En los negros influyó no tanto lo que el cristianismo decia como la manera de decírselo sus maestros. Las enseñanzas que recibian aquellos no les daban idea clara ó impresion determinada de la religion de Cristo. No se les abandonaba en cuestiones de religion á su comprension intelectual, sino á los impulsos de sus emociones. Estas eran su guía un dia tras otro, en el conventículo y en la siembra. No se operaba un cambio en su naturaleza moral porque nada ejercia accion sobre ella. Nada se comunicaba de fuera y nada era suprimido y sofocado dentro. La influencia de la Iglesia se ejercia de continuo para suprimir, para producir absoluta sumision exterior. Semejante influencia, áun cuando hubiera sido saludable, no podia penetrar mucho ni moldear con mucha fuerza el trabajo interior del alma. Producia una conformidad externa con las opiniones y voluntad de los amos, pero dejaba el corazon intacto. O acaso fuera más exacto decir que toda su naturaleza quedaba sujeta y todas sus capacidades de pensar y sentir, de amar y de esperar, de alegrarse y de apenarse, quedaban por completo bajo la direccion de los que los empleaban.

A pesar de todo, por esa misteriosa influencia que se comunica al hombre independiente de las circunstancias de fuera, para no pocos de entre ellos, la predicacion del Evangelio, á pesar de ser defectuosa en la práctica, abrió un nuevo mundo de verdad y bondades. Aflua en la oscuridad que les rodeaba una luz desde la cruz de Cristo, y veian que á través del sufrimiento y de las aflicciones, hay un sendero que conduce al reposo perfecto por encima de este mundo, y en las horas del trabajo más degradante y extenuador, cantaban lo eterno y no visto: de suerte que mientras que los escrupulosos entre sus dueños, á menudo *temblaban por su país*, lo mismo que Jefferson, los esclavos que habian ganado un

nuevo idioma y nuevas facultades, gozaban con música arrobadora, siendo frecuente pasar el día sufriendo y trabajando y la noche entonando cantos sagrados, que en lenguaje rudo pero conmovedor, expresaban sus infortunios y sus esperanzas en el porvenir. No podía soñar el viajero que en el Sur pasaba por las plantaciones cuajadas de oscuros trabajadores al escuchar su música llena de júbilo, que tenía ante sus ojos en aquella sufrida pero alegre raza á los destructores de los blancos del Sur. Los judíos cautivos no podían cantar junto á las aguas de Babilonia; pero los negros en la oscura mazmorra de la esclavitud americana se convertían en arpas que resonaban con las más penetrantes melodías. De un pueblo que tan lleno estaba de música, nadie debió temer daño alguno, á no ser como el delincuente del drama, que *teme siempre ver detrás de cada rama al que ha de prenderle*. El hombre *que no tiene música en el alma*, es el adecuado para tretas y traiciones. No nos sorprende que la *Westminster Review*, hace algunos años (1), hiciera la observación siguiente:

«Si nos viéramos forzados en este momento á buscar santos en América, no nos maravillaría encontrarlos entre los despreciados esclavos.»

Santos indudablemente hubo entre los esclavos, pero no llegaron á serlo por la instrucción, sino por falta de ésta, y mejor aún podríamos decir por ódio á ella. No es lícito esperar que un pueblo traído del salvajismo y puesto en contacto con una vida nueva, aunque superior, produzca, por regla general, en esas circunstancias tipos como el de *El Tío Tom*. Ha habido *Tíos Toms* en el Sur, pero fueron las excepciones. Generalmente, el cristianismo de los negros es por precisión una cosa tan grotesca y mal terminada cuanto puede calcularse que había de producirlo el sistema con que se les educaba.

Los africanos llevados al mundo occidental pertenecían comunmente á las clases más inferiores del pueblo de su propio país. No representaban con justicia las cualidades y atributos de la raza. Hasta las tradiciones de su país las

(1) Enero 1853.

exportaban desfiguradas. Y en medio de sus pesares, en extranjero suelo, reconstruían con el material de sus confusos recuerdos de lo que habían visto en su patria, un sistema de religion y gobierno para su uso particular, que de curioso modo combinaban con el que de sus nuevos amos recibían; y así los elementos de civilización y barbárie, de cristianismo y gentilismo, no solamente subsistían juntos, sino que en el negro estaban embutidos, por decirlo así, el uno en el otro, formando una especie de inarmónico mosaico extendido sobre todo el hemisferio de Occidente.

Esto explica el hecho singular de que un sistema de culto gentílico, raro hoy entre las tribus de África, se encuentre entre los negros, especialmente en las Indias Occidentales, donde por ser el clima más congenial y la flora más semejante á la de África, pudieron reproducir con mayor facilidad los ritos y prácticas de la tierra en que nacieron. El clérigo Kingsley, en la memoria de sus viajes á las Indias Occidentales (1) hace una descripción del horrible sistema de Obeah, prevalente en una de aquellas islas, cuya descripción, aún descartando las exageraciones necesarias en que un escritor que reúne sus informes en un viaje al vuelo tiene forzosamente que incurrir, da idea bastante precisa del estado de cosas que todavía subsiste en la parte más ignorante de la población negra de aquellas islas, y que el cristianismo que ellos han recibido hasta hoy parece impotente para desarraigar.

Desde la emancipación en los Estados-Unidos es tema constante de ensayos, conferencias y artículos de periódicos el defectuoso carácter cristiano de los negros de los Estados del Sur. En el informe del Dr. W. H. Ruffner, superintendente de las escuelas públicas de Virginia, del año 1874, nos encontramos con lo siguiente:

«Conforme ha aumentado el conocimiento se ha ido desvaneciendo gran parte del prestigio con que había sido cubierto el negro por el velo filantrópico, que se manifestaba de lejos; pero únicamente pueden apreciar el carácter real de este pueblo los que han vivido con él mucho tiempo.

(1) *Una Navidad en las Indias Occidentales.*

» Los negros del Sur son corteses, amables, tranquilos, orde-
 » nados y religiosos; y por lo tanto se hace duro de creer que
 » carezcan, como colectividad, de carácter moral. Sin em-
 » bargo, tal es desgraciadamente el caso..... Alguna vez que
 » otra se manifiesta un elevado tipo en un individuo; y aún
 » cuando existe en ellos mucha sinceridad religiosa y gran se-
 » riedad, y el género de piedad queda modificado por el carác-
 » ter de la instrucción religiosa que han recibido, y familias
 » y congregaciones que han gozado de privilegios especiales
 » manifiestan mejores resultados, todavía con respecto á las
 » masas de los que se precian de ser cristianos, la piedad es
 » de un tipo sin inteligencia, supersticiosa algunas veces,
 » siempre espasmódica, y tapadera de una porción de pe-
 » cados.»

Un periódico, el *American Missionary*, publica lo que si-
 gue acerca de un predicador del Norte que está trabajando
 entre los negros de Luisiana:

« Buenos maestros y buenos predicadores hacen mucha
 » falta en este Estado. Yo oí á un predicador que decia á sus
 » oyentes que tenian forzosamente que ir al *infierno* y dejar
 » sus pecados en los *fangosos umbrales del infierno* antes de
 » que pudieran decir que habian nacido de nuevo. Para pro-
 » bar esto, aparentaba citar el capítulo LIII de Isaías. ¿Y qué
 » imagináis que citó en realidad? Pues *El Progreso del Pere-*
 » *grino* de Bunyan, en relacion á la salida del cristiano de la
 » ciudad de destruccion y la caída de su carga al pié de la
 » cruz. Lo malo del caso era que la gente creia al parecer que
 » lo que decia estaba realmente en la Biblia. Lo que ha de
 » ser un cristiano puro, poquísimos entre esta gente lo en-
 » tienden. Profesan ser religiosos y son para ellos, no obs-
 » tante, letra muerta las leyes del Decálogo.»

En el *Spirit of Missions* de Junio de 1875, órgano de la
 Iglesia episcopal de los Estados-Unidos, encontramos lo si-
 guiente:

« Ya es tiempo de que al pueblo cristiano del Norte se le
 » confronte con el hecho de que la salvacion de la nacion de-
 » pende, no solamente de dar al negro una educacion secu-
 » lar, sino tambien de reformar radicalmente sus nociones

»sobre lo que la religion es. La ausencia del elemento ético
 »en la religion de éste, es un defecto radical que causará á la
 »vez la ruina del negro y la de la nacion, si no se pone
 »pronto remedio.»

No nos sorprende tanto la existencia de semejante estado de cosas en un pueblo de salvaje alcurnia que ha vivido doscientos años siendo *bienes muebles* en un país cristiano, cuanto la extrañeza aparente de los escritores supra-mencionados, cuando todo el mundo sabe la especie de escuela en que eran introducidos los negros traídos de Africa salvajes y por domesticar. No será posible en una generacion corregir los resultados de las enseñanzas radicalmente defectuosas de periódicos tan populares é influyentes como *De Bow's Review*, el *Richmond Examiner*, et id genus omne. Establecieron estos un sistema de moralidad política y social, en el cual el *elemento ético* estaba completamente desfigurado y caricaturado, ya que no del todo ausente; y el negro, sin otro guía, intentaba á una humilde distancia el conformarse con este sistema. Mucho tiempo ha de pasar para que el negro inteligente olvide la injusticia hecha á los instintos morales de su raza, mientras que tiene acceso á las conmovedoras narraciones de fugitivos de la esclavitud tan heróicos y elocuentes como Frederick Douglass, Willian Wells Brown, Henry Bibb, Roper, etc.; y podrá entender, si sus *quondam* opresores no lo entienden, por qué para sus ménos favorecidos hermanos, el saqueo y la oracion son, al parecer, incompatibles; por qué, como el salteador italiano, se puede ser piadoso sin abandonar una profesion deshonrosa.

Pero aún ahora mismo, mientras que los cristianos del Norte se extrañan del carácter moral de los negros cristianos del Sur, no cesan, por su enseñanza práctica, de imprimir en las mentes de los negros que hay un tipo de moralidad para el blanco y otro distinto para el negro.

La sombra del sistema de la esclavitud todavía arroja tal opacidad sobre la tierra, que cuando del negro se trata no se distingue lo justo de lo injusto.

Muchos prominentes cristianos del Sur todavía sostienen la teoría de que hay razon para esclavizar al afri-

cano (1), y estos ejercen un grado de influencia en el Norte, que si no les lleva á desear una renovacion del sistema *esclavista*, perpetúa entre ellos el antiguo sentimiento de desprecio por el negro. Todo el cristianismo del país parece insuficiente para remediar un estado de cosas con el cual es posible que ocurra lo siguiente:

El profesor C. H. Thompson, doctor en teología de la Universidad de Straight, graduado de un seminario teológico, durante algunos años pastor muy querido en Newark, New-Jersey, presidente electo del presbiterio (del cual era el único miembro de valor), nombrado en ausencia del profesor de Princeton cuando le toca el turno, para los exámenes de griego y latin; si tiene que ir de una Iglesia congregada nacional á otra para predicar, se vé imposibilitado de vivir en hoteles porque *es negro*.

A la vista tenemos el *American Citizen*, periódico hecho por negros, publicado en Lexington, Kentucky, de 27 de Febrero de 1875, que contiene un llamamiento sentidísimo dirigido al pueblo americano por los obispos de la Iglesia metodista africana, suplicando proteccion contra las imposiciones y opresiones que ellos y su pueblo sufren. Abren su patética elocuencia como sigue:

«Como obispos de la más antigua y numerosa organizacion de personas de color en el país, pedimos permiso para exponer ante vosotros las miserias de nuestro pueblo.

»Jamás estuvieron los pastores cristianos destinados á presenciarse el despojo de sus rebaños como nosotros lo estamos.
»Antes de la emancipacion, fuimos víctimas desventuradas

(1) En la *Narracion del estado de la religion* publicada por la Asamblea General del Sur de la Iglesia presbiteriana en el año de 1864, hay una frase que declaraba ser la mision de la Iglesia del Sur "conservar el sistema de esclavitud africana." Contra esto, sin embargo, protestó sériamente la Iglesia presbiteriana del Norte y aún protesta solemnemente. El Dr. Charles Hodge, el veterano profesor de Princeton, célebre por sus sentenciosos y epigramáticos dichos, denuncia el indignado sentimiento del Norte en una memorable frase: "Que desde la muerte de Cristo ningun dogma semejante mancha la memoria de un cuerpo eclesiástico." La celebrada decision del Justicia mayor Taney en el caso de Dred Scott en 1856 de que "el negro no tiene derechos que los blancos estén obligados á respetar," es la segunda edicion política del dogma de la Asamblea del Sur.

»de la injusticia, bien caracterizadas por el gran Wesley como
 »la *suma de todas las villanías*. Desde entónces, al mismo
 »tiempo que suponíamos que nuestra libertad nos costaria
 »caro, nos consolábamos con la creencia de que el brazo
 »fuerte que habia despedazado las cadenas que nos amarra-
 »ban nos aseguraria la proteccion en todo el tormento por que
 »hubiéramos de pasar. Pero ¡ay! estábamos destinados á un
 »desengaño miserable.»

En tanto que las tristes y prácticas lecciones sugeridas por lo que precede estén todavía impresas en el negro, y mientras que el cristianismo que él vé se presente en tan chocante contraste con el de Cristo, ¿cómo puede ser prominente en su religion el elemento ético? ¿Cómo puede ser llevado á sentido alguno de *dignidad de la naturaleza humana*, á sentido alguno de fraternidad entre los hombres? ¿Cómo puede adquirir inquebrantable fé en aquellas grandes verdades sobre Dios y el hombre que sus maestros querrian inprimir en él? ¿Cómo puede, jamás, elevarse al reconocimiento de un alto ideal moral? ¿Cómo pudo nunca concebir un tipo puro y elevado de familia y de vida social? ¿Cómo puede su carácter general fortalecerse, elevarse, extenderse ó purificarse?

Las ventajas del negro en el mundo occidental, ahora que ya es libre, son apénas mayores en cuanto á haber alcanzado la verdadera categoría de hombre que cuando estaba esclavizado. Y hay una dificultad en el camino de su progreso verdadero mucho más séria que los meros inconvenientes físicos que su color indica; y esta es, la imposibilidad, en los países de su destierro, de un desarrollo conveniente del individuo ó de la raza.

El negro en los países cristianos, aunque erudito, no puede decirse que tenga eso que se llama educacion propia. Cuando pone á prueba su conocimiento, á menudo le falta. ¿Y por qué? Porque se le ha enseñado desde el principio hasta el fin de su educacion en los libros, desde la ilustrada cartilla al ilustrado tratado científico, á no ser el mismo, sino otro cualquiera. Podriamos aclarar lo que queremos decir con algunos incidentes jocosos y dolorosos en extremo (pero no es este el sitio más á propósito para mencionarlos) de los esfuerzos de

los negros cristianos de inteligencia para forzar su aspecto exterior á una semejanza lo más aproximada posible á la de los europeos. Por las lecciones que cada día recibe el negro inconscientemente embebe la convicción de que para ser un gran hombre necesita indispensablemente ser como el blanco. No se vé conducido, por mucho que desearlo pueda, á ser el compañero, el igual, el camarada del blanco, sino su imitador, su mono, su parásito. Ser él mismo, en un país en donde todo le ridiculiza es ser nada, ménos aún, peor que nada. Ser lo más parecido al blanco que sea posible, copiar su aspecto exterior, sus peculiaridades, sus maneras, el arreglo de su *toilette*, este es el objetivo del negro cristiano, esta es su aspiración. Las únicas virtudes, pues, que dadas las circunstancias desenvuelve, son naturalmente las de parásito. Todo negro inteligente en los países de su destierro, ha de sentir que marcha sobre la faz de la tierra de Dios, siendo una incongruencia moral y física y objeto de risa tan legítimo como el famoso cuadro heterogéneo de Horacio, la creación «del sueño de un enfermo.»

*Humano capiti cervicem pictor equinam
Jungere si velit, et varias induce e plumas
Undique collatis membris, ut turpiter at um
Desinat in piscem mulier formosa superne.*

Imitar no es ser discípulo. El negro mahometano es mucho mejor mahometano que es cristiano el negro cristiano, porque el negro moro cuando se instruye es un discípulo y no un imitador. Un discípulo, cuando se liberta de los resortes directivos, puede hacerse productor; un imitador jamás pasa de ser mero copista. En el discípulo, el progreso viene de dentro; el imitador crece por adherencias de fuera. La instrucción adquirida por un discípulo le dá capacidad; la ganada por un imitador acaba en ella misma. El uno se hace un hombre capaz; el otro es un mero rutinario. Esto explica la diferencia entre el negro cristiano y el mahometano.

Desde la proclamación de la libertad en los Estados-Unidos, sin embargo, se hace más palpable cada día el efecto de las escuelas que se han abierto para el negro. Observamos

en las discusiones de los periódicos americanos publicados por negros, un movimiento incipiente hácia la emancipacion mental. Pero el efecto de su educacion debe, por algun tiempo todavía, ser principalmente negativo ó preparatorio, removiendo la presion de los males exteriores, disipando las supersticiones y prejuicios de ámbas razas, y abriendo así una esfera más extensa para el libre juego y desenvolvimiento de la naturaleza moral y espiritual del negro. Pero como su ánimo está fortalecido y extendido por las ámplias é incitantes perspectivas que continuamente ante él se abren, sentirá la necesidad de aumentar las medidas de libertad social y eclesiástica, lo mismo que política. Pero por la naturaleza de las cosas jamás puede disfrutar esta emancipacion completa en los Estados-Unidos. Cuando llegue este período, cuando el negro empiece á sentir la necesidad de campo más ámplio para la plena expansion de las energías inherentes á su mente, buscará refugio en su país natal, para cuya entrada la puerta que más promete es Liberia.

Hemos seguido con la atencion más profunda una discusion que ha venido recientemente tratándose en los principales diarios de la gente de color en los Estados-Unidos, sobre los derechos respectivos de la Iglesia católica-romana y de las protestantes al respecto y lealtad del negro. El reverendo John M. Brown, negro de alta cultura y obispo de la Iglesia metodista episcopal africana, escribió un artículo, que apareció en el periódico *Independent*, poniendo alerta á la gente de color contra los trabajos de propaganda de los católicos romanos. A este artículo contestó en hábil y vigorosa réplica George T. Downing, de Washington, quien se dijo era «un

»caballero de color, de educacion, propiedad é influencia entre los suyos, y especial amigo del difunto senador Sumer,» en cuya réplica y en el curso de un largo argumento, dice:

«Yo, como hombre de color, preguntaria al *Independent*:

»¿qué hay en la Iglesia católica que me aparte de su comunión? Me gustaria preguntar tambien: ¿qué hay en la monarquía más espantoso, que más de temer sea, que este cruel espíritu de casta, que así encuentra simpatía y proteccion en una república protestante?... Si hoy fuera yo súb-

»dito ruso, gozaria más libertad bajo el imperio del czar que
 »la que gozo como hombre de color en la América republi-
 »cana. Poseeria más igualdad real, más justicia, más protec-
 »cion en todo aquello que constituye la vida, que las que
 »ahora poseo como ciudadano americano.

»Recuerdo que cuando mi propio Estado daba con la puerta
 »de las escuelas en las narices de mis pequeños (escuelas que
 »ayudaba yo á sostener con las contribuciones que pagaba),
 »la Iglesia católica les abria de par en par las suyas. Recuerdo
 »con agradecimiento que mis hijos, de este modo excluidos
 »de las escuelas protestantes, compartian libremente, en tér-
 »minos de igualdad, las bendiciones de la educacion y bon-
 »dada simpatía así extendidos... La Iglesia católica tiene
 »hoy en sus escuelas más de 300.000 niños de color. Está
 »educando en Roma jóvenes de color para la obra de sus mi-
 »siones en América y en Africa. En las Indias occidentales,
 »en la América Central y en la del Sur, 9.000.000 de africa-
 »nos próximamente observan su fé» (1).

Cualquiera que ser pueda la conexion eclesiástica del pen-
 sador y negro protestante educado; aún cuando él pueda *ex*
animo suscribir á los dogmas de la secta particular á que per-
 tenece, por creerla la más próxima á las enseñanzas de la
 palabra de Dios, sin embargo, no puede leer la historia sin
 comprender que la raza negra tiene una profunda deuda de
 gratitud con la Iglesia católica romana. Los únicos cristianos
 negros que han tenido realmente la facultad de arrojar la
 opresion y mantener su posicion como hombres libres, fueron
 católico-romanos: los haitianos; y el mayor negro que hasta
 ahora ha producido el mundo cristiano era católico-romano:
 Toussaint Louverture.

En el sistema eclesiástico de estos dias, como sucedió en el

(1) Muchas críticas adversas han venido de lugares influyentes contra la
 posicion de Mr. Downing; pero nosotros le encontramos en sus últimas pro-
 ducciones, reafirmando sus opiniones del modo que sigue: "Estoy plenamente
 "convencido de que una alianza general por parte de la gente de color de
 "América con la Iglesia católica americana, seria el agente más expedito y
 "efectivo para echar por tierra las castas americanas basadas en el color de la
 "piel."

sistema militar de la antigua Roma, parece haber lugar para todas las razas y colores:

Colchus an Assyrius, Thebis nutritus an Argis.

En Roma los nombres de los negros, varones y hembras, que se han distinguido por su piedad y buenas obras, se encuentran en el calendario con la designacion de *Santos*. El protestantismo no tiene santos negros. Mr. Ticknor nos habla de un negro de Granada, que en el siglo XVI, traido niño de África, se elevó por su instruccion hasta ser profesor de latin y griego en la escuela incorporada á la catedral de Granada. Es la misma persona mencionada por Cervantes como *el negro Juan Latino* en un poema incluido en el *Don Quijote*. Escribió un poema latino en dos libros. Estuvo casado con una señora de Granada, que se enamoró de él como Eloisa de Abelardo, mientras que él le daba lecciones; y despues de su muerte su mujer é hijos erigieron un monumento á su memoria en la iglesia de Santa Ana de aquella ciudad, poniéndole un epitafio en el cual se le llama: *Filius Ethiopium, prolesque nigerrima patrum* (1). No hay ejemplo semejante en los anales del protestantismo. ¿En qué universidad protestante se toleraria un profesor negro? El negro más distinguido que ha producido un país protestante de los que tenemos noticia fué Benjamin Banneker: y el único reconocimiento literario que recibió en toda su vida fué una apreciable carta de Thomas Jefferson, el reputado como infiel.

Se dice que en todas las historias del Brasil el nombre de Enrique Diaz, el distinguido general negro, es ensalzado. El historiador portugués Borros dice que en su opinion son los negros preferibles á los soldados suizos, cuya reputacion de valor generalmente se ha mantenido á gran altura. En 1703 tomaron los negros las armas en la defensa de Guadalupe y fueron más útiles que todo el resto de las tropas francesas. Al mismo tiempo defendieron bravamente la Martinica contra los ingleses. ¿Cuándo y dónde ha habido nunca un general negro en un ejército protestante? Si se pregunta por qué los

(1) Ticknor's *History of Spanish Literature*, vol. II, p. 582.

soldados negros protestantes no son igualmente útiles, por qué las tropas de la India Occidental no se distinguieron recientemente en la guerra de los Ashantees, no tenemos otra respuesta que dar que la interrogacion del poeta:

*¿Quis enim virtutem amplectitur ipsam
Præmia si tollas?*

El negro, bajo el yugo protestante, se halla retenido en un estado de tutela é irresponsabilidad tales, que apenas puede hacer otra cosa que ser de continuo dependiente, é inútil cuantas veces tiene que valerse únicamente de sus fuerzas para resolver un conflicto ó apuro.

El diputado por la colonia de la Martinica en la Asamblea Nacional francesa en 1872 era Mr. Pory-Papy, un negro. Con frecuencia se discute la idea de representar á las colonias británicas en la Cámara de los Comunes. Si alguna vez se realizara, ¿seria el pueblo de Jamáica ó de las Barbadas tan liberal y adelantado como el de la Martinica? Por ahora, al ménos, mucho tememos que no.

Vimos publicada hace algunos años *La escritura de venta de un clérigo americano*. Este clérigo era un negro que, á causa de su instruccion, habia recibido de una universidad alemana el grado de doctor en teología. Era ministro de una de las principales sectas protestantes en los Estados-Unidos; pero era un *mueble*, un prófugo de la esclavitud. Al Sur de la línea de Mason y Dixon, no hubiera tenido ni nombre ni reputacion. Su diploma aleman hubiera sido solo un papel cualquiera. Tenia que pagar su libertad en oro para poder ser un hombre. Preguntamos ahora si ha ocurrido cosa semejante ó si pudo ocurrir alguna vez bajo la administracion de la Iglesia católica romana (1).

La nacion americana, por la fuerza de sus circunstancias peculiares y el genio de sus instituciones políticas, y tal vez tambien por su carácter complejo, está mucho más adelantada

(1) Los documentos referentes á la venta y manumision del reverendo J. W. C. Pennington, doctor en teología, están publicados en un apéndice á los *Additional Speeches* de Theodoro Parker, vol. XI.

en sus relaciones con el negro que Inglaterra. Tanto la Iglesia como el Estado hacen leyes que le dan mayores medidas de libertad.

La Iglesia episcopal americana ha consagrado recientemente como obispo de Haytí á un negro puro. Una circunstancia curiosa y significativa ocurrió en la convencion episcopal celebrada en Nueva-York en Octubre de 1874, en la cual se decidió consagrar á este obispo negro. La única voz que se levantó en son de disentimiento durante la discusion del asunto fué la del Doctor Courtenay, obispo inglés de Jamáica, quien en el curso de sus observaciones entre otras cosas dijo:

«Todavía no tenemos en Jamáica un sacerdote de raza puramente africana... En los momentos actuales, ningun negro con las sagradas órdenes inspiraria en Jamáica el respeto que un sacerdote blanco. Si este estado de las cosas en Jamáica tiene aplicacion á Haytí ó no, es punto aparte.» (1)

La cuestion que necesariamente surge ahora es ¿por qué despues de doscientos años de residencia en la cristiana Jamáica, y despues de cuarenta años de libertad, la poblacion negra, tan superior en número á la blanca, no ha podido producir un sólo sacerdote? ¿Por qué en los momentos actuales ningun negro con las sagradas órdenes inspiraria en Jamáica el respeto que un sacerdote blanco? ¿Este estado de cosas es digno despues de tantos años de esfuerzos cristianizadores? ¿No es debido á ese defecto peculiar de la administracion y maquinaria de la Iglesia anglicana—advertida por Lord Macaulay sobre su juicio de la *Historia de los Papas* de Ranke—el cual, dice él, la da ménos elasticidad y ménos poder de asimilacion que á su antepasada la romana?

Un hábil escritor de Jamáica en la *Quarterly Review* de Julio, 1875, revela la causa del atraso del negro en aquella isla; consiste en la fuerte preocupacion de la raza anglo-sajona contra su elevacion. Aunque el articulista escribe con un grado de candor, sobriedad y generosidad que es agradable de ver en estos dias de sensacionalismo, no puede sin em-

(1) *Church Journal*, New-York, 29 de Octubre 1874.

bargo reprimir su instintiva aversión sajona á la plena naturaleza humana é igualdad intelectual y social del negro. Dice (pág. 72) con notable *naiveté*, como si estuviera escribiendo á mediados del siglo XVIII, ó en defensa del contrato del Asiento: «El campo de cañas, la plantación, los terrenos de huertas y pastos, son la herencia del africano; no ¿ni siquiera eso? el taller ni el departamento de las máquinas.»

En la página 44 había observado con justicia el escritor «que los negros han dado inequívocas pruebas de un mejoramiento notable y que va siempre en aumento en todos sentidos, moral é intelectual no ménos que físicamente.»

Ahora preguntamos nosotros: si el negro está *constantemente* mejorando en esos conceptos, ¿por qué relegarle al campo de caña? ¿Por qué el deseo de reducirle á ocupaciones serviles si tiene el poder de desempeñar trabajo más alto? ¿Ha de ser su color la excusa para conservarle siempre en un estado de degradación? Si así es, si tal es la enseñanza que se trata de imprimir en el público inglés de la metrópoli y de fuera por distinguidos escritores y por obispos coloniales, entónces se pasarán otros doscientos años más y el obispo Courtenay de aquella fecha tendrá de nuevo que anunciar que «todavía no hay en Jamáica un sacerdote de raza puramente africana.»

¿Pero no se le ocurre al ilustre escritor de la *Revista* que el destino del hombre, áun siendo negro, puede abrazar esferas de trabajo más elevadas que el cañaveral y propósitos más altos que producir azúcar, criar patatas y cuidar del ganado? ¿Y sería tiempo perdido el empleado, por corto que fuera, en considerar si el negro puede prestar algo á los recursos intelectuales y morales de una isla en donde, por generaciones enteras, ha estado reducido al trabajo de las bestias que perecen?

Esto nos lleva á llamar la atención sobre otro hecho notable que nos ha chocado en nuestras investigaciones, á saber: que los defensores del negro durante el tiempo de su esclavitud y los abogados de su plena naturaleza humana é igualdad, ahora que es libre, se hallan por regla general entre aquellos que no son considerados ortodoxos en la Iglesia cristiana. No

son las Iglesias evangélicas de los Estados-Unidos, sino las unitarias las que han dado los más hábiles y prominentes defensores de los esclavos. Los Channing, Theodore Parker, Garrison, Vendell Phillips, Emerson, Longfellow han predicado los sermones más célebres, escrito los ensayos más brillantes, pronunciado las más conmovedoras lecturas y compuesto los poemas más enternecedores en apoyo del oprimido negro. El evangelismo americano no puede presentar pléyade semejante de literatos de primera clase en su favor.

En Inglaterra no ha sido la *Revista de Edimburgo*, al ménos desde los dias de Jeffrey, Brougham y Macaulay, ni la *Quarterly*, sino la *Westminster*, la defensora constante é incondicional del negro. Nunca esta se unió al júbilo general á costa del negro. Cuando ciertas porciones del mundo literario estaban cuchicheando en gozoso divertimento por los ataques contra el negro de Mr. Carlyle en 1849 (1), la *Revista de Westminster* no tomó parte en las carcajadas, sino que por el contrario, administró la siguiente oportuna y enternecedora amonestacion:

«Por vez primera en la triste historia de su raza, el buen nombre del negro, su carácter como hombre, han llegado á serle de algun valor, porque el mueble no tiene nombre ni reputacion. ¿Era, pues, generoso de parte del mayor maestro del sarcasmo de su tiempo—del primer retratista de todos los tiempos—dar la bienvenida á la civilizacion á éste su huésped, por tanto tiempo excluido, con motes y caricaturas? ¿marcarle con el oprobio de holgazan, darle mala fama como criado, porque su dueño carecia de las facultades de tal, carecia de prudencia y justicia, carecia tambien de industria, de la energía necesaria para desempeñar las dificultades y proveer á las demandas de su cambio de posicion?» (2)

¿Quién no diria que esta hábil Revista tiene títulos para poner en su portada aquel noble sentimiento de Goethe: *Wahrheitsliebe zeigt sich darin, dass man überall das Gute zu fin-*

(1) Discurso incidental sobre la cuestion de los negros. *Fraser's Magazine*, Diciembre 1849.

(2) *Westminster Review*, Abril 1853.

den und zu schätzen weiss (1), que el anglo-sajon no pone en práctica generalmente en su roce con las razas extrañas, quizás por su temperamento peculiar, defecto que le inhabilita en alto grado como instrumento en la obra de reconstruir en tierras distantes la humanidad caída?

Por otra parte, los profesores del cristianismo ortodoxo no vacilan á veces en reirse á carcajadas del *negrito*.

Lord Macaulay ha tomado nota de este divorcio entre el precepto y la práctica, explíquese esto como quiera, en los que profesan ser cristianos, presentándolo en contraste con los procedimientos de los hombres que hacen gala de su disgusto y oposicion á la fé cristiana. Hablando de la secta de filósofos que surgió en París en el último siglo, dice Lord Macaulay:

«Al mismo tiempo que atacaban al cristianismo con un rencor y falta de justicia que desacredita á hombres que se llamaban filósofos, tenían en mucho mayor cantidad que sus opositores aquella caridad hácia los hombres de todas clases y razas que el cristianismo encarga. La persecucion religiosa, la tortura judicial, la prision arbitraria, la innecesaria multiplicacion de castigos capitales, la tardanza y sofistería de los tribunales, las exacciones de la renta á los labradores, la esclavitud, el tráfico de esclavos, fueron los asuntos constantes de su vivaz sátira y elocuentes disquisiciones..... Las partes ética y dogmática del Evangelio eran desdichadamente puestas en contraposicion. Por un lado, una Iglesia que se jacta de una doctrina derivada de los apóstoles, pero desacreditada por la matanza de San Bartolomé, por el asesinato del mejor de los reyes, por la guerra de Cevennes, por la destruccion de Port Royal. Por otro, habia una secta que se rie de las Escrituras, afilando su lengua contra el sacramento, y sin embargo, pronta á pelear contra las principalidades y poderes en la causa de la justicia, merced y tolerancia (2).»

(2) El amor á la verdad se deja ver en que siempre sabe uno cómo encontrar y cómo apreciar lo que es bueno.

(1) Revista de la *Historia de los Papas*, de Ranke.

Tales son los hechos curiosos que la historia revela. ¿Y qué es lo que enseñan? Únicamente que los hombres mejores y más santos no son infalibles, no son perfectos; únicamente lo que el apóstol Pablo anunciaba hace mil ochocientos años: *Tenemos este tesoro en vasijas de arcilla para que la excelencia del poder sea de Dios y no nuestra.*

A pesar de todo, porque el *tesoro* existe, no obstante el bajo y humilde material del *vaso*, la raza negra está en gran deuda con los instrumentos que, á despecho de sí mismos, han sido los medios de llevar á millares de africanos un conocimiento del verdadero Dios. Los anales del cristianismo ortodoxo están hermoeados por innumerables nombres de campeones del negro. Los nombres y brillantes esfuerzos de los Wilberforce, Buxton, Venn, Gurney, en Inglaterra, no pueden ser jamás olvidados. Y si ellos hubieran podido infundir en sus adeptos y partidarios el elevado espíritu filantrópico que obraba en ellos, si pudieran haberles imbuido más su noble y generoso entusiasmo, la condicion del negro cristiano seria muy distinta de lo que es en la actualidad. Pero á pesar de todas las desventajas, las influencias de la doctrina cristiana directa estaban infiltrándose silenciosamente en las inteligencias del negro; y aunque en medio de sus sufrimientos se deslizaban en sus inteligencias á veces las comparaciones, aunque no podian ménos de encontrar contrastes que no eran siempre favorables á su propia Iglesia, comprendian que la conducta seguida con ellos por sus maestros no solamente no estaba dictada por la religion que profesaban, sino que era opuesta á las enseñanzas de ésta; de aquí es evidente el hecho singular de que donde quiera que existen negros en gran número en los países protestantes, son estos en su mayor parte miembros de las denominaciones ortodoxas. La única organizacion eclesiástica desarrollada entre los negros de los Estados-Unidos, que casi compite en número, riqueza y poder agresivo con las más favorecidas sectas religiosas de la tierra es la *Iglesia Episcopal Metodista Africana* (1). Y per-

(1) Véase la *Apology for African Methodism in the United States*, de Tanner.

suadidos estamos de que la forma del cristianismo que introducirán en Africa los negros cristianos que de fuera vayan, será el protestantismo de molde ortodoxo.

Cualesquiera que hayan sido las pobres ideas de nuestros maestros, ellos fueron los instrumentos para introducirnos en gran número en el reino de Dios. Las lecciones que nos han enseñado, por su efecto ensalzador sobre millares de nuestra raza, sin duda contienen los elementos de imperecedera verdad, y apelan á alguna profunda é inextinguible conciencia del alma. Al mismo tiempo, por tanto, que reconocemos defectos de su parte, una discrepancia á veces entre el precepto y la práctica, no podemos retirarles el tributo de nuestra gratitud y de nuestro respeto. En ningun caso aplicariamos la dura sentencia del gran poeta italiano hácia su maestro; pero podemos dirigirles estas magníficas y sentidas palabras de aquel gran maestro del canto:

*Ché in la mente, m'è fitta, ed or m' accuora
La cara e buona imagine paterna.*

Di voi, quando.

M'insegnavate come l'uom s'eterna:

E quant'io l'abbo in grado, mentre io vivo

Convien che nella mia lingua si scerna (1).

EDWARD W. BLYDEN.

(*Fraser's Magazine.*)

(1) *Inferno XV.* Que en mi memoria está fija, y ahora entra en mi corazón vuestra querida y benévola imágen paterna, cuando me enseñaba cómo el hombre se hace eterno: y conviene que mi lengua haga ver mientras yo viva, cuánto lo agradezco.

LA TEORÍA DE LA EVOLUCION EN LA HISTORIA.

ARTÍCULO II.

I. *Evolucion de las Instituciones humanas.*—Indicábammos en el artículo anterior que la teoría de la evolucion podia aplicarse á la historia en general y en particular á la humana, y que para llegar á deducir este principio por medio de un procedimiento positivo, para poner de relieve el proceso y deducir la regla del fenómeno, debiera escribirse una historia universal; indicábase tambien la manera de escribirla. En el presente artículo se pondrá de relieve el concepto de la evolucion, surgiendo del fondo de la historia.

Prescindiremos de las evoluciones *siderales*, de la geológica, de la zoológica.—Nos concretaremos á la antropológica, haciendo caso omiso del estado de *animalidad* ó estado anterior al de *sociabilidad*, é indicaremos especialmente la evolucion de las instituciones humanas.

Corta y limitada es la historia conocida, para que se nos depare la ocasion de averiguar en el curso de los tiempos el desenvolvimiento humano desde su origen y averiguar las relaciones y dependencia que guarda con el de nuestro planeta y con el del universo. ¿Qué son, pregunta Mr. Renan, los tres ó cuatro mil años de historia que nosotros conocemos en comparacion á la duracion que ha precedido á ella?

En el órden de la realidad, lo que nosotros vemos es un desenvolvimiento escalonado segun el tiempo, y en que segun ha dicho Mr. Renan (1) se distinguen: 1.º Un período atómico,

(1) *Les Sciences de la nature et les Sciences historiques.* Pág. 761. Tom. 47. Año 1863 de la *Revue des deux Mondes.*

reino de la mecánica pura, pero que tiene el gérmen de todo lo que ha de seguir. 2.º Un período molecular en que comienza la química. 3.º Un período solar en que la materia se aglomera en el espacio en masas colosales separadas por distancias enormes. 4.º Un período planetario.

En cada uno de estos sistemas se separan alrededor de la masa central cuerpos distintos, teniendo su desenvolvimiento individual, y en el que el planeta tierra en particular comienza á existir.

5.º Período de desenvolvimiento individual de cada planeta. En el que la tierra en particular sufre las sucesivas evoluciones que revela la geología, y en el que la vida aparece, en que la botánica, la zoología, la fisiología empiezan á tener objeto. 6.º Período de la humanidad inconsciente que se nos revela por medio de la filología y la mitología comparadas, extendiéndose hasta el momento en que en la tierra hay seres que merecen el nombre de hombres; y 7.º y finalmente, el período que Renan apellida histórico, que empieza en Egipto y comprende cerca de cinco mil años, de los que en solos tres ó cuatrocientos hay plena conciencia de todo el planeta y de toda la humanidad.

Nosotros, al estudiar la ley de trasformacion, la subordinacion á la ley de la evolucion á que están sujetas las instituciones humanas, nos remitimos sólo al 6.º y 7.º de los períodos indicados.

Es una ley reconocida por los naturalistas que la especie, el individuo, no se forman de improviso, ni se realizan de una sola vez íntegros y completos. Y este principio de desenvolvimiento no limitado á los seres organizados, es un principio general, como indicábamos en el artículo primero, aplicable á todo lo que tiene un principio, una progresion, una decadencia inevitable y ha conseguido un objeto á cuyo fin parecia haber sido creado.

«La aplicacion de este principio, ha dicho Charles Martins, *Les preuves de la theorie de l'evolution en histoire naturelle* (1), está destinada á apresurar el progreso de todas las

(1) *Revue de deux Mondes*.—(Número del 15 de Febrero 1876.)

ciencias positivas, y á explicar la historia de la humanidad, sistema solar, globo terrestre, séres organizados, género humano, civilizacion, pueblos, lenguaje, religiones, órden social y político.»

Y la experiencia y la ciencia hablan muy alto en pró de ella, y nos explican la adquisicion de nuevos elementos (en cada uno de los organismos) por la adaptacion. Explicamos la formacion y mejoramiento de ellos por la seleccion y las circunstancias especiales que manifiesta el atavismo, por la ley de la herencia, en una palabra, como dice Mr. Nurri-son (1): «Profesar la creencia de que todos los séres proceden de un sér, ó de una fuerza única, del cual todos ellos no son más que diversas manifestaciones; sostener que este sér ó esta fuerza se produce por trasformaciones progresivas; afirmar en último lugar la necesidad irresistible de estos desenvolvimientos indefinidos, es establecer la teoría de la evolucion.»

Así como el árbol completo es el desarrollo de la semilla, ésta la justaposicion de principios, la aglomeracion de moléculas, grupos de átomos, que son compuestos de elementos eternos, invariables, sujetos á unas leyes tambien eternas é invariables, que así se manifiestan en la burbuja de aire como en la materia mucilaginososa que habita en el fondo de los mares, que es la misma fuerza que agita al infusorio como hace mover á las nubes que flotan en la atmósfera y los incomensurables planetas que flotan en el vacío; leyes eternas del macro y microcosmos que el espíritu humano averigua en forma simple y geométrica de la cristalización, y sorprende complicada en el aparato nervioso del inteligente vertebrado: y tambien así como desde el sonido puro y simple hasta la palabra, y desde ésta hasta la armonía musical, lenguaje inconsciente del espíritu, en todo ello no hay más que los mismos tonos, las mismas notas combinadas y las modulaciones, las gradaciones de la voz, y la cadencia que hiere al nervio acústico, ora expresan la pasion, ora la idea, y ele-

(1) *Les evolutionistes et l'évolution.*—*Séances et travaux de l'Académie des Sciences morales et politiques.*—1^o. livraison.—Janvier.—1876.

van á la region de lo infinito, son idénticos tonos colocados de diversa manera, ó infinitas ondulaciones del aire: y así como idénticos colores combinados de conformidad con el límite respectivo de las tintas produce la impresion del contorno ó bien la masa con diversa forma nos expresa una idea, si aquella masa la modela un escultor que se llama Miguel Angel, ó aquel color lo ha fijado un Ticiano, lo ha concretado un Curstens, las líneas las ha trazado un Cornelius, un Kaulbach ó un Alfredo Rettel, y aquellas manchas de color, aquel grupo de piedra ántes informe, y que ahora un genio ha sacado del caos como Dios, y que en virtud de la trasformacion experimentada representan la naturaleza, recuerdan la vida, ó la dulzura de la forma, ó la huella que deja la lucha sostenida contra el dolor y la terrible realidad, se traduce allí en el lenguaje de la naturaleza y en el flexible dialecto del arte; así como esta evolucion se realiza en la vida real, y es una evolucion natural ó de artificio de la esfera de la naturaleza; así en la esfera social, idénticos elementos son los que se combinan y producen sociedades que se transforman merced al cambio y á la adaptacion de nuevos y variados individuos, y estos séres compuestos de idénticos elementos, instigados por iguales afanes, aguijoneados por pasiones idénticas obedeciendo á principios únicos—estos individuos reflejan caracteres, temperamentos, ideas, hábitos y costumbres variadas, confundidas y combinadas en una especie superior ó sociedad, fiel reflejo de las ideas, temperamentos, hábitos y costumbres que predominan (merced á la seleccion), y estas sociedades de un órden superior humano cuando están en íntima relacion y enlace, cuando se hallan en razon *de totalidad*, motivan que la humanidad entera se constituya en órden superior moral, y las instituciones en gérmen ó en desarrollo hallan en ella su evolucion completa ó desenvolvimiento último.

Ahora bien; trasformándose todo individuo, toda institucion, vendrán á ser estos un eslabon de la eterna cadena, y para dar paso á otros individuos y á otras instituciones, han de dejar de existir como individualidades. En efecto, como resultancia de la ley de la evolucion, hallamos la muerte del

individuo y la de la especie para dar paso á individuos y especies superiores.

Todo individuo se perpetúa por la familia, y en su reproducción vé (en la série del tiempo) el mejoramiento y conservación de la especie. Esta idea le consuela de la aflicción que puede causarle la idea de la muerte individual, y sin embargo, el hombre siente la inmortalidad.

¿Pero qué clase de inmortalidad siente? ¿Es la individual? De ninguna manera. Un hombre materialmente inmortal sería un parásito, un obstáculo en el movimiento general de la naturaleza.

La humanidad se desenvuelve en la série animal hasta llegar á la social.

La humana, propiamente dicha, comienza con la aparición de las primeras sociedades y con la aparición de las condiciones de la humana relación, derecho y deber (1), las cuales se desenvuelven, luchan entre sí y perseveran las más adecuadas á la humana naturaleza, con la aparición de las condiciones de aprovechamiento de los objetos naturales que al hombre le reportan utilidad, con la aparición del arte bello y la de la ciencia ó conjunto de principios.

Por otra parte, el hombre, como simple animal, se va desenvolviendo con el lenguaje, las costumbres y los medios de relación, condiciones todas sujetas á evolución, y como individuo de la humanidad, coadyuvando á su sostenimiento y á sus fines.

El Estado se desenvuelve desde la familia, aparece en la tribu con forma rudimentaria y con organización más ó menos arbitraria, hasta constituir *nacionalidad* en forma armónica y con organización jurídica.

El arte útil para la satisfacción de las necesidades, para la conservación y relación del hombre, tiene sus evoluciones

(1) La teoría de la evolución ya se introduce en los estudios jurídicos.—*Vide Luchini.—La filosofía del Diritto é della Politica sulle basi dell'evoluzione cósmica.*—Venecia.—1874.—La Selección es un principio de *economía política* que se conoce con el nombre de principio de competencia ley, de concurrencia.

La ley de la población de Malthus inspiró á Darwin su teoría de la *Selección orgánica*.

como las tiene el arte bello, desde aquel arte en que el hombre refleja la impresion de la naturaleza, hasta el arte de concepto.

Y en cuanto á la ciencia, desde el conjunto de observaciones hasta el conjunto de principios coordinados, relacionados; y así, sin parar, llega al término de su desenvolvimiento, al conjunto de principios de los principios de toda ciencia (filosofía ó ciencia de las ciencias).

Las mismas costumbres se someten á una razon de identidad, se sujetan á un principio, y segun él se van desenvolviendo, y así se confunden las evoluciones parciales humanas (de cada condicion ó institucion) en la evolucion total humana, como el agua de los arroyos que han formado los rios se pierde en el Océano (1).

Cada institucion nace, se desarrolla, llega á un punto determinado (á cuyo estado se denomina apogeo) y muere. Pero en la série se perpetúa porque dá origen á otra más perfecta, y al grupo de instituciones ó á una comprensiva de varias le sucede lo propio, refundiéndose todas en la humanidad, dentro de la cual se modifican y se extinguen.

En el actual momento histórico todas las instituciones existen á la sombra de una general y harto absorbente, que se denomina Estado. Pero esta persona jurídica, como no tiene razon de ser natural, verá cada dia más disminuir su esfera de accion por el constante y sucesivo engrandecimiento de las instituciones que contiene en su seno, las cuales, uniéndose entre sí y tomando cada dia más un carácter cosmopolita, destruirán las nacionalidades.

Las instituciones naturales humanas son, á nuestro entender, las que caben dentro del siguiente grupo, segun el orden

(1) Por lo que se refiere al lenguaje y sus trasformaciones, puede consultarse con fruto la *linguistique*, por Abel Hovelacque.—1876.—Reinwald.

Mr. Littré nos indica las evoluciones del lenguaje en su *Premiere leçon d'un cours d'histoire et fait á l'Ecole polytechnique*.—Además véase la obra A. Schleicher.—*Die deutsch Sprache*, y los artículos de Girard de Rialle sobre el trasformismo en lingüística, publicados en la *Revue Scientifique*.

Sobre el progreso en el arte, puede consultarse la obra de Eugenio Veron, titulada: *Du progrès intellectuel dans l'humanité, Superiorité des arts modernes sur les arts anciens*, y las obras de Taine, especialmente su *Historia de la literatura inglesa*, etc.

de su aparición y desarrollo:—1.º Instituciones económicas.—2.º Instituciones artísticas.—3.º Instituciones científicas; y estas instituciones dan origen á tres grupos de derechos, de un orden económico, de un orden científico y de un orden artístico.

En cuanto á las instituciones de un orden moral, nosotros creemos que no pueden concretarse ni determinarse. En la esfera de la conciencia y de las costumbres privadas impera la moral reflejada en los conceptos, en las reglas y en los preceptos, cuya esfera es esta, adecuada á su esencia espiritual y de un orden superior, y así se comprende cómo las instituciones no pueden ser puramente morales, porque las instituciones son un conjunto de condiciones y de relaciones para la realización de un fin.

A toda institución presidirá la idea de fin ú otra que podrá ser altamente moral; pero esta idea (moral), al tomar forma en una institución, no tendrá más remedio que tomar forma económica, artística ó científica, ya que á las instituciones (manifestación ó realización en la vida social de una necesidad ó de un concepto) preside la idea de forma.

Hemos hablado de tres grupos de derechos.

El derecho es una extensión de la personalidad, el deber una limitación; ámbos se completan y son garantías de esta personalidad que circunscriben, fijan, limitan y concretan.

El derecho de un orden económico es un *derecho natural*.

Y comprende la facultad de aprovecharse de los objetos necesarios y útiles que la naturaleza suministra para que la personalidad pueda conservarse, relacionarse y realizar su fin.

El derecho al arte (1) y á la ciencia son *derechos sociales*.

El derecho (objetivamente considerado) ó conjunto de

(1) En nombre de la humanidad y de la civilización, puede reclamarse el derecho al arte. La influencia del arte en la civilización es mayor de lo que se cree (ya los griegos representan á Orfeo domesticando las fieras con los acordes de su lira).

Todos tienen derecho á la ciencia y al arte, porque en los beneficios y en las ventajas de la sociedad, debe haber solidaridad, habida razón á la cooperación del individuo, á la obra de la civilización y á que, siendo su vida una evolución que redunde en beneficio de las que le seguirán, es muy justo se aproveche de los resultados de las que le precedieron.

principios que la ciencia reconoce y la moral prescribe é indica en forma de deberes, son los *derechos absolutos* ó última evolución del derecho.

II. *Evolucion de la humanidad segun la historia.*— F. Guillermo Federico Hegel pretende explicar la evolucion total humana por los cuatro aspectos bajo que (segun él) se manifiesta el alma del mundo.

Sustancial é inmóvil en Oriente, individual, variado y activo en Grecia, compuesto en Roma de los dos primeros, en lucha perpétua entre sí, de cuya lucha sale luego el cuarto, que concierta y armoniza lo que estaba desunido y se manifiesta en las naciones germánicas. En Oriente, el hombre se aniquila en la idea del ente infinito, y de aquí el poder teocrático. En Grecia, desapareciendo lo infinito, surge con proporciones inmensas la actividad humana, la cual viene á ser predominante en Roma, formando una personalidad egoista, y despues en los pueblos germanos se reconcilia la unidad con la naturaleza del hombre, y de la reconciliacion nacen la libertad, la verdad y la moralidad.

Mr. Littré, en su citada primera leccion de un curso de historia hecho en la escuela politécnica, sostiene con fundamento que la historia es un fenómeno natural y que, sujeto á condiciones determinadas, no puede ser modificado por el hombre.

Considérala subordinada á la ciencia de la vida, la cual lo está á las ciencias químicas y físicas: la historia, pues, es la más complicada de todas y constituye la última.

En el programa de aquel curso indica como objeto de las lecciones:

1.º La tierra y el hombre.—2.º El hombre prehistórico y el hombre salvaje.—3.º Una civilizacion intermediaria entre el hombre prehistórico y el Egipto (*civilizacion formada*) cuyo tipo lo toma Mr. Littré de los mejicanos y los peruanos.—4.º Los babilonios.—5.º Los indios y los iranianos.—6.º Los indios y los fenicios.—7.º Separacion de los pueblos progresivos y de los estacionarios que hasta esta época aparecian confundidos. Chinos.—8.º Consideraciones generales sobre la antigua civilizacion fundada sobre el em-

pirismo y las artes industriales.—9.º Comienzos de la civilización fundada sobre la ciencia. Los griegos.—10. Los romanos: Formación de un cuerpo político sosteniendo y propagando la civilización.—11. Imperio romano: Decadencia del politeísmo greco-romano; establecimiento del cristianismo.—12. Imperio bárbaro: Conquista de la Germania, por Cárlo Magno, formación de las lenguas neo-latinas, transmisión laboriosa del antiguo saber al Occidente.—14. Edad Media, catolicismo, feudalismo, arte, poesía, ciencia de este período.—15. Arabes, su historia; introducción en el Occidente de su ciencia completamente griega. (*Demi-renaissance*).—16. Disolución del antiguo régimen católico feudal, durante el siglo XIV y el XV. Grandes cismas.—17. Descubrimiento de América.—18. Siglo XVI: Reforma, Rabelais, Montaigne, Cervantes y Shakespeare.—19. Siglo XVII: Grandes monarquías, formación de un arte en relación con ellas de origen francés y que tomó un gran ascendiente en Europa. Rápido progreso de las ciencias. Astronomía y física.—20. Siglo XVIII: Equilibrio europeo, fermentación del espíritu de examen, de incredulidad y de revolución. Constitución de la química y de la biología.—21. Revolución francesa, renovación del arte, de la poesía y de la estética. Desarrollo continuo de las ciencias, constitución de la sociología, y luego finalmente indica como objeto de sus lecciones la marcha y el objeto de la humanidad.

Pero en nuestro sentir, no satisfacen ni los conceptos de Hegel ni los grados de desenvolvimiento que indica Littré, pues creemos que las manifestaciones del desenvolvimiento deben conceptuarse humanas cuando indican un grado de civilización superior al de animalidad, y las manifestaciones que han de tenerse en cuenta son aquellas que obedecen á un ideal, á un tipo de un orden superior, es decir, de un orden *exclusivamente humano*.

Esplanemos la idea. El mundo antiguo, cadáver que en el campo de la ciencia hoy resucita, nos ofrece sólo un esbozo, un comienzo, meras intentonas de civilización, embriones de nacionalidades, conatos de sociedades.

Sus ciencias, sus artes, su espíritu en general se halla en-

vuelto en las nubes de la tradicion, cubierto con el denso velo del mito.

Los pueblos del Oriente reflejan en sus costumbres la impresion que reciben de su naturaleza espléndida. El temperamento de los habitantes ardiente como el sol, sensualistas costumbres, vida vegetativa, ciudades inmensas como sus llanuras, el arte en proporciones gigantescas, civilizacion, en fin, en que lo extraordinario y lo incomensurable impiden desarrollar el elemento humano.

La India y la China son evoluciones que abortaron.

El pueblo fenicio es el que se acerca más á lo humano de todos los que le precedieron y se separa más de lo puramente animal. Este fenómeno es debido sin duda á su movimiento, á su difusion por el golfo arábigo, por el mar Mediterráneo, á su actividad, á su comercio, á que le obligaron el suelo y la posicion topográfica en que se encontraron.

Conocido es de todos el espíritu de empresa y colonizador de los fenicios y su adelantada industria.

Él (salvo mejores pareceres y noticias en contrario) manifiesta más que ninguno el elemento material de la civilizacion, él desarrolló considerablemente todo arte mecánico, é indudablemente se hubiera desenvuelto aquella civilizacion embrionaria á no ser la falta de elemento científico el defecto del elemento moral, y sobre todo impidieron sus medros extrañas costumbres influidas por aquella religion desmoralizadora y de ritual de Oriente. En una palabra, fué una civilizacion no formada y que pudiera llamarse acéfala.

La primera manifestacion del elemento humano se halla en Grecia.

Sólo en ella se encuentra un pueblo civilizado. Ella resume y sintetiza lo escogido del mundo antiguo, y no en balde se le ha llamado el pueblo más grande que ha existido sobre la tierra (1).

Todos sabemos las condiciones en que se desarrolló el pueblo griego, allí donde estuvieron representados todos los sistemas filosóficos y donde puede decirse que nacieron las

(1) Laurent. *Etudes sur l'histoire de l'humanité.*

artes y las ciencias, allí la variedad en la unidad nacida del espíritu de libertad de aquel pueblo, de la variedad y fertilidad del suelo, de la superioridad de la raza.

Cuando más tarde, el monoteísmo, el unitarismo en general (que provienen de Oriente); cuando estos principios absorben su religión, su política y sus costumbres, comienza la corrupción y el decaimiento y coincide con las continuas irrupciones del Oriente, siempre dispuesto á acabar con la civilización y libertad occidentales, esta libertad que consiste principalmente en la independencia del espíritu.

El principio griego se refugia en Italia y constituye la civilización romana. Roma tuvo sus evoluciones, llegó á su apogeo político y descendió paulatinamente poniendo de relieve la carencia del elemento moral de la civilización antigua, precipitando la revolución cristiana y la invasión de los bárbaros, que en vez de realizar el ideal cristiano y de levantar sobre sus ruinas al mundo antiguo, falsearon el primero y desnaturalizaron el segundo (1).

Lo que caracteriza el mundo griego es el predominio del elemento estético que en la historia de la humanidad debiera llamarse helénico: lo que caracteriza el temperamento del pueblo esenio, la aspiración de la raza irania hácia los principios de Zoroastro, y lo que mejor que nadie han simbolizado los cristianos es el predominio del elemento de lo bueno y de lo justo, porque hay tres elementos que son necesarios en toda sociedad, en toda civilización, y estos elementos los personifican tres pueblos. El griego lo bello, el cristiano lo bueno y el jason (2) lo verdadero.

El primer elemento adquirió un gran desarrollo en Grecia, ya que era espontáneo, y en la esfera de libertad y dadas las condiciones de aquel pueblo, pudo mantenerse y manifestarse completamente. El pueblo esenio en la ideal figura de Jesús, representa el elemento moral, lo bueno y lo justo: la tercera evolución de los elementos humanos la representa

(1) Por lo que se refiere á los bárbaros, puede consultarse la obra de Mr. Littré.—*Études sur les barbares et le moyen age.*

(2) La raza anglo sajona la tomamos aquí indistintamente. La raza que presenta mejor aptitud para conocer lo verdadero es la raza germánica.

la época moderna, en que la raza germánica principalmente dirige sus aspiraciones y encamina sus esfuerzos hácia lo verdadero.

El segundo elemento no pudo desenvolverse, en primer lugar, porque como mero ideal, no podia adquirir forma y realizarse y tomar cuerpo en una sociedad, y entre otras razones históricas, porque el grupo que lo personificaba carecia de la base positiva necesaria, desdeñaba las artes, ignoraba las ciencias y fué siempre dominado por Oriente y más tarde por Roma, y así se comprende que la moral cristiana fuese inmediatamente falseada, mezcla de elementos heterogéneos, y ya apareciese en Roma con los misterios y ritos de religiones diversas.

Así se explica cómo en vez de redimir á la humanidad sólo sirvió y ha servido de arma política.

En realidad no hay ninguna civilizacion que simbolice el elemento moral ni puede haber pueblo que la represente.

El mundo griego indica una sociedad expresiva de la naturalidad pura, del mundo de lo sensible; pero esta sociedad que simboliza lo bello, encierra lo bueno y lo verdadero sin que quizá lleguen á realizarse, sin que tomen cuerpo, como acaeció en Grecia, en que se desenvolvió el primero y el último, y aún este incompletamente; por esto Grecia estaba adelantada en artes y ciencias, pero tenia la esclavitud.

Lo bello, lo verdadero y lo bueno son tres aspectos del ideal humano. Cualquier acto ú objeto que responda á una faz de este ideal responde al ideal entero, y sólo está uno de ellos íntegro y completo cuando coexisten los tres.

No opinan así los modernos positivistas, los cuales creen que pueden negarle la importancia al elemento moral, siendo así que con ello demuestran no saberle encontrar.

Nosotros creemos que el procedimiento positivista, eficaz para la adquisicion de la cualidad de los séres, que se apellida *verdad*, no es suficiente para la adquisicion y conocimiento de la belleza (que se siente), ni para la de la bondad que detiene, mejor se quiere y se manifiesta por una aspiracion de la voluntad humana, inconsideradamente, sin cálculo, inconscientemente, como diria Hartmann; pero cuyo fin de

una acción inconscia de la voluntad, es también resultado de la acción consciente de la inteligencia.

La falsa interpretación dada á los principios morales y el desvío experimentado en su desarrollo por haber ahuyentado los cristianos el elemento griego de Occidente y haber hecho abstracción de todo otro elemento que no fuera lo bueno, dió origen á la Edad Media, época á la verdad incalificable, que no se sujeta á síntesis ni se presta á generalizaciones, y que nos muestra el caos y el desorden.

La época en que predomina la tendencia hácia lo verdadero comienza con el renacimiento. El estudio del mundo griego y la introducción de aquellas artes y ciencias han formado el carácter de nuestra época.

En la historia, pues, se observa un desenvolvimiento incesante hácia lo bello (que se manifiesta en Grecia), hácia lo bueno (revolución cristiana) y hácia lo verdadero, (época moderna). Indudablemente, y este es uno de los grandes beneficios que reportan los estudios históricos, puede aventurarse la necesidad de una tercera evolución (la sintética), que completará las anteriores y se manifestará en una civilización completa y eminentemente armónica, comprensiva de los elementos que caracterizan las evoluciones anteriores, esto es, de lo bello, lo bueno y lo verdadero, un sólo ideal en su triple manifestación (1).

Una filosofía está encargada de dirigir el movimiento y de precipitar la evolución, ya que en la historia humana el acontecimiento no es más que una realización de una idea.

No es, ciertamente, la filosofía positiva de A. Comte la encargada de anunciarnos esta civilización armónica. A la filosofía de A. Comte la conceptuamos incompleta.

Nosotros esperamos que se dé al elemento moral la importancia que requiere; pero también reconocemos que una sociedad que no tuviera otro ideal que lo justo, no pasaría de

(1) Esta última evolución parece sentirla el mundo germánico, pero no el de estos últimos tiempos, que empieza á viciarse por el unitarismo político que paulatinamente lo domina, sino el mundo germánico de los tiempos de Goethe—de la corte de Weimar—verdadero mundo germen que anuncia la evolución sintética humana.

Galilea; en una palabra, si la humanidad no tenia otro ideal que lo bueno, no llegaria á realizarlo por faltarle á las instituciones, á las ciencias, y á las mismas costumbres, base positiva. Si por otra parte el ideal era lo bello y lo verdadero, no daria un paso más allá de Grecia ó seria Inglaterra.

Pero refúndanse estos elementos, realícese el triple ideal en la vida práctica, y lo que han dogmatizado las religiones, expresado con fórmulas más ó ménos abstractas los filósofos; esto que ha sido el delirio de los redentores, el tormento de los artistas, la esfinge de los políticos y el enigma de los pueblos; esto que la humanidad manifiesta por evoluciones y que al historiador corresponde interpretar, esto se realizará en la evolucion sintética, manifestándose como ideal que presidirá en filosofía, regla en las costumbres, principio jurídico en la legislacion, espíritu de la humanidad, en una palabra.

¿Es aventurado sentar que la evolucion sintética se siente? ¿No sienten todos los pueblos un porvenir lejano de felicidad sobre la tierra? ¿Qué significa el mesianismo? ¿El reinado de Dios sobre la tierra? ¿El reinado del espíritu por medio de la ciencia que proclaman algunos filósofos? (1). El mesianismo, la creencia en una vida futura, es la viva expresion de este sentimiento. La aspiracion continua hácia lo infinito indica suficientemente que toda situacion en toda especie es sentida, es intus-cognoscida antes de su realizacion y desenvolvimiento, en una palabra, que lo presente está preñado de lo porvenir.

Hemos hablado de una filosofía encargada de anunciarnos y determinar la evolucion sintética, y hemos dicho que no seria la positiva de A. Comte, ni la de Hegel, ni la de sus discípulos, entre los cuales se cuenta el pesimista Arturo Schopenhauer.

(1) Mr Renan dice en una de sus obras: "¿Qui sait en un mot si la science infunie n'amenera pas le pouvoir infinselon, le beau mot baconien savoir c'est pouvoir?" *L'être en possession d'une telle science et d'un tel pouvoir sera vraiment maitre de l'univers. L'espace n'existant plus pour lui il franchira les limites de sa planete. Un seul pouvoir gouvernera reellement le monde, ce sera la science, ce sera l'esprit.*

Dieu alors sera complet si l'on fait du mot Dieu le synonyme de la totale existence. En ce sens, Dieu sera plutot qu'il n'est, il est in fieri, il est en voie de se faire.

La filosofía (también pesimista) de Hartmann, la filosofía de lo inconsciente, no quiere reconocer que las tres evoluciones inconscias producirán una teoría consciente. Según Hartmann, la humanidad ha dejado trascurrir dos etapas de ilusión, y está en camino de acabar la tercera.

En la primera etapa, que corresponde á los antiguos tiempos, se busca la dicha individual, cada hombre aspira á la felicidad en esta vida y en esta tierra. En el segundo estadio, la Edad Media, remite á un cielo imaginario las rotas promesas de la tierra. El hombre de la edad presente llega al tercer estadio de la misma ilusión; él espera la felicidad en la tierra, pero por la especie y en un porvenir indeterminado. Tres formas de la eterna quimera que la humanidad sigue obstinadamente para consuelo de la realidad.

La filosofía que, en nuestro sentir, está indicada para conceptuar la conciencia que la humanidad tiene de una evolución sintética y armónica, será también una filosofía armónica.

La filosofía ha experimentado una serie de evoluciones interminables, y á través de formas diversas (todos los sistemas filosóficos) ha llegado á adquirir nomenclatura, material determinado y procedimiento; pero sin duda aparecerá con nueva forma sintetizando y completando todos los sistemas anteriores.

Esta filosofía armónica será la evolución sintética de la filosofía, y tendrá por objeto la naturaleza entera, considerándola bajo los tres aspectos, de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero; esta filosofía, en fin, que podría llamarse naturalista, surgirá (á nuestro entender) del criticismo de Kant, investigará la verdad con el procedimiento de A. Comte; algunos de sus principios futuros se vislumbran á través de los destellos del génio de Goethe, y que sin negar nada, abarcándolo todo, pero explicándolo todo, naturalmente estará basada en los principios de las ciencias exactas y naturales y en la observación, se remontará á los principios fundamentales de lo verdadero, que enlazará con los principios subjetivos de lo bello, y encaminará á la humanidad por los senderos de la moral, y tales principios serán su patrimonio; estos

principios, que sólo al hombre le es dable conocer, porque él sólo los ha conquistado.

Sólo así, sólo una filosofía que investiga lo bello en la naturaleza, la verdad en la ciencia y la realización del ideal moral en el porvenir de la historia humana, puede anunciarnos ya la evolución sintética humana, puede hacer comprender (y no procede en esto á priori) que el ideal humano realizable en el período de civilización armónica será la combinación del elemento helénico, del elemento cristiano y del elemento germánico.

III. *Condiciones de la evolución humana.*—No entraré á probar el por qué de la evolución. Al querer profundizar, al querer ahondar nos encontramos con el por qué de la existencia, el por qué de la esencia.

La cuestión del *por qué* es un círculo vicioso, y en el terreno en que nos colocamos yo creo que para el hombre es una cuestión necia, como ha dicho muy oportunamente Büchner (1). En todo caso nos corresponde probar el *cómo*.

La cuestión del *cómo* queda resuelta con la exposición de los hechos acaecidos y la enumeración de los principios que del agrupamiento y observación se derivan. Una historia universal escrita en el sentido que indicábamos en el artículo anterior, basta para probar que la humanidad se desenvuelve paulatinamente, siendo al fin ella (en el orden de lo cognoscido) el último grado de desenvolvimiento de todo lo existente.

Salida la humanidad de la naturaleza y sujeta á su ley, indiscutiblemente que la evolución será natural.

Así, pues, las condiciones de la evolución histórica serán la de *expontaneidad y libertad* realizadas en una raza superior, último grado de la evolución humana en un momento histórico (en la actualidad la indo-germánica), la cual en virtud de la ley de la selección y de la herencia predominará cada día más, si no surge otra interior que la contrarie ó de su seno que la absorba.

(1) *L'homme selon la science—1872—troisième partie. La science contemporaine... nous indique une conclusion des plus importante, et de plus inattendue, savoir que tout le grand mystère de l'être et surtout de l'être organisé consiste dans un développement lent et gradué.*

La evolucion, pues, se dulcifica cuando se halla contrariada, ora por la naturaleza (clima, terrenos accidentes, etcétera) ó por la influencia de otras razas (unitarismo, tiranía política y religiosa, quietismo, ignorancia, etc., característica de las razas del Oriente), etc.

La condicion de espontaneidad indica ausencia de desarmonía natural, en una palabra, ausencia del conflicto entre las fuerzas naturales.

La condicion de libertad implica una positiva (la de conocimiento de causa) y otra negativa (ausencia de contrariedad).

Con estas condiciones la evolucion sintética se realiza. Y aún cuando en la realizacion esté la mision de la humanidad, en el actual momento histórico, aún cuando la conciencia é inteligencia humanas permanezcan impasibles y no determinen la voluntad hácia ello; de todos modos se realizará porque es la evolucion natural y podrá retardarse por los obstáculos que se opongan; pero ella tarde ó temprano será para dar paso á evoluciones de un órden superior, ya que al fin es un grado en la escala de las evoluciones infinitas.

Finalmente, la evolucion histórica se manifiesta en el tiempo y en el espacio. En el primero por la gradacion de evoluciones parciales, segun su cualidad. En el segundo por su cantidad.

La evolucion histórica se efectúa en el espacio por el trascurso del tiempo.

Las instituciones humanas hallan su complemento, y se desenvuelven en número suficiente en el espacio para dar origen á nuevas evoluciones de un órden superior en el tiempo.

P. ESTASÉN.

CRÓNICA DE LA LITERATURA INGLESA

Y NORTE-AMERICANA.

De los libros en que de asuntos religiosos se trata, el que más ruido ha hecho recientemente en Inglaterra es la obra póstuma de lord Amberley, titulada *Análisis de la creencia religiosa* (1). El vizconde Amberley ha muerto en edad temprana; ha muerto sin dar cabal cumplimiento á las brillantes esperanzas que hacia concebir y de que da elocuentísimo testimonio la obra á que nos hemos referido. Un libro como este no se ve todos los días en Inglaterra. Acercarse al problema religioso, buscar los fundamentos de la creencia, distinguir lo esencial de lo accidental, lo permanente de lo transitorio, hablar con el corazón en la mano de lo que no se cree, ser franco é ingénuo aún á riesgo de atraerse una impopularidad abrumadora, es ciertamente un espectáculo con poca frecuencia visto en las ilustres islas, donde las ciencias y la filosofía suelen ocultar sus más capitales afirmaciones con un *agnosticismo* al parecer tranquilizador, que no es ciertamente la doctrina que diera pauta á la inspiración valentísima del malogrado lord. Yo no sé si, caso de haber vivido más, viera el vizconde con entera resignación algunos de los cargos que le dirigen críticos siempre apercebidos para lanzar anatemas durísimos sobre la frente de aquel que no quiere imitar á los niños, que en su inocencia se creen al abrigo de los peligros cuando cubren con sus manecitas los ojos y dejan de ver un instante aquello que les infundieran inquietud ó pavora. Y, sin embargo, el libro de lord Amberley, que está bien pensado, está aún mejor sentido. ¡Cuántas páginas encierra que parecen escritas con sangre del corazón, páginas confidenciales, relatos íntimos, historia conmovedora de una conciencia en que la antigua fé se borra y la nueva ó no se escribe ó se escribe lentísimamente con la perezosa mano de la duda!

(1) *An Analysis of Religious Belief*. By Viscount Amberley. 2 vol. London. Trubner and Co., 1876.

No diré, porque fuera exagerar demasiado los merecimientos de lord Amberley, que es su obra una de aquellas que, al modo de las de Kant, Hegel y Schleiermacher, las primeras de Strauss, las de Vera y aún los famosos tratados de Hartmann, Stuart Mill y Draper, promueven honda universal agitación, y van de pueblo en pueblo dejando luminosas huellas en la conciencia humana. Capítulos tiene que acaso merecieran esta fama; mas no quiero seguir disertando en esta forma, porque más propio es de mi tarea hablar poco y exponer mucho, que amontonar de esta suerte inoportunas digresiones y prematuros juicios.

Lord Amberley comienza su obra haciendo un estudio comparativo de las religiones. Este estudio debía llevarle, al ménos tal era su propósito, á descubrir entre las diversas doctrinas religiosas, un elemento permanente, sustancial, verdadero, superior á las variaciones que reviste al manifestarse en el tiempo y en el espacio. Una vez hallado este elemento esencial, este factor comuny constante, pasa el autor de la obra á examinarlo detenidamente en severísimo análisis. La religion es sentimiento universal: en ella, lo sustancial es para lord Amberley la fé; sus modos, sus determinaciones, lo variable y local es la creencia. Mas una vez encontrado el factor constante, lo permanente y comun en las religiones, empieza el análisis verdaderamente filosófico, porque entónces es cuando ocurre averiguar si es tal la relacion de la fé con su objeto que nos capacite á reconocer y afirmar su valor real. En otros términos, es fuerza hallar los elementos subjetivos y objetivos de la religion, y conocida la relacion de estos es como únicamente puede resolverse el problema científico de las religiones. Lord Amberley afirma que del análisis de la idea religiosa resultan estas arrogaciones fundamentales: un poder hiperfísico en el universo, una entidad hiperfísica en el hombre y una relacion entre los dos. Tenemos, por consecuencia, la afirmacion de la existencia de Dios como incognoscible con el atributo de la conciencia, del alma y de la relacion del alma con Dios. No se necesita más para que en este punto, y sin perjuicio de cuantas reservas recomienden las imperfecciones de la obra, resulte que la de lord Amberley es de provechosa lectura. Vienen luego páginas bellísimas y conmovedoras, llenas de sentimientos nobilísimos, que hacen más y más simpática la figura del malogrado pensador de quien hablamos.

No nos es dado detenernos demasiado en una exposicion, y por lo mismo fuera inoportuna una extensa crítica de la obra de lord Amberley. Nos limitaremos á decir que aún siendo persona muy instruida, carecen muchas veces los estudios críticos de historia y los ensayos exegéticos que en su obra se encuentran de profundidad, perspicacia y complemento. De otra parte, no sería

difícil decir algo y áun algos bajo un punto de vista exclusivamente filosófico del método adoptado por lord Amberley y de sus mismas conclusiones. No basta una investigación analítica y un exámen histórico para saber lo que es y vale la religion entre las manifestaciones del espíritu. Precisa remontarse á la idea misma del espíritu, una vez reconocida la realidad objetiva de la idea y pensada la de la naturaleza en el sistema. Una vez encontrada la idea de la religion, se estudia su proceso y es fácil hallar en las determinaciones de esta idea en el tiempo elementos esenciales contenidos en ella. De esta suerte se llega á la necesidad y verdad de la religion; y áun á la singular y dichosísima correspondencia de la verdadera filosofía y la religion verdadera. Aun prescindiendo de este punto de vista que es propio de una escuela, se puede y se debe objetar á lord Amberley que si su obra es filosofía de la religion, dado el intento en que está escrita, será concepto filosófico que diga la razon de la cosa y la razon de la historia de la cosa. Sólo en este caso sus inducciones y generalizaciones tuvieran un carácter indudablemente filosófico, sus principios honda trascendencia así en el pensar como en el vivir de estos tiempos, y sus juicios históricos aquella soberana influencia y alta valía que son propias de la filosofía de la historia, á condicion de que con sistema y recto sentido se difunda ó se aprenda.

Pero si en estos puntos y á causa de una diferencia de opiniones á que con ingenuidad me acojo, estimo deber imperiosísimo para mí el de oponer los anteriores reparos á la obra de lord Amberley, quedárame disgustado y pesoso si no dijera una y otra vez que la aplaudo por otros motivos y la aplaudiré en todas las ocasiones en que el aplauso con oportunidad resuene.

El jóven sincero y generoso cuya pérdida llora Inglaterra, ha escrito algunas páginas que merecen figurar al lado de las más bellas y sentidas que ha dictado á los pensadores la crisis religiosa que á todos nos inquieta y entristece. Aquellos que se resignen al sacrificio del entendimiento, exigido no há mucho por un famoso periódico ultramontano, podrán mirar con indiferencia y áun con incredulidad esas conmovedoras revelaciones de almas atormentadas por la duda ó afligidas por el conocimiento de que individual y socialmente no hemos logrado colocarnos á la altura del ideal humano que llevan, sin embargo, en la conciencia y acaloran en el corazon los que dirigir debieran la opinion y preparar tambien el advenimiento de las nuevas y superiores condiciones que la vida presente ha menester en todas partes. Otros las leerán por ventura con el recogimiento á que son acreedoras, y ellos reportarán de esta lectura el considerable provecho que sin duda puede darles.

Mr. Cox, presidente de la Sociedad psicológica de la Gran Bretaña, es un psicólogo inglés, es decir, una persona instruida, observadora, ingeniosa y amiga de la propaganda. Los ingleses no pueden comprender que un conjunto de conocimientos constituya la especialidad de un reducido número de personas. Todas las ciencias son objeto entre ellos de explicaciones orales que llaman *lectures* y de cortos tratados que llevan los datos más indispensables y los principales puntos de vista al público, formando una corriente de ideas que recorre toda la sociedad, fertilizando con su riego las inteligencias y ofreciendo á las diversas clases un excelente medio de comunicacion intelectual. Esta tendencia á la propaganda tiene, como todas las cosas de este mundo, casi tantos inconvenientes como ventajas. Ciertos estudios demandan una concentracion tan completa, una perseverancia tan grande, una costumbre tal de afrontar determinados obstáculos y de vencerlos, que no pueden encontrarse en la generalidad de las gentes. Mr. Cox no es de esta opinion, y quiere poner la psicología al alcance de todos. Su libro titulado *El mecanismo humano: respuesta á la pregunta ¿qué soy?* es, segun dice él mismo, una introduccion popular á la fisiología mental y á la psicología (1). Mr. Cox cree que la curiosidad de los que hacen la pregunta que en su libro contesta, debe de quedar satisfecha cuando les digan que el hombre es un alma. Ignoro si todos los lectores de la obra de Mr. Cox opinarán de la misma manera con respecto á que se satisface así la curiosidad de los que formulan la pregunta.

Decir que el hombre es un alma, equivale quizá, en el estado actual de la ciencia, á la contestacion de aquel estudiante que al preguntarle la vida de San Luis, contestaba en el exámen de historia que fué un rey de Francia que estuvo en varias batallas y que se murió. Hagamos justicia, sin embargo, al saber de Mr. Cox. En su juicio, el hombre es un alma (*man is a soul*); pero un alma que no es posible resolver en ninguna de nuestras funciones corporales. Es tal la importancia del sistema nervioso, á juicio de Mr. Cox, que un estímulo que se aplica á la fuerza nerviosa, bajo la influencia de una fé profunda, afecta á toda la estructura corporal. No sabemos qué es la vida, pero sabemos que radica en los centros nerviosos, en el cerebro y los gánglios. Mas no hemos llegado al yo, cuando llegamos á esta afirmacion. Ellos nos dan la máquina mental, pero no debemos identificar los términos mente y alma. Y aquí viene la más sorprendente teoría de Mr. Cox, la del dualismo

(1) *The Mechanism of Man: an answer to the Question, ¿What am I.? A popular introduction to Mental Physiology and Psychology.* By Edward W. Cox Vol. I. *The Mechanism.* London. Longmans and Co., 1876.

mental. La mente no es una, es doble; tenemos dos cerebros acomodados á funciones distintas é independientes, no de otro modo que tenemos dos ojos y dos oídos. En esta dualidad mental radica la explicación de la locura y otros sorprendentes fenómenos. Tranquilícense, sin embargo, nuestros lectores. Por tener dos *mentes* no tenemos un doble yo, ó sea dos almas. La voluntad rige toda nuestra organización. Si consideramos los nervios como un piano que suena al contacto de las cosas, podríamos decir que la voluntad los obliga á producir el sonido que ella quiere. Y la voluntad es la expresión de ese yo ó fuerza anímica que nos hace hombres y no meras máquinas. Mr. Cox pone al servicio de este alma ó unidad consciente argumentos conocidos y que en no pequeña parte son ciertamente muy poderosos. Se extiende luego en discurrir sobre la naturaleza, forma y actividad de esta fuerza psíquica.

La obra á que nos referimos es, como se vé, digna de leerse. No somos muy partidarios de la filosofía popular, y acaso esta repugnancia contribuye eficazísimamente á que no nos satisfaga completamente el libro de Mr. Cox. ¡Cuántas páginas ha escrito este distinguido pensador que ninguna falta hacían en la obra! ¡Cuántas digresiones y repeticiones hubiera podido suprimir sin perjuicio de sus teorías y aún con provecho de las mismas! Estas imperfecciones ha traído á Mr. Cox su prurito de que estas cuestiones no constituyan, como es lógico é inevitable, el patrimonio de una minoría inteligente é ilustrada. No es del caso examinar detenidamente el libro de Mr. Cox. El rápido análisis que hemos hecho basta para que se advierta que está lleno de ingenio y originalidad.

Sabido es que el canal de Suez tiene para Inglaterra un interés de primer orden. En las eventualidades de la política europea importan grandemente las garantías que Inglaterra se cree en el caso de adoptar para que no se destruya su influencia en Oriente, y bajo este punto de vista, todo lo que con el canal de Suez se relaciona es de gran importancia en la actualidad. La libre y segura comunicación con la India, es para los ingleses tan necesaria como útil fué para ellos el magnífico proyecto de Mr. de Lesseps. Donde los otros pueblos vieron en primer término una gloriosa conquista del genio y del trabajo, llamada á abrir nuevos y anchurosos horizontes al comercio en todos sus ramos, los ingleses vieron esto y algo más; que al fin y al cabo, en los lejanos territorios del Asia, que constituyen ya un imperio oficialmente declarado, la bandera inglesa cubre un inmenso país cuya conservación es para sus dominado-

res una necesidad imperiosa y un deber ineludible. Disminuir la distancia, facilitar las comunicaciones de la metrópoli con la India, era para los ingleses un suceso fausto é importantísimo. Los últimos acontecimientos han puesto de relieve el interés que tiene Inglaterra en el canal. Hoy día, la poderosa Albion tiene en su poder tantas acciones de la compañía, que siempre estará legalmente investida de una decisiva influencia sobre ella y forzosamente obligada á protegerla y á velar por la obra del gran Lesseps.

En estas circunstancias, los buenos libros que al asunto se dediquen son de una incontestable utilidad. El de Mr. Percy Fitzgerald (1) tiene, á no dudarlo, este carácter. El distinguido publicista inglés á quien nos referimos, ha trazado una completa é interesante historia del canal grandemente enriquecida con documentos oficiales de mucho valor. De este modo se forma la opinion en Inglaterra siempre que se suscitan graves asuntos. La prensa los ilustra, y en caso necesario el libro presta un poderoso concurso á este cabal conocimiento de las cuestiones, que es necesario para que no sean planteadas sin tino y resueltas lastimosamente.

El tratado de Mr. Reemelin (2) sobre política nos parece un tanto desordenado en el fondo y en la forma. Mr. Reemelin no ha hecho un libro: ha reunido una série de ensayos y les ha puesto un título interesante. Encuéntrese ciertamente en la obra del distinguido publicista de la América del Norte algunos puntos de vista bastante nuevos y originales. Sucédele, sin embargo, lo que á muchos escritores en los días que corren, y es que se entrega con demasiado ardor á la peligrosa pasion de la originalidad. Es fácil advertir este defecto en los capítulos de su libro referentes á los gobiernos y á la opinion pública.

Un escritor que oculta su nombre tras el velo del anónimo, nos ofrece un buen trabajo sobre las fluctuaciones del mercado (3). Averiguar las leyes económicas que rigen aquellas manifestaciones de la actividad humana más sujetas al azar, es ciertamente un objeto digno de las meditaciones de aquellos que consagran su inteligencia al estudio de las cuestiones que el *City Editor* dilucida en su interesante libro, lleno de importantes datos, curiosas observaciones y juicios atinados. Otro libro de bastante importancia, referente también á las cuestiones económicas, ha publicado recientemente en Filadelfia

(1) *The Great Canal at Suez: its political, engineering and financial history.* By Percy Fitzgerald, 2 vol. London. Tinsley, 1876.
 (2) *Treatise on Politics as a Science.* By Charles Reemelin. Cincinnati. Carke.
 (3) *The Rationale of Market Fluctuations.* By á City Editor. London. Effingham Wilson, 1876.

Mr. Albert Bolles. Esta obra trata de los conflictos entre el capital y el trabajo (1). Mr. Bolles no es aficionado á las teorías, y hace muy mal, porque al fin y al cabo, si un exagerado amor á las investigaciones teóricas suele ser funesto, los más brillantes resultados de la observacion comprometen su utilidad, si no se acompañan con puntos de vista teóricos, propios para elevar el pensamiento á la esfera de los principios. Algunas veces sale del terreno exclusivamente práctico en que prometió encerrarse al escribir el prefacio, y entónces nos parece que resuelve algunas cuestiones, aunque con alguna frecuencia puede asegurarse que en vez de resolverlas las complica más. Una opinion de Mr. Bolles nos parece muy digna de difundirse. Como quiera que el capital es el trabajo acumulado, un conflicto del trabajo con el capital es un conflicto del trabajo consigo mismo. En cambio, nos parece que Mr. Bolles se extravía cuando quiere demostrar que corresponde al Estado obligar á los capitalistas á invertir productivamente su capital, á no tenerlo ocioso. ¿No es verdad que corre parejas esta teoría de Mr. Bolles con la del derecho al trabajo que sigue apasionando á muchos soñadores incorregibles? El socialismo, y un socialismo por cierto de mal género, asoma la cabeza en esa extraña doctrina. Si el Estado tiene el derecho de imponer á los ciudadanos una inversion productiva de su riqueza, es evidente que le asistirá tambien ese derecho para impedir que se invierta en malos negocios, en empresas ruinosas ó en despilfarros más ruinosos todavía. Desde el punto en que semejantes derechos del Estado fuesen reconocidos, nos parece que el capital habria pasado de las manos del individuo y de las personalidades jurídicas en quien resida á las del Estado, que convertiria á todos los capitalistas en administradores sujetos á su inspeccion y autoridad soberana. Fácil es comprender que no se detendria aquí tan injusta intrusion. El Estado tendria que organizar toda la sociedad económicamente tan luego como las dificultades fuesen surgiendo, lo cual valdria tanto como suprimir las condiciones de toda existencia social. Todos estos errores son muy antiguos, han sido muchas veces refutados, y cuesta trabajo comprender que reaparezcan con tanta frecuencia. Es ley del capital su circulacion, esa inversion productiva de que habla Mr. Bolles. Un capital parado indefinidamente es una ficcion que no sirve para nada. Todo capital entra á su modo en la vida económica, que se alimenta precisamente de la grandísima y fecunda variedad de manifestaciones que reviste la iniciativa individual en estas como en todas las cosas. El capital tiende á circular, y no

(1) *The Conflict between capital and Labour*. By Albert S. Bolles. Philadelphia. Lippincott and Co.

se necesita que el Estado cuide de sacarlo á relucir. El avaro es una excepcion que no merece la pena de inventar una teoría. El que se equivoca y hace malos negocios, está dentro de las condiciones de la vida, en que no todo es ventura, y el interés individual es el mejor estímulo, el único estímulo eficaz y legítimo para la buena inversion de la riqueza. Todo el mundo consume; y en una ú otra forma, directa ó indirectamente, todo el mundo contribuye al incesante cambio de utilidades y servicios que bajo el punto de vista económico es resúmen fiel de nuestra vida. Tiempo es ya de que esas escentricidades socialistas dejen de perturbar los entendimientos y de entretener, con evidente perjuicio de la ciencia económica, á personas que podrian prestarle la cooperacion más distinguida.

No hay ciertamente en el mundo culto una persona de alguna instruccion que ignore el nombre y la importancia científica de Alfredo Wallace, el célebre naturalista que comparte con Darwin la fama de haber revelado la ley de la evolucion como clave de la espinosísima cuestion del origen de las especies. Sabido es tambien cuánto importa en este grave y difícil asunto el estudio de la distribucion geográfica de los animales y las plantas. Mr. Wallace ha publicado un importantísimo libro sobre esta materia de útiles investigaciones, y con decir el nombre del autor, sobran sin duda todos los encarecimientos (1).

El *Exámen crítico de algunos de los principales argumentos en pro y en contra del darwinismo*, de Mr. Maclaren, obedece á una tendencia muy difundida ya entre los hombres dedicados al cultivo de las ciencias naturales, y segun la cual puede muy bien ser cosa cierta que los animales y las plantas hayan sido originados por evolucion, sin que tal certidumbre implique que Mr. Darwin y sus adeptos suministran una explicacion acertada de los fenómenos á que hacemos referencia.

Sin ser Maclaren un naturalista de profesion, lo cual no siempre demuestra un profundo conocimiento de las ciencias naturales, es persona muy versada en estos estudios, pues expone con gran exactitud y maestría los argumentos

(1) *The Geographical distribution of Animals with a Study of the Relations of Living and Extinct Faunas as Elucidating the past Changes of the Earth's Surface.* By Alfred Russel Wallace, 2 vol. London. Macmillan and Co., 1876.

favorables y los adversos al darwinismo, dando claros indicios de un criterio imparcial y elevado, así como de una capacidad poco comun. Muy frecuente es en estos tiempos defender las tesis darwinistas, sin tomarse el trabajo de meditarlas detenidamente; pero no con ménos frecuencia se vé combatirlas sin hacer lo más indispensable por conocerlas. A todos los que así proceden sirve sin duda el libro de Mr. Maclaren, pues al par que les enseña en el particular ramo del saber de que se trata, les dice tambien con la soberana elocuencia del buen ejemplo la única manera de discutir sériamente las doctrinas y de cultivar las ciencias con vocacion verdadera (1).

Mr. Rawlinson es uno de los orientalistas ingleses que consagran toda su vida á desenterrar los monumentos de una civilizacion pasada, de un remoto período, y que consiguiéndolo á maravilla, nos revelan todo lo que hay de interesante y característico en los pueblos que ya no son lo que en pasados dias, ó bien se perdieron en la oscura noche de la muerte, desapareciendo para siempre de la historia y áun del haz de la tierra sucediéndolos otros más ó ménos afines á su raza y cultura.

Un libro del distinguido historiador inglés que nos ha sugerido la anterior observacion es actualmente objeto de exámen y merecido elogio en Inglaterra (2). Trátase en el reciente trabajo á que aludimos de los Sasanidas de Pérsia, dinastía que es de gran importancia por ser el punto en que se unen ó separan, segun la cosa se mire, la historia de la antigüedad y la historia moderna. Inútil es decir que Mr. Rawlinson no ha dejado por hacer pesquisa, investigacion ó estudio que al logro de su propósito conviniera. Los más antiguos monumentos de la literatura armenia, los historiadores árabes y persas, los que en Bizancio escribieron de materias tales han sido consultados con crítica severa y asiduidad notable por Mr. Rawlinson.

Un nuevo tomo de la *Historia constitucional de Inglaterra*, por Mr. Stubbs, ha visto la pública luz, y es en verdad interesantísimo (3). Con decir que trata de los reinados de Enrique III, Eduardo I, Eduardo II, Eduardo III y

(1) *A Critical Examination of some of the Principal Arguments for and against darwinism.* By James Maclaren. London. Bumpus, 1876.

(2) *The seventh great Oriental Monarchy.* By G. Rawlinson. London.

(3) *The Constitutional History of England.* By William Stubbs. Vol. II. Oxford. Clarendon Press.

Ricardo II, tan fecundos en importantes hechos referentes á la historia constitucional del pueblo inglés, basta para comprender que se trata de un interesante estudio. Mr. Stubbs se fija casi exclusivamente en el crecimiento y desarrollo de las instituciones de su patria, sin distraerse con los dramáticos y estupendos sucesos de aquel memorable período. El éxito de la obra es grandísimo, y verdaderamente extraordinaria la autoridad que Mr. Stubbs se ha conquistado.

La novela de George Elliot, pseudónimo que ya conocen nuestros lectores, titulada *Daniel Deronda* (1), sigue siendo, con motivo de la reciente publicación de sus últimas partes, uno de los grandes sucesos literarios que me toca consignar. Ya he dicho en otra *Crónica* que la obra es notable, aunque no le faltan defectos, y esto es muy natural (2). Hemos leído en un periódico de los Estados-Unidos que esta novela produce á la distinguida escritora la respetable suma de ciento veinticinco mil duros en papel moneda del país en que el periódico á que nos referimos se publica. Es de advertir que el papel de los Estados-Unidos no sufre una depreciación muy grande ni cosa que lo valga. Hablábamos poco há del caso con un apreciable novelista de nuestra patria. Cuando le digimos la cifra, notamos que una irónica sonrisa se dibujaba en sus labios. Comprendimos su incredulidad, porque el caso no es para ménos, no conociendo las condiciones de la literatura en otros pueblos donde han llegado ya días más venturosos para los que viven ó aspiran á vivir de la profesión literaria. Tres años ha costado su última novela á George Elliot y se publica en cuadernos mensuales bastante caros. El coste total de la obra es de 200 reales. No es del caso decir cómo se facilita en Inglaterra la lectura de obras tan caras, pero indicaremos de pasada que el medio principal son bibliotecas destinadas á la circulación y que están muy extendidas en todo el Reino Unido.

El afamado novelista Anthony Trollope ocupa también en estos momentos la pública atención con una nueva novela muy estimada, aunque no poco defectuosa. Titúlase *El primer ministro* (3).

(1) *Daniel Deronda*. By George Elliot. Brooks III y IV. London. Blackwood and Sons. 1876.

(2) REVISTA CONTEMPORÁNEA, 15 de Abril de 1876.

(3) *The prime minister*. By Anthony Trollope. 4 vol. Chapman and Hall.

Mucho ha llamado la atención, y es muy digna de llamarla, la novela de Whyte Thorne titulada *La Democracia* (1). Es una colección de tipos hechos de mano maestra y que en todos los países se conocen, aunque claro está que en el libro de que hablamos presentan especiales caracteres.

Dos tomos de poesías debemos mencionar que por distintas aunque relevantes cualidades merecen un recuerdo siquiera. Nos referimos á la *Human Tragedy* (2), de Mr. Alfred Austin, y á la *Epic of Hades* (3), de un poeta de dulces cantos, acaso excesivamente dócil á los modelos que á Tennyson debe la inglesa literatura, pero que sabe arrancar á su lira acentos conmovedores y gratísimos.

Difícilmente podrian hallarse dos poetas que presenten un contraste tan fiel y tan profundo. ¿La poesía inglesa recorre hoy día nuevos senderos? La cuestión es interesante, pero el momento no nos parece oportuno para discutirla. En otra ocasión hemos hablado de Mr. Call, que se inspira ó tiende á inspirarse en los ideales científicos. Este es ya un buen género, á condición de que se desempeñe como es fuerza confesar que lo hace Mr. Call.

Al hallarnos ahora en presencia de Mr. Zobustin y del anónimo autor de *The Epic of Hades*, se nos ofrece una contraposición interesante. Mr. Austin es un tanto crónico y amargo; el otro poeta es un discípulo muy dócil de Tennyson. ¿Mas puede Tennyson formar escuela en estos tiempos? Dejemos la pregunta sin más contestación que la que obtendrá, seguramente, en el pensamiento del lector. Cuando no es dado examinar con extensión algunas cuestiones, nada es, por ventura, preferible á que se apunten sencillamente.

Estas cuestiones que afectan á la poesía no carecen ni pueden carecer en modo alguno de gran importancia. Acaso basta en ocasiones, para determinar la marcha de un pueblo, estudiar con atención los rumbos que siguen sus poetas.

Y aquí terminaríamos, lamentando que nos falten tiempo y espacio para seguir nuestra tarea, si no nos creyéramos en el deber de manifestar, al modo que lo hicimos cuando hallamos en *The Athenæum* una esmerada versión poética del soneto de Rosario Acuña *A la libertad* en su drama *Rienzi el Tribuno*, que la acreditadísima *Westminster Review* dedica al libro de nuestro querido amigo el Sr. Perojo, cuya corta ausencia aprovechamos para hablar del asunto, este

(1) *The Democracy*. By Whyte Thorne. London. Chatteand Windus. 1876.

(2) *The Human Tragedy*. By Alfred Austin. London. W. Blackwood and Sons. 1876.

(3) *The Epic of Hades*. By the author of *Songs of two Worlds*. London: H. S. King and Co. 1876.

favorable y honroso juicio, digno de los que han visto la luz en *Le Temps*, la *Deutsche Rundschau*, la nueva revista *Mind* y otras publicaciones extranjeras no ménos importantes.

«Damos la bienvenida, no sin alguna sorpresa, á un tomo de ensayos de un escritor español, sobre el *Movimiento intelectual en Alemania*. D. José del Pe-rojo ha estudiado en Heidelberg, y ha adquirido allí un conocimiento é inte-rés por las cosas de Alemania, y áun podríamos añadir, por las inglesas, que son demasiado raros entre sus compatriotas. El autor á quien nos referimos hace mucho con su obra para desterrar la española indiferencia para con los otros pueblos, y consignamos con placer que anuncia una traduccion de las obras de Kant, la cual comenzará con la *Crítica de la razon pura*. Entre estos ensayos, preferimos un excelente resúmen de las más recientes teorías antro-pológicas, y en el cual son discretamente examinados los trabajos de Darwin, Gerland, Haeckel, Huxley, Peschel y otros. Kant, Heine y Schopenhauer son los asuntos de que tratan otros interesantes ensayos, y el tomo queda comple-to con escritos sobre la historiografía en Alemania, la filosofía moderna y las teorías políticas.»

Creemos que nuestros lectores verán con patriótica satisfaccion el juicio que precede y que deriva una gran importancia de la autoridad por nadie des-conocida, que en su larga y brillante historia ha sabido adquirir la *Westmins-ter Review*.

RAFAEL MONTORO.

CRÓNICA DEL MOVIMIENTO FILOLÓGICO

É HISTÓRICO.

TRABAJOS RECIENTES EN ALEMANIA SOBRE LA LITERATURA ESPAÑOLA.

A la escuela romántica de fines del siglo pasado, á literatos eruditos, tales como los dos hermanos Schlegel, J. D. Gries, Tieck, se debe que el estudio de la lengua y de la literatura españolas haya tomado en Alemania un vuelo considerable durante toda la primera mitad de nuestro siglo. El interés que estos escritores tenían por la literatura española, como por la inglesa é italiana, era puramente estético, como no podia ménos de suponerse; así es que se limitaron á hacer conocer estas obras maestras en traducciones, algunas de las cuales (particularmente la de trece obras de Calderon, por Gries) conservan todavía un valor considerable y no han sido nunca sobrepujadas, mientras que otras, por el contrario, como el *Don Quijote* de Tieck, han caído en un descrédito completo, á consecuencia de los progresos realizados en el conocimiento del castellano y en particular en la interpretacion de Cervantes, y que han puesto de relieve la preparacion demasiado insuficiente del novelista aleman. Al mismo tiempo que se familiarizaban así con el conocimiento de las producciones más notables de la poesía dramática y de la prosa castellana de la época clásica, trataban tambien los alemanes de formarse una idea del desarrollo histórico de la literatura que acababa de serles revelada. A esta tendencia es preciso atribuir la traduccion que hizo J. A. Diez en 1769 de los *Orígenes de la poesía castellana* de D. Luis José Velazquez, y la *Historia de la poesía y de la elocuencia españolas* que publicó Bouterwek en 1804. Este último libro está todavía dominado enteramente por el punto de vista estético; los períodos de la literatura española que no han producido obras que se salgan de lo comun en lo concerniente á la forma, han sido pasados en silencio, apenas se hace mencion de ciertos géneros, y la distincion tan capital entre la poesía popular y espontánea y las creaciones de la literatura artística y erudita, no está ni siquiera indicada. Con todo, la *Historia* de Bouterwek abria un nuevo

camino; este libro respondia bien á lo que los alemanes califican con el epíteto *bahmbrechend*. Presentando un cuadro del conjunto de un desarrollo literario del cual no se habia sacado hasta entónces más que algunos fragmentos, permitia á la erudicion filológica é histórica que emprendiera el cultivo del campo apenas desbrozado. En efecto, hé ahí que uno de los mayores sábios de nuestro siglo, Jacob Grimm, viene á revelarnos en 1815 la poesía heróica popular de España, publicando su *Silva de romances viejos*; poco despues Bohl de Faber emprende su *Floresta de rimas antiguas castellanas*. Estas especies de exhumaciones de una literatura olvidada, áun en el país que la habia producido, eran adecuadas para preparar el terreno á los trabajos del erudito que debiera por primera vez aplicar al estudio de los diversos períodos de la literatura castellana los procedimientos entónces nuevos de la crítica histórica. Aun cuando no haya escrito historia completa de la literatura española, Fernando Wolf ha contribuido ciertamente más á hacerla conocer en sus diversas manifestaciones, á colocar en su verdadera luz y en su medio propio las producciones de ciertas épocas mal apreciadas (por ejemplo, la poesía de la córte de Juan II, cuyos orígenes ha explicado tan bien), á desunir el elemento popular del elemento artístico en la poesía de los romances (en la que todo era confusion anteriormente á él), que los historiadores propiamente dichos de la literatura española, Ticknor y el mismo D. José Amador de los Rios, quienes muy lejos de haber sabido generalizar el método del sábio aleman, ni áun han sacado bastante partido de los resultados á que habia llegado.

Como yo no voy á hablaros aquí más que de los trabajos más recientes publicados en Alemania sobre la literatura de vuestro país, paso en silencio los numerosos de Fernando Wolf, demasiado poco conocidos desgraciadamente en España, y todo lo notable que se ha publicado independientemente de este sábio, pero siempre más ó ménos bajo su influjo. Por otra parte, los nombres de F. von Schack, de Lemcke, de V. Schmidt y de Clarus no os son desconocidos, y aunque el estudio de las obras de estos eruditos parezca limitada en vuestra patria á un círculo pequeño de iniciados—en cuyo número tengo la dicha de poner en primera línea á uno de vuestros escritores más distinguidos, D. Juan Valera—hay motivo para esperar que al ménos la *Historia de la literatura dramática*, del primero de los mencionados, no tardará en vulgarizarse en España por una buena traducción, que deberá traer á la obra original, publicada hace veinticinco años, las modificaciones y sobre todo los complementos de que tiene necesidad imperiosa.

La muerte de Ferdinand Wolf (1865) ha cerrado, por decirlo así, este primer período brillante del estudio de la literatura española en Alemania. No.

habiendo sido profesor como lo son casi todos los sábios alemanes, Wolf no ha dejado discípulos en el sentido estricto de la palabra: de modo que los eruditos que ya en Alemania, ya en Francia, se esfuerzan en continuar su tarea, no pueden ceñirse á ninguna enseñanza oral: en sus libros, y especialmente en esa coleccion admirable de sus principales trabajos, que tiene por título *Estudios sobre la historia de la literatura nacional española y portuguesa*, tienen que ir á buscar el pensamiento del maestro.

Actualmente, preciso es confesarlo, la literatura castellana es poco estudiada por ella misma en Alemania: no ha visto la luz en estos últimos años ninguna obra comparable al libro de von Schack, al comentario de Calderon por V. Schmidt, al *Manual* de Lemcke. Se explica este abandono momentáneo. Los jóvenes romanistas que hoy pululan en Alemania, encuentran un interés más directo en dedicarse al estudio de las literaturas antiguas francesa y provenzal, de las cuales tantas obras yacen todavía inéditas en nuestras bibliotecas. Estas dos literaturas, la primera particularmente, han ejercido una influencia considerable en la Edad Media sobre las literaturas de los otros pueblos romanos y germánicos: es, pues, indispensable á todo romanista conocerlas en su desarrollo general cuando ménos y poseer medianamente sus diversos dialectos. Por el contrario, la antigua literatura castellana es pobre; aparte de la poesía épica nacional y de una parte de la poesía lírica, se compone sobre todo de obras traducidas ó imitadas del francés ó del provenzal, que no sirven apenas sino para la lingüística ó para una ciencia nueva, la *literatura comparada*.

Queda el estudio de los períodos más recientes, de la época clásica. Pero aquí no penetra el que quiere: una cultura general, los conocimientos filológicos y cierta práctica del castellano no bastan para comprender la literatura dramática de los siglos XVI y XVII, la refinada prosa de Quevedo ó los versos de Góngora. Es menester, ó entregarse exclusivamente á estos estudios, ó renunciar á ellos por completo, y, ya lo he dicho, el interés práctico arrastra ahora á los romanistas alemanes hácia el Noroeste del dominio neolatino.

Naturalmente hoy, como en tiempos de la escuela romántica, se traducen las obras maestras de vuestra literatura, y los progresos realizados en estos últimos años en la interpretacion de vuestros grandes escritores, merecen toda la atencion y el reconocimiento de la crítica; pero hace falta mucho, no obstante, para que los autores españoles y sus obras sean objeto de estudios tan profundos como los que diariamente se consagran á algunos grandes poetas extranjeros, particularmente á Shakspeare. Ignoro si Alemania poseerá algun dia una *Cervantes* ó una *Calderon-Gesellschaft*, como posee desde hace muchos

años una *Shakspeare-Gesellschaft*. Es verdad que el puesto que ocupa el gran poeta inglés en la literatura de su nación, y puede decirse que en la literatura de la Europa occidental, excede singularmente del alcance de los dos escritores españoles, á pesar del valor intrínseco de sus respectivas obras y del influjo que el primero ha ejercido sobre la novela moderna. Los juicios formados por los jefes de la antigua escuela romántica acerca de Calderon, sobre todo por Federico Schlegel, el cual, en un momento de entusiasmo de su período de catolicismo, le nombraba "el poeta más grande de los tiempos modernos," han recibido su correctivo. Con unánime acuerdo ha establecido la crítica de nuestros días, con equidad, según parece, el lugar que pueden ocupar los dramaturgos españoles en el concierto de la poesía moderna, poniéndolos en puesto inferior al de Shakspeare; y yo veo la mejor prueba de la equidad de este juicio en vuestro modo peculiar de admirar á esos poetas y de apreciar sus obras, que no es en manera alguna el que se aplica en Francia á los clásicos del siglo XVII, en Inglaterra á Shakspeare y en Alemania á Schiller y Goethe.

Me queda que haceros pasar revista á las publicaciones que, á mi modo de ver, merecen la atención de vuestro público culto.

Entre los trabajos eruditos de la escuela filológica, tengo que señalaros en primera línea muchas memorias de Adolf Mussaffia, profesor en la universidad de Viena, de origen italiano y que escribe el alemán con tanta pureza como su idioma nativo. Habiendo trabajado durante muchos años al lado de Ferdinand Wolf, el Sr. Mussaffia, que es uno de los romanistas más distinguidos de la escuela de Diez, se vió llevado á dilucidar muchos puntos de la antigua literatura española. Ha determinado el origen de la *Vida de Santa María Egipcíaca*, publicada por el primer marqués de Pidal, demostrando que fué traducida de un poema francés en versos octosílabos, tal vez de alguna traducción intermedia provenzal (1). En otra Memoria ha publicado el *Fermoso cuento de una sancta emperatriz que ovo en Roma et de su castidad*, que no es más que una versión de la leyenda de Crescentia, tan extendida en todas las literaturas de la Edad Media (2). Este texto castellano proviene de una versión al gallego, hecha á su vez de un cuento del poeta francés del siglo XIII, Gautier de Coinsy. El Sr. Mussaffia ha descrito en seguida un cancionero del siglo XV de la biblioteca de San Marcos de Venecia, íntima-

(1) *Ueber die Quelle der Altspanischen. Vida de S. Maria Egipcíaca.*—Wien, 1863, in 8.º

(2) *Eine Altspanische Prosadarstellung der Crescentia sage.*—Wien, 1866, in 8.º Esta leyenda está sacada de un manuscrito del Escorial, del cual ha publicado Los Rios dos textos más en el tomo V de su *Historia crítica*.

mente emparentado con el *Cancionero de Stúñiga*, que vuestros celosos bibliófilos, el marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayon han dado á luz recientemente en su *Coleccion de libros raros ó curiosos* (1). Otro manuscrito conservado en la biblioteca imperial de Viena, tan rica en libros viejos españoles, ha proporcionado al sábio profesor asunto para un análisis muy interesante. Este manuscrito contiene textos muy curiosos: la *Historia de Carlos Quinto*, por su coronista Francés de Zúñiga, que ha sido muy mal publicada por D. Adolfo de Castro, *La casta del mónstruo satírico de la lengua española*, monton de retruécanos cuya explicacion ha sido, en casi todos los casos, felizmente encontrada por el Sr. Mussaffia, ayudado por D. Pascual de Gayangos, luego las *Cartas de los catariberas, del bachiller de Arcadia* y la *Respuesta*, muy conocidas por los aficionados á la antigua literatura humorística; por último, el *Libro de cetrería*, de Evangelista, composicion burlesca que no es fácil de entender (2). El Sr. Mussaffia ha examinado además las diferentes versiones de un libro muy popular en la Edad Media, y que tuvo cierto eco en España, la *Historia troyana*. Ha sacado especialmente partido, con mucha sagacidad, de algunos extractos de manuscritos dados por Los Rios (*Historia crítica*, t. IV, pág. 344 y siguientes), y ha hecho ver que el nombre de *Beneyto de Santa María*, que se encuentra en dos manuscritos del Escorial y de la biblioteca de Osuna, no es, como lo habia creído este último crítico, el de un traductor castellano; sino la transcripcion del nombre francés *Benoit de Sainte More*, autor del *Roman de Troie*, poema en versos octosílabos, compuesto en el siglo XII, y que ha sido la fuente principal de cuanto se ha escrito en la Edad Media sobre este famoso episodio de la historia griega (3).

La historia literaria y la filología españolas han hecho en estos últimos años á la vez una conquista encantadora y una excelente adquisicion en la señorita Carolina Michaelis, cuyo nombre no os es desconocido. Esta jóven erudita reparte su tiempo entre trabajos de alta erudicion, de filología, y áun de filosofía, y publicaciones de vulgarizacion séria. En nuestros países latinos desconfiamos un tanto de la erudicion femenina; difícilmente creemos capaz á una mujer de producir obras verdaderamente científicas: por otra parte, no nos gusta la pedantería en ese gracioso sexo; tenemos ojeriza al *bas-bleu*. Res-

(1) *Ein Beitrag zur Bibliographie der Cancioneros aus der Marcusbibliothek in Venedig.*—Wien, 1867, in 8.º

(2) *Ueber eine spanische Handschrift der Wiener Hofbibliothek.*—Wien, 1867; in 8.º

(3) *Ueber die spanischen Versionen der Historia Trojana.*—Wien, 1871, in 8.º Véase tambien á este propósito un trabajo del Sr. Tubino en el *Museo de antigüedades*.

pecto á la señorita Michaelis, forzoso nos es modificar nuestras ideas; estamos en presencia de un erudito de profesion. No solamente esta jóven alemana posee á fondo tres idiomas romanos (italiano, francés y español), sin contar el inglés y el suyo pátrio, sino que sabe además bastante de griego, latin y áun de árabe, para proceder por sí sola á estudios etimológicos que no dejan nada que desear, bajo el punto de vista de la precision científica y de la extension de las investigaciones. Mi intencion no es haceros penetrar en esta parte de los estudios de la señorita Michaelis. Los que tengan interés por estas cuestiones encontrarán sus artículos en las revistas especiales el *Jahrbuch für romanische und englishche Literatur*, la *Romania* y la *Bibliographia critica* del Sr. Coelho (1). No os hablaré aquí sino de los libros de la señorita Michaelis que tienen que ver con nuestra literatura. La jóven alemana nos presenta para empezar un ramillete de poesía dramática: *Tres flores del teatro antiguo español* (2). Estas flores son las *Mocedades del Cid* de Guillen de Castro, *El conde de Sex* y *El desden con el desden* de Moreto. Los textos están bien establecidos, segun las ediciones antiguas, acompañados de variantes y precedidos de noticias escritas en un castellano correcto.

El *Romancero del Cid* (3) es la mejor edicion que tenemos por ahora de esta célebre coleccion; no solamente la señorita Michaelis ha puesto un cuidado particular en revisar los trabajos de los que la precedieron, sino que su perseverancia le ha hecho descubrir diez y ocho romances omitidos por vuestro gran crítico Agustin Durán.

La *Antología española. Coleccion de poesías líricas* (4), cuyo primer tomo (que comprende desde Juan II á Manuel María de Arjona) es el único publicado, parece haber sido preparada á la carrera y no demuestra un cuidado suficiente en lo que respecta á la correccion de los textos y á la agrupacion de las poesías.

Me queda que hablaros de un trozo de crítica literaria, uno de los mejores que han salido de la pluma de la jóven erudita. Se titula este trozo *Hamlet en España* (5). Despues de exponer los lentos progresos del conocimiento de

(1) Aprovecho esta ocasion para señalar al público español esta excelente coleccion publicada en Oporto en 1872 á 1873 por el Sr. F. Adolpho Coelho y que la ignorancia enorme y el despecho de los sedicentes sábios portugueses han dejado morir de inanicion. Es una verdadera vergüenza para nuestros vecinos.

(2) En la *Coleccion de autores españoles* de Brockhaus, t. XXVII, Leipzig, 1870.

(3) La misma coleccion, t. XXX. Leipzig, 1871.

(4) Idem, t. XXXIV. Leipzig, 1875.

(5) Publicado en aleman en el tomo X del *Shakspeare Jahrbuch*.

Shakspeare en España desde Moratin, pasa la señorita Michaelis al exámen de las traducciones de Jaime Clark, de V. Mac-Pherson, del marqués de Dos Hermanas, y se extiende aún largamente sobre la refundicion de *Hamlet* por D. Cárlos Coello, representada en 1872 en el teatro Español. Las críticas que hace de las dos primeras traducciones, cuyos singulares méritos reconoce además, nos han parecido muy justas y deberian de ser tenidas en séria consideracion por sus autores. En cuanto al *Príncipe Hamlet* de D. Cárlos Coello, la señorita Michaelis, despues de un largo análisis, no puede ménos de considerarlo como *una profanacion insoportable de la obra de Shakspeare*.

Pertenece á los trabajos de erudicion un *Ensayo crítico sobre el Amadís* (1) que acaba de publicar un jóven profesor, Ludwig Braunfels. En este tomo de doscientas páginas el Sr. Braunfels estudia la cuestion tan discutida hasta estos últimos tiempos del origen de la célebre novela. Mucho más exacto y perseverante que todos sus predecesores ha purgado el erudito aleman á la historia literaria de una multitud de errores é inexactitudes, que las preocupaciones nacionales de los portugueses y la complacencia ó el descuido de muchos eruditos de todas partes, dejaron acumularse en torno del pobre Amadís. Puede decirse que despues de este libro ha quedado anonadada para siempre la pretension que los portugueses abrigan de haber producido el original de la novela española, á no ser que surgiesen hechos completamente nuevos y de tal naturaleza que invirtieran los términos de la cuestion. El Sr. Braunfels ha hecho una excelente obra y que sólo deja que desear en algunas hipótesis un tanto sutiles del capítulo que trata del *Origen primero y el desarrollo del Amadís*; pero es preferible abandonar por el momento la discusion de estos difíciles puntos, á reserva de reanudarla en un artículo especial que dedicaremos á examinar los aventurados juicios del portugués Theophilo Braga.

Sólo diré algunas palabras de la *Historia del drama español* de J. L. Klein (2), sin más objeto que ponerlos en guardia contra esta ridícula lucubracion de una cabeza destornillada. No es posible imaginar tantas opiniones extrañas, tantos erróneos juicios é interminables digresiones, que nada tienen que ver con el asunto, tantas incomprensibles disertaciones filosóficas y estéticas de mal gusto, y todo mezclado, que es lo más curioso, con un conoci-

(1) *Kritischer Versuch ueber den Roman Amadis von Gallien* von Ludwig Braunfels. Leipzig. 1876, in 8.^o

(2) Forma parte este trabajo de una historia general del drama titulada *Geschichte des Drama's* von J. L. Klein. La parte dedicada al drama español comienza en el t. VIII y consta, si no me engaño, de seis tomos. Sólo tengo á la vista los tres primeros, y es por cierto bastante.

miento bastante completo de la materia, y que prueba al ménos una vasta lectura. Es tanto más disculpable que yo no haya podido sacar de este pantano las escasas plantas que pudieran ser útiles para vosotros, cuanto que de comun acuerdo han declarado los alemanes, desde las revistas especiales hasta el *Centralblatt*, que el libro á que nos referimos es perfectamente ilegible.

Recorramos ahora la literatura de vulgarizacion propiamente dicha, ó en otros términos, las traducciones de obras españolas. Los alemanes tienen, tiempo há, la fama de traducir bien: su lengua, que es tan rica y tan fácil de manejar, se presta, en efecto, maravillosamente á la traduccion de las más originales obras de nuestras modernas literaturas. Tienen además en su métrica, que es muy variada, poderosos recursos para reproducir hasta los efectos musicales de la poesía extranjera. Sabida es la influencia que ha ejercido en la poesía romántica alemana el ritmo castellano y el éxito que obtuvieron en los comienzos de nuestro siglo las imitaciones de los versos asonantes de los romances y del teatro españoles. A. W. Schlegel y Gries, en sus traducciones de Calderon, no solo copiaron los versos de romance, sino tambien la redondilla y las estrofas en que alternan los endecasílabos con los versos de siete sílabas, particularmente la *lira* y la *silva*. Sean las que fueren las objeciones que se pueden hacer á esta tentativa de acomodacion rítmica, justo es decir que sólo ese sistema puede dar una aproximada idea de la armonía de los versos castellanos á las personas que son completamente extrañas á la lengua española. Alemania tiene además el gran privilegio de contar en las clases medias un numeroso público bastante instruido para aspirar al conocimiento de las obras maestras de las literaturas modernas que no puede leer en las lenguas en que fueron escritas. La *Biblioteca de los clásicos extranjeros*⁽¹⁾ ha realizado, á decir verdad, grandes progresos en la interpretacion de muchas obras francesas, inglesas, italianas y españolas. En lo concerniente al español, representan los traductores de la *Biblioteca* un sistema de reaccion contra los procedimientos de imitacion de la forma que distinguian á la escuela romántica. Críticos muy competentes han hecho observar que "el carácter de la lengua alemana, por su pobreza en vocales finales sonoras y por la diferencia de sonidos de una misma vocal radical, segun se acompaña con una consonante ó con varias y segun la relacion que guardan entre sí estas consonantes, se separa demasiado del génio de la lengua española, para que los ver-

(1) *Bibliothek ausländischer Klassiker. Hildburghausen*. Publícase por cuadernos in 8.^o de 200 páginas próximamente.

son asonantes alemanes puedan producir en el oído el mismo efecto que los versos españoles correspondientes (1). El Sr. Moritz Rapp, que ha traducido para la *Biblioteca de los clásicos extranjeros* siete tomos de dramáticos españoles, desde Gil Vicente hasta Rojas y Moreto, piensa del mismo modo, ha renunciado á los antiguos procedimientos y el verso troqueo y sus asonancias lo ha reemplazado únicamente con el verso yambico. Merece consignarse una particularidad de su traducción de Gil Vicente. Para dar al público alemán una idea de cómo alternan en muchas obras de ese poeta las lenguas castellana y portuguesa, ha imaginado con ingenio el Sr. Rapp usar la jerga suabia al par que el alemán literario, y de este modo ha logrado un efecto casi análogo al que se proponía el poeta portugués.

Otro colaborador de la *Biblioteca*, el Sr. Karl Eitner, que también es conocido por una buena traducción de las *Lusiadas*, nos ha dado un *Romancero del Cid*, obra tan notable como exacta en la traducción; y también se ha puesto en contradicción con sus dos predecesores Duttenhofer y Regis. El primero de estos reprodujo las asonancias, y el segundo se había servido de una estrofa de cuatro versos, con rimas en los versos pares. El Sr. Eitner se ha contentado con un verso troqueo octosílabo, sin asonancia ni rima.

Y pues estamos todavía ocupándonos del Cid, debo señalaros un ingeniosísimo trabajo del Sr. Reinhold Koehler sobre el *Cid de Herder y su fuente francesa* (2). Créase antes, como sabéis, que Herder había trasplantado directamente á su *Cid* alemán las flores más bellas de la poesía heroica castellana. En cuanto á los romances, que de ningún modo pudo tomar del *Romancero del Cid*, se atribuían sencillamente á su genio creador. Véase en sus versos que se creían originales una fusión de la poesía del Mediodía y de la poesía del Norte, etc., etc. Todas estas bellas teorías se desmoronan ante el hecho muy sencillo por cierto que ha revelado el Sr. Koehler, á saber: que todos los romances alemanes, excepto catorce, han sido directamente traducidos por Herder de una imitación francesa de los romances del Cid, publicada en 1783 en la famosa *Bibliothèque des romans*, que hizo las delicias de nuestra sociedad sentimental al finalizar el siglo pasado. Ya veis en qué vienen á parar, después de esta revelación, el color local que se alababa en los romances traducidos y el carácter nacional alemán que se creía notar en los versos del

(1) Koberstein. *Grundriss der Geschichte der deutschen Nationalliteratur*, t. III, pág. 254.

(2) *Herder's Cid und seine französische Quelle*. Leipzig, 1867, in 8.º Consultad también un artículo muy bien hecho sobre dicho trabajo por M. C. Paris, *Revue critique*, 1867, t. I. núm. 44.

poeta. Aviso á los críticos que se contentan con pruebas demasiado intrincadas.

Terminaré refiriéndome á dos traducciones de muy distinto género, pero dignas ámbas de mencion al ménos. Es la primera de un hombre célebre, Arturo Schopenhauer. Dotado de un profundo conocimiento de la lengua castellana, el gran pensador dedicó los ratos perdidos que le dejaba la construcción de su filosofía pesimista, á traducir el corto tratado que se titula *Oráculo, manual y arte de prudencia*, en que condensó Vincencio Juan de Lestamosa todo el jugo de las obras de su amigo Baltasar Gracian (1). Esta traducción es una verdadera obra maestra. Schopenhauer ha superado con asombrosa habilidad las innumerables dificultades de ese estilo cuya concision, llevada al último límite, y cuyos matices tan delicados, son muy apropósito para desesperar á un traductor que no estuviera tan bien preparado. La otra traducción á que hemos aludido, es obra muy meritoria. ¿Habeis leído los seis tomos de *Autos Sacramentales*, de Calderon? ¿No? Ni yo tampoco. ¡Pues bien! el Sr. Franz Lorinser ha llevado á cabo más de lo que nosotros *no* hemos hecho: los ha traducido (2). Como no he visto más que los dos primeros tomos de esta traducción, debo reservar mi juicio y limitarme á rendir homenaje al valor admirable de que ha dado pruebas el sábio alemán, haciendo sinceros votos por que obtenga en el cielo la recompensa del sobrehumano trabajo que ha realizado en la tierra.

ALFREDO MOREL FATIO.

París 15 de Agosto de 1876.

(1) *Balthazar Gracian's Hand-Orakel und Kunst der Weltklugheit*. Leipzig, 1871, 2.^a ed. 8.^o

(2) *Don Pedro Calderon's geistliche Festspele*, Breslau, t. XVIII, in 8.^o

Madrid, 30 de Agosto de 1876.

Director y propietario: JOSÉ DEL PEROJO.

Madrid, 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez,
San Miguel, 23, bajo.